Cada día cuenta

COLECCIÓN SÍSTOLE

Tras el éxito cosechado con su última novela, *La biblioteca de Emma*, Yauci Manuel Fernández vuelve al mundo de la literatura con esta historia capaz de emocionar de nuevo a sus lectores, porque *Cada día cuenta* no defrauda.

{ Elvira Menéndez }

Yauci Manuel
Fernández

ESDRÚJULA EDICIONES

Cada día cuenta

Yauci Manuel Fernández

Primera edición, octubre 2015

© Yauci Manuel Fernández, 2015
© Esdrújula Ediciones, 2015

ESDRÚJULA EDICIONES
Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada
www.esdrujula.es
info@esdrujula.es

Edición a cargo de
Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz
Diseño de cubierta: Perroraro (www.perroraro.es)

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

A Caridad, por ser el pilar que sustentó
el esfuerzo de escribir este libro.
A todos los que me han apoyad
desde el primer día hasta el último.

En homenaje a Zach Sobiech.

PRÓLOGO

Cuando leo ciertos pasajes de una novela que me resultan creíbles, me pregunto si tendrán carácter autobiográfico. Con *Cada día cuenta* este pálpito es permanente. La historia, contada en primera persona por Marc, me pareció un *alter ego* del autor. ¡Tan verosímil resulta!

Conocí a Yauci Manuel Fernández en la Feria del libro de Santa Cruz de Tenerife hace un par de años. Siento curiosidad por los autores jóvenes y me acerqué a comprar su libro y pedirle que me lo firmara. Era *La biblioteca de Emma*. Quedé gratamente sorprendida por la calidad de su prosa –directa, sencilla, certera- y la originalidad de la trama, y así se lo hice saber. De ahí partió nuestra amistad. Valiéndome de ella le pregunté si había vivido una experiencia similar a la del protagonista de *Cada día cuenta.* Me contestó que no.
La verosimilitud que desprende *Cada día cuenta* se debe a la manera de narrar de Yauci; al uso de un lenguaje transparente, apegado a la realidad, sin rehuir los momentos de fuerte emotividad, que nos hace adentramos en el relato con la sensación de que podríamos vivir hechos similares, si es que no los hemos vivido ya.

Marc, el protagonista, acaba de ser abandonado por Natalia, su pareja, que ha dejado el hogar conyugal llevándose a la hija de ambos. Lejos de querer vengarse o echarle la culpa a Natalia, como es humano y habitual, Marc escribe este relato quizá para hacerle saber que es consciente de sus errores, de su culpabilidad, de que aún la quiere, y de que siempre la querrá, aunque ya no sirva de nada. Esta reflexión lleva a Marc a una huida hacia adelante, sólo interrumpida por un acontecimiento lo bastante trágico como para obligarle a regresar y darse de bruces con una realidad aún más dura que la separación.

Los hechos que se nos cuentan están dosificados con un sentido del embrollo poco frecuente. Siempre sucede algo en el momento oportuno que saca al lector de su cómoda posición.

Yauci Manuel Fernández hace avanzar la historia con sorprendente habilidad, haciendo un buen uso del diálogo y logrando que los acontecimientos se acumulen de manera asfixiante. *Cada día cuenta* no defrauda.

ELVIRA MENÉNDEZ

I

Cuando Natalia y Anabel salieron por la puerta sentí un inmenso vacío. Qué idiota hay que ser para no darse cuenta de que tener una familia al lado es una de las cosas más importantes de la vida. Ahora, nada tenía sentido.

Inmediatamente sonó el teléfono. Me acerqué a cogerlo con lentitud, encorvado, como si el dolor del alma me impidiera andar con normalidad. Tuve opción de incluir vídeo en la llamada, pero no me apetecía. Prefería hablar a la antigua: solamente por voz.

—¿Sí?

—¡Marc! —Reconocí la voz al instante. Era mi hermano Ben—. ¿Qué tal va todo por ahí?

—Pues no demasiado bien, me temo.

Ningún sonido salió del teléfono en varios segundos.

—¿Es lo que me parece?

—Supongo que sí. —Suspiré—. Supongo que sí.

—Mira que te lo dije, maldita sea. Te lo advertí mil veces. ¿O no? «Marc, si no empiezas a cambiar, perderás a Natalia y apenas podrás ver a Anabel». ¿Cuántas veces te lo dije?

—Muchas, ya lo sé. Ahora mismo, lo que menos necesito es que me sermonees; ya me siento bastante culpable.

—Sí. Vamos a hacer una cosa: ya he salido del trabajo, así que tengo el resto del día libre. ¿Qué te parece si cenamos juntos?

—Sí, supongo.

—Pero te digo desde ya que, si voy para allá, no quiero lamentos, lágrimas ni desesperación. Ahora que lo pienso, mejor no te digo nada, no sea que te eches atrás.

—¿Y si vienes otro día? Hoy no tengo ganas más que de estar solo.

—No voy a dejarte solo precisamente hoy, pedazo de gandul. Además, eres un…, cómo decirlo…, cobardica. No sabes enfrentarte a los problemas como un hombre. Igual que en el colegio, cuando…

—Ben —interrumpí—, si quieres venir, adelante, pero no vuelvas a sacar la pelea del colegio.

—Es una buena anécdota.

—Ya la conozco; estaba allí, y si me hubiera olvidado, ya me la

has contado diez o quince mil veces.

—Está bien. Nos vemos en un rato.

Y colgó. No tenía ganas de andar aguantando monsergas de mi hermano. No creo que fuera el momento de hablar, sino de reflexionar y descansar. Sí, eso necesitaba: descansar.

Me tumbé en el sofá hasta que, una media hora después, sonó el timbre.

—Hola, hermano —dijo Ben al verme—. Estás hecho un asco.

—Gracias —contesté, sin ánimo de seguirle el juego.

—He traído whisky, por si me pones la excusa de que no tienes alcohol. Te advierto que te voy a emborrachar.

—No, Ben, no es el momento. Lo último que quiero es levantarme mañana a las siete e ir al trabajo con una resaca típica de tus noches por todo lo alto. Solo necesito relajarme un poco.

Cogí la botella de whisky, entré en la cocina y la guardé en un armario que nada tenía que ver con bebida, para que no pudiera encontrarla fácilmente.

—No, lo que necesitas no es eso. Necesitas mucho más.

—Sorpréndeme —dije desafiante.

—Necesitas cambiar. Está mal que te lo diga, pero es cierto. Hace siglos que no te veo sonreír. Cuando tenías veinte años querías comerte el mundo. Eras muy gracioso, siempre alegre, siempre bromeando menos cuando dabas la brasa a la gente sobre lo poco que aprovechaba su vida. Parecía que tenías sesenta años bien llevados, pero es que ahora parece que tienes cien. No sé qué te hizo volverte un muerto viviente, pero tienes que aprender otra vez a vivir.

—¿Y qué sugieres? ¿Que me cambie la cara?

—Yo qué sé, pero tienes que hacer algo. En las películas, la gente sale de viaje. Podrías irte unos días o unas semanas.

—¿Un viaje? ¿Adónde quieres que vaya?

—Adonde tú quieras. Haz como en las películas: ve al aeropuerto y compra un billete para el primer vuelo que veas.

—¡No voy a hacer eso!

—Está bien. Entonces, compra un billete para el último vuelo del día.

—Estás loco.

—Sí, pero me quieres —contestó riendo.

—Puede que un poco, pero estás loco.

En un instante, su mirada se volvió seria. Algo que no solía ocurrir con Ben.

—Ya sé que parece absurdo, pero lo digo en serio. Creo que necesitas una nueva vida, y también creo que necesitas cambiar. Escucha bien lo que voy a decirte, porque voy a ser muy sincero. —Se acercó y me cogió la mano. No recuerdo que hubiera hecho eso nunca

—. Tienes casi cuarenta años. Tu mujer y tu hija van a empezar una nueva vida sin ti, y odias tu trabajo.

—No lo odio —repliqué enfurecido.

—Odias tu trabajo; tu única aspiración en esa dichosa oficina es trabajar lo menos posible y volver a casa cuanto antes, hasta que te jubilen. Además, estos últimos años no has levantado un pie del sillón. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste de excursión con la familia? ¿Y que saliste a cenar con Natalia? ¿Y que le hiciste un buen regalo de cumpleaños?

»Estoy seguro de que te avergüenza responder a esas preguntas, porque eres como un viejo que dejó de vivir su vida hace mucho tiempo. Es normal que se haya ido. ¿Crees que no te quería? Claro que te quería; se casó contigo, y esa niña te adora, pero no podían seguirte y tú no las seguías a ellas.

—¿Qué quieres decir? —murmuré confundido. Ben tenía toda la razón, pero ya era tarde para cambiar. Ellas ya no volverían.

—Que aún puedes vivir. Puedes llamar a tus amigos, salir de casa, buscar un trabajo que te guste. Puede que entonces recuperes a Natalia y Anabel, o puede que no vuelvan nunca, pero en ese caso puedes volverte a enamorar. Puedes viajar, puedes aprender, puedes estudiar una carrera. La vida guarda infinitas posibilidades.

Tenía toda la razón. Desde el principio hasta el final. Casi no reconocía a mi hermano tras esas palabras.

—Pero ¿cómo voy a cambiar así como así? No es nada que se consiga de un día para otro. No se trata de coger un avión y volver más moreno y con una sonrisa estúpida en la cara. Eso es algo muy serio, y ni siquiera sabes si va a servir de algo.

—Escucha, Marc. —Me soltó la mano, pero su mirada seguía seria, clavada en mis ojos—. Eres libre. Espero que lo tengas muy claro, porque es lo principal. Es cierto que es difícil cambiar, pero podemos obligarnos.

No entendí nada.

—¿A qué te refieres? —dije, atemorizado por lo que venía a continuación.

—Te voy a dar un consejo y espero que lo tomes al pie de la letra. Coge un avión y ve a un lugar lejano, a ser posible donde hablen otro idioma. Si puedes, ve con alguien, o si conoces a algún amigo que esté por ahí, hazle una visita. Que te enseñe el lugar, las costumbres y un poco del idioma, para que puedas defenderte. Una vez allí, únicamente debes hacer una cosa: vivir.

Vivir. Lo que todos creemos hacer y muy pocos hacen. Tan simple y tan complejo al mismo tiempo.

—¿Tienes dinero? —preguntó Ben.

—No demasiado. Natalia y yo teníamos ahorros, pero poco más

que para un capricho.

—Podemos hacer una cosa, entonces. Habla con calma con Natalia, como los adultos que sois, y sugiérele vender la casa. Con la mitad del dinero, ella podrá empezar una vida nueva con Anabel, y tú podrás hacer ese viaje y empezar a vivir.

—No puedo irme ahora. Tengo que luchar por pasar con Anabel todo el tiempo que Natalia me permita. Es mi deber como padre.

—¿Y qué ocurre con tu deber como persona? Esa niña es lo mejor que te ha pasado, pero ni siquiera has podido ver eso hasta ahora. Necesitas cambiar.

—Ya estoy cambiando, ¿no? —dije convencido.

—No te ofendas, pero piensa que Natalia ya te había amenazado con irse varias veces. Estoy seguro de que ya intentaste cambiar en su momento y no lo conseguiste. Te va a costar, pero necesitas aprender cosas, conocer gente, ver lugares que jamás pensaste que podrías contemplar. Puede que entonces empieces a valorar la belleza de la vida y la importancia de las personas que te quieren. Puede que entonces estés preparado para volver a tener una familia.

Odiaba a mi hermano en días como aquel, cuando se ponía a hablar sobre temas de los que no sabía nada. Él había estado casado, pero hacía casi diez años que se había separado, y no de la forma más tranquila posible. No entendía cómo podía creerse con derecho a aconsejarme sobre mi familia, pero parecía tener razón. Odiaba que tuviera razón.

Durante varias horas, Ben siguió intentando convencerme de que hiciera la locura de irme de viaje. Yo pensaba que estaba rematadamente loco, y aun así, siguió insistiendo toda la noche. Intentó emborracharme, tal como había dicho al entrar, pero no encontró la botella de whisky y solo consiguió que me bebiera unas cuantas cervezas que había en la nevera.

—Marc, soy tu hermano e intento que seas feliz. A lo mejor mis consejos son una basura, pero quiero lo mejor para ti: que vivas en lugar de sobrevivir. La vida no consiste en intentar pasar el tiempo sin sufrir. No consiste en dejar de ser un niño, en dejar de ser un joven sin futuro, en dejar de estar solo ni en dejar de ser alguien que no tiene donde caerse muerto. No consiste en dejar de ser, sino en ser. No sé si lo entiendes, pero no puedo explicarlo mejor. Espero que lo recuerdes y que te sirva de ayuda.

—Tus consejos siempre son una mierda.

Acto seguido, se acercó para abrazarme, hizo un gesto de complicidad con la mano y dio media vuelta.

—Espero que no nos equivoquemos. Solo quiero que seas feliz. Eso es lo único que importa. Buenas noches, Marc.

Cuando se fue me invadió de nuevo la soledad con la que tendría que convivir durante mucho tiempo. Ya eran casi las doce de la noche, y al día siguiente tendría que madrugar para enfrentarme a un duro día de trabajo. Aunque esta vez sería distinto de todos los demás. Esta vez no recibiría un beso de Natalia antes de salir.

II

Al día siguiente, cuando fui a trabajar, esperaba que fuera una jornada normal. Una mañana rutinaria: dar de alta en el paro a unos cuantos jóvenes sin perspectivas de futuro, ingresar sus currículos en la base de datos de la seguridad social, despachar unos cuantos trámites y descansar con la excusa de tomar un café. Únicamente tenía ganas de estar solo. Quería acabar pronto para volver a casa y tirarme en la cama durante lo que quedara de tarde y, tal vez, de noche. La desgana me había consumido las fuerzas y mi mirada vagaba perdida. El café estaba asqueroso, más que de costumbre, pero tenía la sensación de que hasta un vaso de agua me sabría amargo. El vacío de mi interior se extendía como la gangrena y pudría mi cuerpo y mi mente, incluso mis sentidos.

Entonces oí el teléfono. Me lo saqué del bolsillo con una mano mientras aguantaba el vaso de café con la otra. Solo acepté el audio. Odiaba que los nuevos móviles hicieran videollamadas por defecto. Unos años atrás costaban un dineral, pero ahora eran gratis, así que todos ignoraban las obsoletas conversaciones por voz.

Era mi madre.

—Marc, hijo.

Supuse que Ben le habría contado todo lo ocurrido. Ahora estaría preocupadísima, histérica, al borde del colapso. Típico de madre.

—Hola, mamá.

—Cariño, ya me he enterado.

Contesté con un sonido sin significado, algo como «Mmm». Simplemente, no sabía qué contestar.

—Lo siento mucho, pero mira que te lo dije. ¡Es que nunca me traes a la niña! Y claro, eso ya hace que Natalia piense que no la apoyas, y entonces se siente sola.

—Mamá, ¿cómo va a ser por eso?

—Que sí, Marc, que te lo digo yo que soy madre. Si te ha dicho otra cosa, ha sido una excusa, pero te digo yo que se habría arreglado si hubieras venido más veces a comer a casa. Es que el ambiente familiar tira mucho, ¡tira mucho!

—Lo que tú digas, mamá —dije agotado—. Oye, te dejo, que estoy en el trabajo y tengo mucho lío. Ya hablaremos, ¿vale? Te llamo

cuando pueda, un día de estos.

—Está bien, ya hablaremos. ¿Tú estás bien? —Al menos no solo sacaba sus propias conclusiones imaginativas, sino que también me preguntaba a mí—. Estarás fatal. Una separación ya es bastante dura, pero con una hija, ¡ay, Dios mío! Hijo mío, que yo sé que eso es muy duro, se lo he visto a muchas amigas y no, no quiero eso para ti, pero ya te digo yo que eso se supera, tú confía en mí. Estas cosas, aunque no lo parezca, siempre se solucionan, ya verás.

—Mamá. Tengo que dejarte, que estoy en el trabajo. Hablamos otro día.

—Vale, vale. Tú, cualquier cosa que necesites, dime, que si tengo que lavarte la ropa o necesitas comida, tú pide, que para eso estamos las madres. Y si necesitas dinero…

—Sí, ya hablamos otro día, mamá —interrumpí—. Te dejo, que tengo gente esperando. Un beso.

Y colgué. Me había fatigado solo por hablar con ella. No sabía cómo aguantaría el resto del día así. Inmediatamente, cambié la configuración del teléfono para omitir el vídeo en todas mis llamadas. Odiaba salir en pantalla. Me apoyé en la máquina de café y suspiré. Di el último trago y, de nuevo, me sonó el teléfono. Malditas tecnologías, ¿por qué tendría que llevar siempre un teléfono para que todo el mundo me interrumpiera cuando le diera la gana? Me gustaba más el e-mail.

Descolgué sin mirar quién era. Supuse que mi madre, otra vez.

—¿Sí? —dije entre suspiros.

—¿Marc? Soy Ben. No te veo.

—Mejor. Por cierto, ¿le contaste a mamá lo de Natalia?

—Sí. Supuse que se acabaría enterando de todas formas.

—No tenías que habérselo dicho. Quería contárselo yo, algún día de estos.

—Lo siento si hice mal, pero te llamo por otra cosa. Tengo una mala noticia, creo. Yo no la veo tan mala, pero… En fin, es lo mismo.

«¿Más?», pensé.

—¿Recuerdas que te dije que deberías vender la casa para irte de viaje? —siguió. No me gustaba esa idea. Habíamos pasado muchos años pagando y ni siquiera era nuestra del todo; aún quedaban bastantes años de hipoteca—. Pues creo que no tienes más remedio, al menos en lo que respecta a la casa. Natalia no ha perdido el tiempo y ya ha pedido el divorcio. Me han mandado los papeles al bufete, y solicita que vendas y le pagues su parte.

El corazón me dio un vuelco, y durante un segundo me noté la cara fría como el hielo. En dos días había experimentado mucho más miedo que en toda mi vida. El miedo a quedarse solo es de los peores que se pueden sentir, porque nos impide ser quienes somos y actuar

conforme a la propia voluntad. El miedo a decepcionar a los demás, a no ser querido. Ese que arrebata el alma y corrompe la poca que queda, sin una luz de esperanza. ¿Cuál sería ahora mi luz, si Natalia y Anabel me habían abandonado? Pero quizá no la mereciera. Quizá, simplemente, debía quedarme de brazos cruzados y sufrir todo lo que me deparase la vida.

—Está bien —dije con un nudo en la garganta.

—Como tu abogado, te diría que podemos luchar para intentar evitarlo. Como tu hermano, mi consejo es que aceptes y le des su parte. Ellas vivirán bien con eso y no tendrán problemas en mucho tiempo. En cierto modo, estarás cuidando de Anabel. Natalia sabrá administrar ese dinero; es una mujer inteligente.

—¿Y si lo hablamos en tu despacho?

—Claro, puedes venir cuando quieras, pero ¿no estás trabajando?

—Se supone, pero tengo unas ganas de irme que me muero. No creo que me echen de menos aquí.

Una llama había prendido en mi interior. Creo que hacía horas que había comenzado, pero no había notado su calor hasta ese momento.

—Está bien. Estoy aquí hasta las cuatro; puedes venir cuando quieras.

—Gracias, me pasaré cuando pueda.

«Cuando pueda». Durante toda mi vida había usado esa expresión para referirme a «nunca», pero aquel día tenía un significado distinto.

Colgué el teléfono con rabia. Tiré el vaso de café, no sin antes estrujarlo bien. Anduve hasta mi mesa. Se había formado una cola de más de diez personas, cuando lo normal eran cuatro o cinco. No sabía cuánto tiempo había estado hablando. Me daba igual. Cuando me senté en mi puesto, todos los de la cola me miraron expectantes. Era una pena que no fuera a hacerles caso. Recogí mis cosas de inmediato y me dispuse a salir.

—Perdone, ¿no va a atendernos? —preguntó la mujer que estaba en primer lugar.

—Vendrá alguien en breve. Tengo una urgencia y debo irme.

—Oiga, no puede irse, llevamos un buen rato esperando —siguió otro, mucho más enojado.

Una parte de mí quería atenderlos. No me habría supuesto demasiado tiempo. Otra parte solo quería largarse de esa mierda de oficina y no volver jamás. Recordé entonces que yo era un cobarde, que en mi vida había hecho lo que quería realmente, y que aquel día no sería distinto. Aunque quisiera marcharme de esa oficina y no volver jamás, sabía que no lo haría.

Hay un momento en la vida en que uno se siente sobrepasado y estalla. Es una sensación extraña, porque asalta el cuerpo sin avisar. Es algo instantáneo: un calor que va de los pies a la cabeza en una décima de segundo y renueva las fuerzas que se creían perdidas tras llorar ante ese matón del colegio. En ese momento de calor se sabe que la vida ya no volverá a ser como antes, porque en los próximos minutos se va a hacer algo muy gordo y no se podrá volver atrás.

Me acerqué al despacho del gerente, llamé a la puerta y abrí directamente.

—Señor Manzano, tengo que salir ahora mismo por cuestiones personales —dije dubitativo.

—No hay problema, pero a las doce tenemos la reunión con el alcalde.

Durante unos segundos me sentí paralizado. Aquel era el momento decisivo. Podría cambiar mi vida radicalmente. Siempre me había considerado incapaz de tomar decisiones difíciles, de repercusiones duraderas. Hasta que de pronto me di cuenta que la cobardía dependía únicamente de mi voluntad.

No. Ya no pensaba volver a ser un cobarde.

—Me temo que debo dejar el empleo, señor Manzano. Ya vendré otro día a formalizarlo, pero a partir de hoy ya no trabajo aquí.

Cerré la puerta al instante. Oí sus reproches desde el pasillo, pero no me importaba lo que tuviera que decirme.

Rápidamente, recogí mis pertenencias más importantes: unos papeles que necesitaba y un par de fotos que tenía en la mesa. Lo metí todo en una carpeta y, sin el menor reparo, salí de la oficina. Supe que algunos de mis compañeros, los pocos que estaban trabajando, me habían visto y se lo contarían a todo el mundo. Sería un gran escándalo en un lugar de trabajo en el que nunca ocurría nada.

En cuanto tuve un pie en la calle puse rumbo al despacho de Ben.

III

—Lo repetiré una vez más, Marc: vende la casa y haz un buen viaje. Si intentamos quedarnos con la casa, puede que Anabel y Natalia lo pasen mal. Si quieres proteger a tu hija, vende y dales la mitad del dinero. Natalia está de acuerdo y todo quedará zanjado.

—¿Y adónde pretendes que vaya, Ben? Tu consejo es que deje mi vida; que deje de lado a mi esposa, a mi hija, a mi familia y a los pocos amigos que tengo. Que venda mi casa y mi coche. Básicamente, me pides que abandone todo lo que había conseguido hasta ahora.

—Lamento decírtelo, pero ya no tienes esposa —dijo entristecido, algo que no me ayudaba—. Natalia ya te dejó de lado a ti, y tu casa y tu coche no son tuyos, sino de los dos. Es más, todavía estás pagando lo uno y lo otro. Tu hija es lo más importante, y con el dinero que le des a Natalia podrá mantenerse durante un tiempo. No podrás verla mientras estés de viaje, y ese es el gran problema, pero me gustaría saber tu maravilloso plan, que espero que no sea ni tirarte en la cama hasta que no recuerdes quién eres ni volver a casa de mamá. Además, sé que te va a doler muchísimo esto que voy a decir, pero Anabel casi no te conoce. ¡Ni siquiera te has planteado luchar por su custodia!

—No sabes lo que dices.

Las palabras de Ben fueron mucho más duras de lo que podía imaginar, pero por una razón: estaba en lo cierto. Hacía años que apenas atendía a Anabel. Era una niña de nueve años y ni siquiera me sabía el nombre de su mejor amiga. Durante la amarga noche anterior me planteé intentar conservarla a mi lado, pero había sido un padre pésimo, y Natalia, una madre excelente. Era absurdo. No podía ser tan egoísta. Tendría que conformarme con verla de vez en cuando.

—Solo quiero lo mejor para ti —continuó Ben—, pero creo que es lo que necesitas. Si me equivoco, te pediré perdón un millón de veces, pero tienes que hacer algo y eres la única persona que puede hacerte feliz.

Anabel. Únicamente podía pensar en Anabel. Había estado desperdiciando mi vida. ¿Cómo me había ocurrido tal cosa? Tenía casi cuarenta años y no había empezado a vivir. No acertaba a entender cómo había pasado tantísimo tiempo sin darme cuenta de quién era en realidad.

—Vale —dije—. No quiero saber nada; solo avísame cuando

tenga que dejar la casa y me hayan ingresado el dinero en la cuenta.

IV

Era el momento de cambiar de vida.

—Hola, Darío —dije mirando a la cámara.

—¡Hola! —respondió él, alargando la última sílaba—. Cuánto tiempo. ¿Cómo va eso?

—No demasiado bien, ya te contaré. Quería preguntarte una cosa: ¿sigue en pie eso de que vaya a visitarte?

Hacía años que Darío me proponía que fuera a verlo, pero jamás me lo había planteado de verdad. Además, con Natalia y Anabel no podía irme a Finlandia tan fácilmente.

—Claro, pero no sé si en el piso hay sitio para tres más; solo tengo dos habitaciones. Aunque la cama es grande y hay un sofá. Si os arregláis con eso…

Veía en su mirada que no le hacía demasiada gracia que una familia entera se metiera en su piso, pero Darío siempre era capaz de adaptarse a cualquier situación y se ofrecía a ayudar cuando hiciera falta. Además, nunca rechazaba la compañía.

—No, voy a ir solo yo. No preguntes, ya te contaré… Es una laaarga historia.

—Veo que no han mejorado esos problemas. Aquí estoy esperándote. Tengo vacaciones en julio, pero tampoco tengo demasiado trabajo ahora mismo. Puedo entrar más tarde y salir un poco antes.

Darío era doctor en astrofísica. Durante años había pululado por distintos países, trabajando donde le ofrecieran un puesto. Había estudiado en Barcelona, pero había trabajado en Canarias y Corea del Sur, y ahora llevaba unos años en Finlandia, concretamente en la Universidad de Oulu, a unos seiscientos kilómetros al norte de la capital. Es decir, muy, muy al norte.

—Tengo dos semanas para dejar la casa, así que iré el día 29.

—¿Dejar la casa? —Me miró preocupado desde la pantalla—. Está bien, ya me contarás cuando vengas. ¿El 29 de mayo?

—Así es.

—¡Oh, no! ¿Tan pronto? Tendré que pedirles a las bellas señoritas del piso que se vayan a otro sitio —bromeó—. Ningún problema, Marc. Avísame cuando tengas el billete y te iré a buscar al aeropuerto.

Hice la reserva esa misma tarde y pasé varios días comprando cosas para el viaje. Sería una larga travesía, porque el primer vuelo salía de Madrid a las diez de la mañana para llegar a Helsinki alrededor de las tres de la tarde, y cogería el siguiente vuelo a Oulu tres horas después. Se supone que hay que estar muy seguro para viajar miles de kilómetros. No en mi caso. Tenía un miedo apabullante, y lo único que me aliviaba era pensar que mi vida podría ser diferente después de ese viaje. Aunque tampoco estaba seguro de eso. Solo deseaba dejar de sentir ese inmenso vacío en algún momento. A veces, las cosas que parecen demasiado sencillas son las más complicadas de cambiar.

Había oído que Finlandia era el país de los mosquitos, así que compré numerosos y diversos repelentes: pulseras, parches y otros artilugios curiosos. Aunque dudaba de su eficacia, había que intentarlo. También sería adecuado llevar ropa de abrigo, porque aunque fuera prácticamente verano, iba a estar casi en el Polo Norte.

Unos días antes del vuelo fui al bufete de Ben para despedirme. Tuve que ir en taxi, ya que había vendido el coche. Uno de tantos detalles que me recordaban que mi vida ya no tenía nada que ver con la anterior.

—Te ingresaré el dinero de la casa en cuanto se haya formalizado la transacción, así que no pasarás aprietos. Nos van a pagar muchísimo menos de lo que cuesta, por vender con prisas y porque aún quedaba por pagar más de la mitad de la hipoteca. Te dará para hacer el viaje sin problemas, pero luego tendrás que ponerte a trabajar. Te buscaré algo cuando vuelvas.

—Sabes que de no ser por ti seguiría en casa culpabilizándome, ¿verdad? Ahora podré culpabilizarme en un avión. Y más tarde en un país muy frío y lejano. Gracias, ¿eh? Te debo una muy grande —dije irónico.

Él rio.

—¡Culpabilízate en la cama con una finlandesa!

—Ya, claro. Oye, ya que te vas a encargar de gestionar todo eso, ¿te importa meter la mitad en el banco para que nos den intereses?

—¡Soy tu abogado, no tu asesor financiero!

—Pero sabes más que yo del tema.

—Sí puedo, aunque si también quieres que te gestione los ahorros, tengo que advertirte que ahora mismo, con esto de la crisis, los intereses de los bancos son mínimos y casi nunca se puede sacar el dinero hasta el final del plazo. ¿A cuánto tiempo quieres el fondo?

—Ben, ¿sabes que no sé de qué estás hablando? No voy a necesitar ese dinero como mínimo hasta dentro de un año o dos.

—Está bien, lo pongo a un año, pero no sé si valdrán la pena los intereses.

—Algo es algo, y no creo que lo use de todas formas. ¿Todo bien, entonces? ¿Tengo que hacer algo más? ¿He firmado todo? ¿Ya te has quedado con todas mis propiedades y me impedirás volver a mi país?

—Exacto. Podrás intentarlo, pero no lo conseguirás. Cuando vuelvas ya hablaremos sobre Anabel. Ahora relájate y disfruta de las playas de Finlandia. Aunque igual es mejor que disfrutes de otras cosas. ¿Qué demonios hay en Finlandia, por cierto?

—Mosquitos. ¿Y renos, tal vez? Ya lo descubriré. Quién sabe.

Es curioso que muchas veces no nos damos cuenta de que estamos viviendo un final. Es muy dramático el momento en que se está a punto de coger un avión, la graduación de la universidad o la última clase del instituto. Pero cuando alguien está en un despacho y aún le quedan varios días para viajar a Finlandia, aunque sea la última vez que va a ver a su hermano en mucho tiempo, no se emociona lo más mínimo. Es casi como si estuviéramos predispuestos a fijarnos en «el último día», no en «la última vez que veo a esta persona». ¿Qué ocurre? ¿Que los días son más importantes que las personas?

La víspera del viaje me quedaba una cosa por hacer. Esta vez sabía que sí me emocionaría. Cogí un taxi para ir a Pozuelo, lugar de residencia de los padres de Natalia. En autobús habría tardado más del doble. Además, no recordaba exactamente cómo llegar.

Al bajar del taxi y encontrar la casa ante mis ojos no pude hacer más que suspirar. Cuando llamé a la puerta me abrió Natalia. Mi Natalia.

Las últimas semanas había querido volver atrás y tener de nuevo a mi familia. Mi vida había dejado de ser lo que era, pero no me había dado cuenta de que todo aquello se basaba en un único sentimiento: el amor. La familia que había creado hacía más de un decenio nació del simple sentimiento que reviví en aquel instante. Esa mirada que inunda la mente de vacío, ese mechón que cae por la frente, esa coleta improvisada, esos labios húmedos que tanto había ansiado. Era la Natalia que yo amaba. Jamás se podría describir lo que era. Era mucho más que la suma de las partes. Era Natalia. Simplemente, Natalia.

—Hola —dijo con decepción. Volví a la realidad tras haberme sumido en los recuerdos durante un bello instante.

Era una actitud normal. Nunca terminé de ponerme en su lugar cuando decidió que nos separásemos, pero en aquella mirada encontré todo lo que necesitaba. Un atisbo de luz en sus ojos, oculto tras el velo de los años y el cariño desprendido de una voz que escondía tantos

recuerdos alegres y amargos, cada vez más de los últimos. Le había arrebatado la familia que quería formar, y había sido solo yo. Lo tenía todo: tenía las sonrisas de las dos mujeres que más amaba del mundo y las convertí en saludos fríos frente a una puerta que no era la mía. Se me hace difícil comprender cómo pude estar tan ciego durante tanto tiempo. ¿Me había convertido en un pez atrapado en una pecera? ¿Una vida enjaulada sin posibilidad de salir, sin más objetivo que el de estar ahí? Tal vez hubiera sido así siempre.

—Hola —dije intentando simular que no estaba tan contento de verla.

—La niña está en su cuarto haciendo sus deberes —pronunció desganada.

Supe que no quería verme allí. Pese a que había reservado las veinticuatro horas de aquel miércoles para estar con Anabel y, por qué no decirlo, también con ella, no quería hacerles más daño. Ya habían sufrido bastante.

Me cedió el paso y fui al cuarto de Anabel sumido en la incomodidad del silencio. Quería decirle muchísimas cosas, pero no fui capaz de abrir la boca hasta verla.

—¡Hola, cariño!

En cuanto me vio, soltó el lápiz y me sonrió.

—Hola, papá. —A pesar de la separación, Anabel seguía queriéndome. Su sonrisa fue la fuerza que me permitió quedarme un rato más—. Dice mamá que te vas de viaje.

—Sí, cariño. Resulta que el tío Darío me ha llamado para decirme que necesitan que los ayude con una cosa muy importante en la universidad, y como ellos no saben, pues tengo que ir a solucionarlo.

—Pero ¿a Finlandia? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Sí, cariño. Tengo que ir a sacar las castañas del fuego a los finlandeses, ¿te lo puedes creer? Es que eso de que no ven el día durante el invierno… Pero no te preocupes; volveré antes de lo que te imaginas.

—¿Y vendrás a la playa en verano? ¡Mamá dice que este año alquilaremos un patín!

—¡Pues claro! Además, ya sabes que tu madre es muy lenta pedaleando, pero yo... ¡Que se preparen las motos de agua para una carrera! Bueno, solo soy rápido si pedaleas conmigo.

Y le guiñé el ojo. Ella se rio.

—Verás que en nada ya he vuelto y vamos a la playa —seguí—. Además, me ha dicho el tío Ben que tiene un regalito para ti. ¡Pero no le digas nada! Me pidió que no te lo dijera… Y también me comentó que quiere venir con nosotros. ¿Quieres?

—¡El tío Ben es muy divertido en la playa! —exclamó Anabel,

riéndose—. Cuando anda por la orilla, las tetitas se le mueven arriba y abajo.

Reí a carcajadas.

—Sí, al tío Ben le sobra algo de peso. Tienes que decirle que haga más ejercicio. Y que tiene que comer más lechuga, para que veas lo gracioso que se pone.

—Hay que comer lechuga, porque tiene vitaminas.

Natalia siempre intentaba inculcarle una vida sana que yo nunca había conseguido llevar. Al fin y al cabo, era una madre excepcional.

—Sí, cariño. —Me detuve sin saber qué decir, pero a veces, lo mejor que se puede hacer ante el silencio es tener un gesto agradable —. Ven, dale un abrazo a papá.

Sus brazos apenas llegaban a rodearme, pero apretaba con fuerza. La ternura con la que me trataba Anabel era algo que siempre querría vivir, pero en un abrir y cerrar de ojos había pasado de ser un bebé a ser esa niña encantadora. Si volvía a parpadear, no sabía cómo de grande la encontraría. Supe que después de aquel abrazo me tenía que ir, para no incomodar a Natalia. A pesar de haber reservado el día entero y haber pasado solamente unos pocos minutos con ella, ese momento me supo a una vida entera de amor. La vida que yo mismo había dejado atrás, algo de lo que entonces me arrepentía más que nunca.

—Me tengo que ir, cariño. Aún tengo que preparar muchas cosas para mañana —mentí—, pero quiero que sepas que me habría gustado quedarme todo el día.

Asintió, decepcionada. Quería estar con su padre, igual que yo con ella. ¿Por qué había sido tan estúpido cuando tuve mil oportunidades?

Con intención de despedirme, le di un beso en la frente y la volví a dejar en su silla, frente a los deberes.

—¿Qué haces? —pregunté señalando su cuaderno.

—Fracciones. Son muy complicadas.

—¡Se me ocurre una cosa! A mí se me dan muy bien, así que… ¿quieres que te ayude? Creo que no tengo tanto que preparar para mañana. ¿Quieres?

Supuse que a Natalia no le haría ninguna gracia que siguiera en esa casa, pero necesitaba pasar un poco más de tiempo con mi hija. Quizá no lo merecía, pero tenía que asegurarme de que recordaría su voz durante el viaje.

Vi en el rostro de Anabel un cambio de ánimo inmediato. Justo después de terminar la pregunta empezó a explicarme todo lo que le había dicho la profesora sobre las fracciones, tal como lo recordaba. Pasamos veinte minutos resolviendo los ejercicios, y quise profundizar

un poco más para orientarla con el temario del escaso mes que le quedaba para las vacaciones.

Al final se hizo casi de noche sin que me diera cuenta.

—Siento haberme quedado tanto tiempo; nos hemos puesto con los deberes y se me ha pasado totalmente —me disculpé ante Natalia, que me esperaba cerca de la puerta con rostro impertérrito.

—Ya.

Vi las palabras dibujadas en sus ojos: «¿Por qué no pasó nunca eso cuando éramos una familia?».

Y qué razón tenía.

—Lo siento —repetí—. Te llamaré cuando vuelva de Finlandia; le he prometido que iremos a la playa con el tío Ben.

—Gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Es mi hija.

—No. Gracias por venir y quedarte con ella tanto tiempo. Te necesitaba. —En su rostro amaneció una tenue sonrisa, oculta tras el dolor de tener que mirarme y recordar los años pasados.

—¿Y tú? —me atreví a preguntar. Aquello estaba fuera de lugar y lo sabía, pero no fui consciente hasta que ya lo había dicho.

—No estabas nunca cuando te necesitaba. Ahora solo necesito a mi familia.

Eso me excluía. A pesar de que tenía toda la razón, sentí un dolor en el pecho que me torturó durante todo el viaje de vuelta. Tras eso no pude pronunciar una sola palabra; únicamente me despedí con la tristeza de haber sido rechazado por mi amor de toda la vida. Me alejé lo suficiente para que Natalia no pudiera verme desde la ventana, me senté en la acera y pedí un taxi. No quería que llegara pronto. No quería moverme. Solo quería pensar, y recordar.

Cuando llegué a casa ya eran casi las diez. El camino se me había hecho eterno, aunque la tarde había transcurrido más rápida que nunca. A veces odio el momento después de entrar por la puerta y ser consciente de lo que ha pasado. ¿Natalia ya no me consideraba su familia? Lo cierto era que no podía culparla. Llevaba tiempo sin ser marido ni padre. Supongo que había sido yo quien se había excluido.

La casa me pareció más solitaria que de costumbre. Incluso con las luces encendidas, tenía un aspecto de pesadumbre que me dolía con solo mirarlo. Habíamos vivido tantas cosas entre aquellas paredes... Tantas risas, tantos besos, tantos grandes momentos... Y ya solo quedaban recuerdos.

Es demasiado duro saber que la vida jamás volverá a ser como fue.

V

El día del viaje me desperté muy temprano, aunque no tenía absolutamente nada que hacer. Podía recoger la casa un poco más, y ya se encargarían del resto en cuanto me fuera. Salí mucho antes de lo necesario y llegué al aeropuerto con tiempo de sobra. Los nervios acumulados me pasaron factura en cuanto embarqué a las diez de la mañana. Y más me valía no despertar en un buen rato, porque tardaríamos casi cuatro horas en llegar a Helsinki.

Al bajar del avión sentí un temor infernal. El resto de los pasajeros parecían contentos de tomar tierra. Sabían adónde se dirigían, qué iban a hacer después. Todos ellos iban acompañados, o esa era la impresión que tenía. Yo, en cambio, estaba solo. Es curiosa la sensación de llegar a un sitio tan alejado del hogar, donde es difícil comunicarse con el resto de la gente. Incluso se teme hacer algún gesto que se pueda malinterpretar. Me rodeaban cientos, tal vez miles de personas, sí, pero seguía solo. Aunque pensándolo bien, ese era el sentimiento que había tenido durante la mayor parte de mi vida.

Durante un buen rato me pregunté: «¿Cómo demonios he acabado en Finlandia?», «¿Qué estoy haciendo aquí?»... Mis pensamientos derivaron en un evidente «Quiero irme a casa», como si dentro de mí hubiera aflorado el niño que quiere volver con su madre. Entonces me di cuenta de que ya no tenía casa. Mi vida había dejado de tener un camino trazado; había llegado a un punto de inflexión en que todo eran decisiones, y asusta tomar decisiones, ser el único responsable de todo lo te ocurra. Supe que lo que estaba haciendo era una locura, que el consejo de Ben había sido pésimo, como todos los que daba.

¿Por qué seguí adelante? Supongo que porque ya tenía un billete que ponía mi destino. En aquel momento era lo único que me decía con certeza adónde tenía que ir y cuándo. Ojalá todo en la vida fuera igual. O tal vez no. No lo sé.

El siguiente avión que cogí no era digno de tal nombre. Era más bien una avioneta de hélices que hacía un ruido abominable, y tenía unos movimientos laterales tan bruscos que resultaban aterradores.

Nada preocupante. Tras una hora de viaje escasa, que se me hizo interminable, llegué a Oulu.

Me impresionó lo minúsculo del aeropuerto, con un par de cintas transportadoras y gente muy distinta de mí que esperaba para recoger su equipaje. Varias mujeres más altas que yo, de cabello azabache y blancas como si no hubieran tomado el sol jamás, esperaban las maletas con rostro extremadamente serio. También había un hombre con una enorme cresta roja y negra, tan grande que al menos doblaría mi peso. De pronto me sentía ajeno en un lugar que ellos seguramente conocían. Yo sabía situarme en el mapa gracias a que había buscado dónde demonios estaba Oulu, una ciudad perdida en la costa del norte de Finlandia. Igual que cuando llegué a Helsinki, me pregunté qué hacía allí. Claro que más me valía estar atento a la maleta y olvidar el desasosiego. Ya tendría mucho tiempo para preguntarme qué haría a partir de entonces a cuatro mil kilómetros de la que había sido mi casa toda mi vida.

En cuanto recogí mi maleta azul, fácilmente identificable por una etiqueta en la que ponía «¡No es la tuya!» por un lado y mi nombre por el otro, me dirigí al vestíbulo y encontré el rostro de Darío con una sonrisa de oreja a oreja. Tras un rápido saludo, mi gran amigo me avisó de que el autobús estaba a punto de salir. Con el cansancio de las largas horas de viaje sobre los hombros, comencé mi andadura por territorio desconocido hacia el único autobús que había por allí cerca. Al salir del aeropuerto, lo único que observé fue que había muchos, muchos árboles.

Me habría gustado poder disfrutar de las vistas de aquel lugar tan extraño y emocionante para mí, pero me traicionaban los ojos. A través de unos párpados entrecerrados y un cerebro atolondrado, las calles parecían extremadamente largas y rodeadas de un sinfín de árboles, como si de un parque gigante se tratara. Tardamos en llegar unos cincuenta minutos, que se me hicieron aún más largos que ambos viajes en avión. Solo pude ver muchos árboles al bajar del vehículo, y un cartel que ponía «Oulun yliopisto», que suponía que significaba «Universidad de Oulu».

Sin más, tras llegar al piso y abrir las dos puertas que lo custodiaban, una por seguridad y otra para no morirse de frío en invierno, caí redondo a la cama hinchable de Darío, que me dijo que lo llamara al móvil en cuanto me despertara, ya que probablemente no estaría en casa.

VI

Ya había llegado. Me encontraba tumbado en una cama hinchable bastante deshinchada, mirando al techo. No terminaba de entender qué me había convencido para viajar más de cuatro mil kilómetros, pero ya no había vuelta atrás. Intenté adivinar la hora por la luz que entraba desde la ventana, pero supuse que, en un lugar en el que no anochece, la luz no me ayudaría demasiado. Me levanté con dificultad. El colchón me atrapó en su pozo de gravedad, y por más que pataleaba seguía arrastrándome como un agujero negro. Al final conseguí salir, acudí a la cocina a beber agua y comprobé que Darío no estaba en casa. Eran cerca de las diez, así que lo llamé por teléfono y respondió que iría a buscarme para cenar.

Nada más salir del portal me sorprendí al vislumbrar un campo de vóley playa a cinco metros del edificio. Por estar apartado de la costa y sobre todo porque, aunque estábamos en lo más parecido que tenían al verano, Oulu no era una ciudad precisamente cálida y aquel campo estaría cubierto de nieve casi todo el año.

El ambiente era maravillosamente puro. Era como si hubieran construido cuatro edificios, todos iguales pero de distintos colores, en medio del monte. ¿Qué había delante del edificio de Darío? Árboles. ¿Y detrás? Árboles. ¿A los lados? Árboles. Solo había una pequeña carretera flanqueada por dos aceras gigantescas. Eso era lo único que nos separaba de la universidad, que según Darío estaba a seis kilómetros de la ciudad de Oulu.

Rodeamos el complejo de edificios y en menos de cinco minutos llegamos a un restaurante llamado Caio.

—Señores, ya estamos aquí —dijo Darío al entrar.

Allí, sentados, había dos hombres de unos veintitantos años, uno de ellos de pelo largo rubio y físico imponente, y el otro de piel mucho más morena, pelo corto y menor estatura. Por el estado de sus platos, debían de haber terminado hacía tiempo. No me molestó. Solo pensaba en llenar el estómago cuanto antes.

—Ya era hora—dijo el rubio.

—Marc, te presento a Matías —dijo señalando al que acababa de hablar— y a Álex.

La comida del restaurante estaba bastante bien. No era muy distinta de lo que solía comer, y el servicio era excelente. Parecía que en cualquier lugar del mundo servían hamburguesas y pizzas. Tras una interesante charla sobre las nuevas costumbres a las que me tenía que

enfrentar y una gran cantidad de temas científicos, ya que Matías y Álex eran becarios en el departamento de astrofísica, volvimos a casa. Tanto Matías como Álex vivían en la misma urbanización que Darío, pero en edificios distintos. Cuando llegamos al piso nos sentamos a hablar un rato. Le conté todo lo que había ocurrido con Natalia y, por mucho que me doliera, no se sorprendió.

—No soy quién para sermonearte. Seguro que de eso ya se han encargado tu hermano y tu madre. Ahora es el momento de disfrutar. Aquí no hay mucho que hacer, pero lo vamos a pasar bien.

Le di la razón y me di cuenta de que seguía terriblemente cansado. No era por el viaje, sino por el desasosiego que me ahogaba. No tenía ganas de hablar ni de pensar. Solo tenía ganas de descansar. Me dio unas cuantas indicaciones sobre el funcionamiento de la cocina y el baño, que eran algo distintos de lo que conocía, y poco después me acosté.

Al día siguiente, Darío se fue temprano a la universidad. Levantarme tarde aquella mañana fue inevitable. Cuando fui a ducharme comprobé la enorme diferencia respecto a los baños a los que estaba acostumbrado: no había plato ni bañera. El suelo estaba preparado para soportar el agua, y al acabar la ducha tuve que usar un utensilio para arrastrarla hacia el desagüe.

Darío me llamó poco antes de las doce para avisarme de que comeríamos juntos en la universidad, con Matías y Álex, y que avisara cuando estuviera preparado para ir a buscarme.

Aunque no tenía hambre, me recogió unos minutos después. La universidad de Oulu estaba en la acera de enfrente. El complejo de edificios era… simpático. Para cada fachada habían escogido un color, y no precisamente en tonos que pasaran desapercibidos. Entiendo que a alguien pudiera gustarle, pero a mí me hacía daño a la vista. En cuanto entré y seguí a Darío unos cuantos metros supe que no saldría de allí sin ayuda. Desde fuera no parecía muy grande, pero orientarse resultaba tan difícil como en un aeropuerto sin mapas. Subimos primero al despacho de Darío a recoger a Matías y Álex. Me pareció bastante curioso ver en la puerta una placa en la que ponía «Dr.» seguido de su nombre completo.

Para llegar al comedor había que recorrer los laberínticos pasillos. No sería capaz de volver yo solo. En la entrada disponían de un tablón de corcho con las comidas y los precios… en finés. Por suerte, por el otro lado estaba en inglés. El sistema era muy parecido al que había visto en otros lugares, aunque para las bebidas había varios grifos en los que destacaban una cerveza de color rojizo que no me atreví a probar y, sorprendentemente, leche.

—¿Los finlandeses beben leche con la comida? —pregunté al

verlo.

—Algunos —contestó Darío—. Ahora no suele tomarla mucha gente, pero en invierno es más habitual, por aquello de recuperar las vitaminas. Al parecer pasan cosas muy extrañas cuando solo se ve la luz del sol un par de horas al día.

—Igual debería haber venido en invierno.

—En invierno, este sitio es un espectáculo —contestó Matías—. Por supuesto, casi todo el día es de noche, pero hay seis o siete meses de nieve, y muchos finlandeses van en bici sin agarrar el manillar y hablando por el móvil. Con el asfalto helado, las ruedas patinan y se meten unas hostias impresionantes. ¿Sabes?, no te digo que sea muy gracioso, porque de verdad que a veces pienso «Ese se mata», pero es muy cómico. No sé, yo voy en bici a la ciudad en verano y puedes caerte de vez en cuando. Además no es agradable, ¿sabes?, porque si te das con un muro o algo te puede pasar de todo, pero es que si vas sin manos y hablando por el móvil es normal, y digo yo que hasta te lo mereces.

—Vaya. —Me imaginé el panorama y no supe si reírme o aterrorizarme. No se me daba muy bien montar en bici.

Por la tarde, lo que casi sería la noche en España, decidimos ir a la ciudad. Darío tenía su bicicleta en perfectas condiciones, pero había pedido prestada otra para mí, y no era ninguna maravilla tecnológica. Por el desuso había perdido la capacidad de cambiar de plato y piñón, así que pedalear conllevaba una dificultad enorme. Para mí, que no estaba acostumbrado a hacer ejercicio, era un infierno seguir el ritmo de Darío.

La ciudad de Oulu no era demasiado grande, pero era bonita. Para llegar en bicicleta había que recorrer durante unos veinte minutos caminos rodeados de bosque y mar, que eran verdaderamente preciosos. Nunca pude ver aquel paisaje de noche, pero el reflejo del sol en un agua tan pura, ataviado con la abundante vegetación de aquellas islas, era un espectáculo como pocos. Ya iba advertido de que habría muchos mosquitos, pero con la salvedad de algunos lugares, como la parte inferior de los puentes, no era nada preocupante. Jamás me molestaron estando quieto, y en movimiento no representaban gran problema mientras no me los tragara o se me metieran en los ojos, en cuyo caso tenía que rezar para que el resto de la gente me evitara, porque iba a tardar unos cuantos segundos en ver normalmente.

La ciudad tenía una plaza del mercado donde se vendían muchas pieles de animales grandes y pequeñas, artesanía de madera y, en sitios de mayor presupuesto, vidrios de colores llamativos y formas extravagantes. No sé si sería frecuente ver esas preciosas copas en casa

de los habitantes de aquel lugar, pero me acordé de que durante años había tenido vasos gracias a Nocilla. Había una ligera diferencia.

Visitamos un bar, cenamos una sempiterna pizza en un restaurante de calidad y fuimos a un karaoke. A Darío le hacía ilusión; de hecho, siempre quiere ir al karaoke. Estaba prácticamente vacío, cobraban dos euros por entrar y, aunque tenía gran cantidad de canciones, un servicio excelente y una camarera muy guapa, yo no sabía qué demonios pintaba allí.

Durante el fin de semana visitamos los lugares icónicos de Oulu, y logré memorizar casi todos los caminos que debía seguir para ir a un sitio u otro.

A la semana siguiente, Darío trabajaba por la mañana todos los días, así que me dio un mapa de Oulu y libertad para hacer lo que quisiera. Con las llaves de su casa y las del guardabicis, decidí que debía tomar un nuevo rumbo.

VII

Pedaleaba. Pedaleaba con mucha fuerza. Me ardían las piernas, pero no importaba. No sabía adónde iba, pero tampoco importaba. Únicamente necesitaba pedalear, sentir el viento azotando mi rostro, saber que tenía elección, que podía dirigirme a cualquier lugar que quisiera. Estaba inmensamente lejos de casa y aún me sentía atado. ¿Por qué? Veía pasar a mi lado árboles, personas, carritos de bebé a toda velocidad, pero no conseguía alejarme de nada. Una pareja discutía en mitad de la calle. Me evocó algo en lo que no quería pensar. Aunque ¿por qué no? No era el recuerdo lo que me hacía daño, sino el hecho de, por lejos que me fuera, los problemas siempre serían los mismos. Porque el verdadero problema no estaba en el mundo, sino en mí. ¿Quién era yo? Estudié en un colegio y luego en un instituto; más adelante empecé a trabajar en oficinas, y poco después me casé con Natalia y formé una familia. Se me daban bien las letras y mal las personas, pero eso no significaba nada. ¿Quién era yo? ¿Era una buena persona? ¿Era inteligente? ¿Podía marcar una diferencia en esta vida, o era un mísero espectador del giro irremediable del mundo? ¿Por qué decidí casarme? ¿Por qué no hice nada cuando me dejó mi esposa? ¿Por qué fui a Oulu? ¿Por qué tomé tantas decisiones sin saber por qué?

Simplemente, pedaleaba. El viento me hacía lagrimear. O tal vez no fuera el viento, sino el miedo.

Miedo a volver.

Veía el camino sin problema hasta que apareció un mosquito. No era la primera vez que me ocurría. El bichejo me entró en el ojo y no pude evitar parpadear repetidamente. Me llevé una mano a la cara por instinto. Rasqué y rasqué, pero el dolor me obligaba a bajar la cabeza y tambalearme en la bicicleta. Podía ver, pero solo conseguía mirar un instante al frente cada cierto tiempo. Debería haber parado, pero no reaccioné.

A duras penas, atisbé a una mujer frente a mí. Lejos, pero muy cerca. Supe que debía frenar, pero una de mis manos no estaba en su lugar. Accioné el otro freno con todas mis fuerzas, pero el futuro era inevitable: la inercia me llevaba recto hasta ella. Tenía que virar y salir del camino. La evitaría, pero yo… No quería pensarlo. Simplemente, giré como pude.

Mi corazón, que ardía, se liberó cuando dejé el camino, porque ya no podía dañar a nadie más que a mí mismo. Perdí el control al

contacto con la hierba y aún me desplazaba a muchísima velocidad, pero ya no importaba. Una parte de mí, oculta al fondo de mi ser, se alegraba de lo que me iba a pasar. Quizá me liberara de la mayor carga de todas: la de vivir. El manillar se había vuelto una bestia incontrolable, así que lo solté. Me precipité hacia delante, con la mala suerte de que una rama caída hizo saltar la bicicleta. No sé cuánto tiempo estuve en el aire, pero acabé por chocar contra un árbol y, acto seguido, giré sobre mí mismo hasta que caí a la hierba y rodé varios metros. Miré al cielo y, semiinconsciente, contemplé su hermosura.

Se dice que quien está al borde de la muerte ve pasar su vida. Yo garantizo que no vi nada de eso. Es mucho más sencillo: recordé un momento, una escena, puede que la más importante. Era el instante que podía haber vuelto las tornas: «¿Y vendrás a la playa en verano?». Qué dulzura en esa voz, qué inocencia de la niña a la que quiero más que a nada. Ella era la verdadera mujer de mi vida, por la que haría cualquier cosa, por la que iría a cualquier lugar del mundo.

La que despertó en mí las ganas de vivir. La que me hizo abrir los ojos.

Algo había cambiado. No había perdido el conocimiento. ¿O sí? Tal vez solo hubiera dejado vagar la mente porque necesitaba dar con algo. Quién sabe si buscaba algo que solo podría encontrar dentro de mí mismo.

Una mujer se me acercó. Tumbado boca arriba, la vi como si llegara desde el mismísimo cielo. Su cabello rubio y sus ojos azules fueron una bendición para mi vista. Quise ponerme en pie, pero me di cuenta de que el dolor me inmovilizaba. Con cada latido de mi corazón, una sensación punzante en la espalda hacía que me retorciera sobre la hierba.

—¿Cómo estás? —preguntó la mujer en inglés. Era la misma a la que había evitado hacía unos segundos.

—Bien. Duele, pero bien —mentí en el mismo idioma. Me costó horrores encontrar las palabras.

—¿Seguro? ¿Quieres que te ayude a levantarte?

Durante un segundo lo pensé. No creí que pudiera conseguirlo.

—Sí, gracias. A ver si… —Me dio la mano y tiró de mí. Un esfuerzo vano.

No me gustaba la situación, pero aún menos tener que comunicarme en otro idioma.

—¿Quieres que llame a alguien?

—Solo tengo a un amigo aquí, y vive muy lejos.

Me pregunté si debería llamarlo y sacarlo del trabajo para que fuera a recogerme. No lo vi oportuno. Aunque me doliera todo el cuerpo, sería mejor que buscara una carretera y volviera en taxi.

—Mejor no. Perdona, soy español y llegué hace unos días, así que apenas conozco esto. ¿Podrías ayudarme a pedir un taxi? —Mis palabras empezaban a tropezar unas con otras. No tenía un inglés tan fluido como para hablar sin parecer un poco tonto. No obstante, en aquel momento no me preocupaba lo más mínimo.

—Claro —contestó ella, sonriente—, pero también puedo llamar a una ambulancia. Quizá sea lo mejor, en tu estado. O puedo llevarte en la bicicleta.

Señaló su medio de transporte. Era un artilugio pequeño, pero tenía muy buen aspecto. En el eje de la rueda trasera tenía un reposapiés a cada lado, y por supuesto, como buena bicicleta de Oulu, llevaba una gran cesta delantera. No sabía cómo demonios iba a mantenerme en la rejilla durante la media hora que tardaría en llegar al piso de Darío, pero no quería que pidiera ninguna ambulancia.

—Supongo que sí. Espero aguantar el dolor.

—Aunque te hayas caído, más dolor tendré que soportar yo en las piernas. ¡Tengo que pedalear por ti! —Rio.

—Supongo.

—Venga, levanta. —Me tendió la mano. Hizo un gran esfuerzo para tirar de mí, pero me dolía horriblemente la nalga izquierda. Al final conseguí levantarme a duras penas.

Me di cuenta de que aquella mujer medía unos quince centímetros menos que yo, lo que explicaba el tamaño de su bicicleta. Con la ropa llena de tierra y manchas de hierba, de un verde amarillento, tenía un aspecto deplorable. Seguramente peor del que yo mismo imaginaba.

—Vas a tener que darte una buena ducha cuando llegues a casa, ¿eh? Y yo en tu lugar tiraría esa camiseta. No creo que vuelva a ser blanca.

—Ya, aunque me preocupa más la bicicleta de mi amigo. De hecho, ni siquiera es suya; la pidió prestada para mí.

El cuadro y la rueda delantera se habían doblado por completo. No sabía nada de mecánica, pero no tenía buena pinta.

La chica la miró de reojo y arrugó sus facciones.

—No creo que puedan arreglarla.

—Vaya…

—Deberíamos llevarla a un contenedor, al menos. Tal vez… Vale, dame un momento. Voy a llamar a un amigo para que venga a recogerla.

Sacó un móvil del bolso que llevaba en la cesta de la bicicleta e hizo una llamada. Supe que hablaba en finés nada más oírla. Es un idioma que no se parece a ningún otro. Es fuerte, de pronunciación áspera, aunque con la ventaja de que se lee como se escribe, según Darío. Pese a que llevaba unos pocos días y había oído algo de finés,

únicamente sabía decir «hola», «adiós» y «gracias». Me resultaba una lengua muy graciosa, lo confieso.

Tras colgar me anunció que todo estaba bien, que vendrían a buscar la bicicleta. Yo, mientras, descansaba apoyado en el árbol con el que me había golpeado. Aún me sentía tremendamente dolorido y me costaba tenerme en pie.

Ella subió a la bicicleta y me miró, invitándome a que ocupara la rejilla.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—Marc, ¿y tú?

—Amanda.

«Bonito nombre», pensé.

No sin dificultad, apoyé los pies y puse las manos en sus hombros, con cuidado de no parecer aprovechado.

El viaje fue largo y fatigoso. A pesar de que Amanda tenía el trabajo más arduo, no pareció flaquear en ningún momento. En cambio yo, que iba sentado en la rejilla, tuve muchas dificultades para mantenerme en mi lugar durante la que me pareció una de las horas más largas de mi vida. Mucha gente me miraba con incredulidad, y es que mi aspecto andrajoso llamaba bastante la atención. De hecho, un ciclista que nos cruzamos, que iba con el teléfono en una mano y la otra descansando sobre el bolsillo, se quedó tan estupefacto que perdió la noción del espacio, se salió del camino asfaltado y sufrió una caída casi tan cómica como la mía. Tal como me había comentado Matías, pero sin hielo.

Cuando llegamos a la zona universitaria, Amanda se empeñó en llevarme hasta el portal, así que le indiqué dónde estaba la casa de Darío.

—Te invitaría a tomar algo arriba, pero lo único que puedo ofrecerte es agua del grifo. No tenemos nada.

—Acepto ese vaso de agua. Me vendría muy bien. Me hago la dura, pero estoy agotada.

—Claro, entonces sube.

Esperaba que mi decisión no molestara a Darío.

Dejó la bicicleta candada en los soportes que había delante del portal y subió conmigo. Quedé como un inútil, porque todavía no había aprendido a abrir la puerta con rapidez. Siempre se me atascaba la maldita llave. Ella se rio descaradamente mientras yo trasteaba con la cerradura.

—Sí que está vacío —dijo al entrar.

Tenía toda la razón. Darío no era la persona más decoradora del mundo. Sabía que, por su trabajo, era muy probable que en uno o dos años tuviera que mudarse de nuevo, y no pasaba mucho tiempo en casa, así que prácticamente parecía un piso piloto.

—Pues espera a ver la cocina —advertí.

En el vestíbulo había un armario empotrado. Era costumbre quitarse los zapatos al entrar, algo que Amanda demostró sobradamente. Cuando llegamos a la cocina le enseñé la colección de platos, vasos y cubiertos: dos de cada, con excepción de las tazas: solo había una, con el dibujo de una nebulosa que se iluminaba cuando se echaba líquido caliente. Cosas de astrofísicos. Amanda, al verlo, se echó a reír a carcajadas.

—¿No hay nada más? ¿Es que tu amigo nunca come aquí?

—No suele, y no creo que suela cenar aquí tampoco.

—¿Y si tiene invitados?

—Buena pregunta. Creo que… Vasos de plástico. Deben de estar por algún sitio, pero no sé dónde.

De nuevo se echó a reír, y esta vez yo también, aunque de forma grotesca.

—Es un nuevo concepto de piso de estudiantes —dije.

Llené una jarra con agua del grifo y saqué los dos únicos vasos.

—Dices que vienes de España, ¿no?

—Sí —contesté.

—¿Y qué se le ha perdido a un español por estas latitudes? Por la playa no será.

Oulu estaba en la costa. De hecho, sí que tenía playa y era preciosa, pero los días más calurosos solo permitían llevar manga corta durante un rato. Al menos a mí, porque los finlandeses no tenían costumbre de abrigarse demasiado en verano. Más valía tener una chaqueta a mano, por si arreciaba el viento. Pese a ello, lo que hacía difícil el baño en la playa no era la temperatura del aire, sino la del agua. «Congelación instantánea» podría ser una definición de lo que sentía al entrar en ese mar alguien acostumbrado al Mediterráneo.

—Es una larga historia. Supongo que una locura de verano.

—¿Venir a uno de los países más septentrionales del mundo es una locura de verano? Pues vaya ocurrencias tienen los españoles. Yo habría ido a las islas Canarias o al Caribe. Aunque Oulu es genial, no me malinterpretes.

—Desde luego. Digamos que necesitaba un cambio en mi vida, y Darío llevaba tiempo invitándome.

—Interesante. ¿Y cuánto te vas a quedar? ¿Qué piensas hacer aquí, aparte de tener accidentes de bicicleta? Por cierto, ahora que lo pienso, ¿adónde demonios ibas tan lejos de casa?

Me di cuenta de que mi oído volvía a acostumbrarse al inglés. Había dejado de prestar atención a la lengua; únicamente escuchaba y entendía lo que decía.

—¡Eh! ¡Esto parece un interrogatorio!

—Shhh.

—Responderé por partes. Primero: no sé cuánto me quedaré; hasta que esté preparado para volver. Segundo: no tengo ni la más remota idea de qué voy a hacer aquí. He venido a vivir algo distinto, así que no lo sé. Y tercero: tampoco lo sé. Simplemente necesitaba hacer ejercicio, supongo.

—En resumen, no tienes ni puta idea de nada.

Me chocó que fuera tan deslenguada, aunque con aquella voz tan dulce, esas palabras no sonaban mal, sino que le daban un cariz aún más divertido.

—¿Cómo lo has adivinado? —Reí.

—Voy a intentar hacer un esfuerzo por entenderte, que es bastante complicado en esta situación. Has venido, a una de las ciudades más inhóspitas del planeta para buscar algo, pero no sabes qué. Es decir, había algo que sentías que te faltaba. ¿Qué era? —preguntó, acercando su rostro al mío de forma atemorizante.

Me hallé impregnado de un terror que resultaba difícil describir. ¿Tan sencillo resultaba ver mis pensamientos a través de mis actos?

—No tienes por qué contestar —continuó—. Te entiendo perfectamente. No sé qué motivo te ha impulsado a venir, pero seguro que es muy bueno. Solo estaba bromeando; no me gusta ser seria. —Sacó la lengua ligeramente, como si todo hubiera sido una broma. ¿Realmente lo era?

—¿Y qué hace una mujer tan joven llevando a un hombre de treinta y tantos en su bici, tan lejos de su casa?

—¿Acaso sabes dónde vivo? Y de treinta y tantos, nada. Tienes más.

—¡Eh! Tengo treinta y ocho, para tu información. —respondí indignado—. Imagino que vives lejos. Nos hemos conocido, ¿a cuánto?, ¿a diez kilómetros de aquí?

—Más o menos.

—Vivirás por esa zona, entonces.

—No se te da demasiado bien jugar a ser Sherlock Holmes —concluyó.

Acabábamos de conocernos. Aunque para ella pareciera un juego, me parecía que llevara toda la vida hablando conmigo. Si eso mismo me lo dijera Ben, incluso Darío, más que ofensivo sería divertido, pero en labios de una desconocida era otra historia. Aunque si no hubiera sido por su amabilidad, aún estaría buscando la forma de volver. Estaba hecho un lío.

—Quieres decir que no vives demasiado lejos de aquí.

—Puede.

—¿Puede?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Vas a venir a visitarme de vez en

cuando? —Me miró fijamente, afectando sorpresa.

—Puede.

—Aprendes deprisa. Creo que va siendo hora de que me vaya —anunció—. Encantada de conocerte, Marc.

—¿Te veré algún día?

A pesar de lo extraño y confuso que me resultaba todo, no quería que se fuera. Sabía que era lo mejor, porque aquel no era mi piso y no era adecuado tenerla allí sin consultar a Darío, pero no quería pensar que no volvería a verla.

—Depende de ti.

—¿Qué puedo hacer?

—Pedirme el teléfono, por ejemplo. ¿Es que no fuiste al instituto? Puedes intentar formas más imaginativas, como apuntar tu número en una notita y metérmela en el bolsillo, o en la cesta de la bicicleta. Incluso puedes pedirme que te deje acompañarme a casa, y como buena señorita que soy, te diré que no, pero te agradeceré el intento y puede que, si me apetece, te prometa que otro día y te dé un beso en la mejilla. ¿Tan fuerte te has golpeado la cabeza? Creía que tenías treinta y ocho años. Parece que tengas doce.

Reí por la forma en que había quedado como un estúpido. Hablar con Amanda parecía un juicio. Cada palabra errónea podía ser usada contra mí sin ninguna piedad. ¿Cómo podía ser tan atrevida con un desconocido? Me encantaba.

—Tienes razón —dije, dando las gracias a mis padres por haberme apuntado a una academia de inglés. Me miró con aprobación —. ¿Sería muy difícil para ti darme un número de teléfono para contactarte en caso de necesidad? No quisiera ponerte en un aprieto, desde luego, pero para mí sería un gran honor, y te prometo que usaré dicho número con el único fin de entablar una relación de amistad. Mis intenciones son buenas, señorita Amanda.

—Si tus intenciones son buenas, ¿para qué voy a darte mi número?

—Pues… No sé. Eso es lo que se espera de un hombre, ¿no?

—Mejor que sigas creyendo que eso es lo que queremos las finlandesas. Así no te asustas. De todas formas, será mejor que me traigas un papel y un bolígrafo, para poder apuntártelo. Tienes suerte de que no sea como las demás. —Me guiñó un ojo.

«Eso, seguro», pensé. Fui a mi cuarto a buscar ese papel, pero me di cuenta de que no tenía hojas en blanco, así que cogí mi billete de avión, que reposaba sobre el caótico escritorio, y lo llevé junto a un bolígrafo.

—De todas formas, no creo que necesites el número —dijo después de apuntarlo en el dorso del billete.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, ya estaba saliendo

por la puerta. No tuvo ningún reparo en abandonar el edificio sin mi compañía. En cuanto pude, cogí las llaves y fui tras ella, pero solo encontré su aroma que inundaba las escaleras y una agradable vista de su pedaleo hacia la carretera.

¿Por qué no iba a necesitar su número? ¿Cómo iba a encontrarla, entonces?

VIII

Entre semana, Darío trabajaba hasta las cuatro o las cinco de la tarde, y después solíamos ir a la ciudad. A él le gustaba pasar las noches en el karaoke, donde intentaba imitar a Frank Sinatra, y recalco la palabra *intentar*, aunque yo me limitaba a tomar algo mientras él se divertía intentando conquistar mujeres aburridas de su vida cotidiana, y una vez más, recalco *intentar*.

Oulu era una ciudad espaciosa, perfecta para pasear. Las calles no podían ser más anchas, y muchas de ellas eran peatonales. Me sorprendía lo fácil que resultaba encontrar aparcamiento para los coches; no así para las bicicletas. Viniendo de una ciudad como Madrid, donde el centro estaba superpoblado, poder aparcar libremente me parecía inaudito. También era posible sentarse en algún muelle a contemplar los reflejos del sol en el agua, o visitar las islas del estuario, conectadas por caminos vetados al tráfico motorizado.

Además había museos fantásticos, aunque relativamente caros para nosotros, que no disponíamos de descuento para estudiantes: comparada con España, Finlandia era bastante cara en casi todos los aspectos. No pudimos visitar el museo de arte porque estaba en obras, pero el centro de ciencia era una maravilla, que hacía de la ciencia algo divertido. Me sorprendió bastante encontrar en la calle principal de Oulu una bola de granito de un metro de diámetro, separada del pedestal por un colchón de agua que permitía girarla con las manos.

Por supuesto, tuve que comprar una bicicleta para el amigo de Darío, ya que la que me había dejado estaría en algún contenedor. No eran excesivamente caras, pero mi presupuesto se iba mermando poco a poco. Había gastado mucho más de lo que esperaba en la escasa semana que llevaba allí, y eso que Darío ya me había advertido de que Finlandia era cara.

Para el fin de semana hicimos planes que incluían más aventuras que la de pasear por la ciudad y probar la carne de reno y otros platos típicos.

Un domingo fuimos de excursión a una isla llamada Turkansaari. Estaba a unos veinte kilómetros, pero Darío insistió en que la mejor forma de convertirlo en una verdadera aventura era ir en bicicleta. Sin duda, lo fue. No solo nos embarcamos Darío y yo, sino que también se apuntaron Álex y su esposa. Matías no fue, alegando estar tremendamente enfermo, pero no nos preocupamos porque, según me contaron, era algo normal.

La ida se nos hizo larguísima. A pesar del terreno llano, no estaba acostumbrado a hacer tanto ejercicio, y a los quince minutos comencé a pensar que no llegaría. El ardor de las piernas se hacía insoportable, pero de vez en cuando aparecía una pequeña bajada que me permitía reponer fuerzas para seguir. El paisaje era espectacular. La mayor parte del tiempo pedaleábamos por un camino asfaltado, con árboles a ambos lados, pero en algunos tramos, una hierba alta inundada de un brillo celeste que reflejaba el cielo impoluto cubría una amplia extensión rematada en un bosque lejano. El aire fresco, a veces, es lo único que hace falta para saber que este mundo es mucho más que la propia vida. Solo somos espectadores de algo muchísimo más grande, que llega más allá de todo aquello que podamos contemplar jamás. Parece que el tiempo no pasa para el paisaje. ¿Cuántas vidas habrán cruzado ese mismo mar de hierba antes que yo? ¿Y cuántas lo cruzarán después?

«¿Quién soy?», me volví a preguntar mientras contemplaba la bella inmensidad. Qué pequeño me sentía. Y qué reconfortado, aunque no entendiera el porqué. Puede que fuera la sensación de que ningún problema que pudiera tener en mi vida era realmente importante. ¿Acaso quiero ser una mota de polvo en un universo infinito? Quizá sea por la sencillez. La insignificancia de mi persona me permite decidir quién soy realmente. No soy responsable de nada ni tengo que hacer lo que me dicta nadie. Simplemente, puedo elegir libremente en cada momento. Esa es la respuesta. Soy libre. Hoy y siempre, digan lo que digan, pase lo que pase, esté donde esté: soy libre.

Me miré las manos y vi los mismos dedos de siempre, la misma piel, las mismas arrugas, el mismo lunar, las mismas imperfecciones. Cuando paramos, me agaché y toqué el asfalto fresco, probablemente el mismo asfalto que en cualquier parte del mundo. Aun así, todo era diferente en aquel instante. Nunca volvería a estar en aquel lugar en aquel momento. Esa era la mismísima belleza de la vida.

Aquel día visitamos el museo al aire libre de Turkansaari. Como era de esperar, era precioso y absolutamente rural. Tenía construcciones del siglo XVIII y albergaba una pequeña parte de su cultura. Vendían objetos de madera, soldados de plomo y, lo que más me llamó la atención, rosas metálicas hechas a mano con antiguas técnicas metalúrgicas. Los mosquitos, por primera vez desde que había llegado a Finlandia, se convirtieron en un problema. Quedarse quieto significaba tener que agitar los brazos alrededor de la cara para intentar salir sin decenas de picaduras. Al menos así fue hasta que, a mediodía, cogimos las bicicletas para regresar. Sin que hubiéramos captado la más mínima señal, se puso a llover de una forma exagerada. Darío aseguró haber comprobado el parte meteorológico,

pero el tiempo seguía siendo impredecible en cualquier parte del mundo. No sabíamos cuándo escamparía y tampoco teníamos donde resguardarnos, así que decidimos seguir avanzando con la esperanza de encontrar alguna tienda, restaurante o gasolinera que pudiera acogernos en aquel domingo lluvioso. Los caminos, al ser peatonales y para bicicletas, no tenían sino uno o dos carteles cada tantos kilómetros y solo hacían suponer que se estaba en algún punto indeterminado del norte de Finlandia, cosa no muy útil. Al fin nos aventuramos por una senda distinta y dimos con una tienda que contaba con dos mesas para comer. La comida era horrible y muy cara, pero el techo y la calefacción eran lo que nos interesaba. Esperamos casi una hora para intentar secarnos, pero al final nos cansamos y decidimos reanudar la marcha. Curiosamente, cuando pudimos ver el cielo de nuevo no había una sola nube.

Volvimos a casa agotados tras quince kilómetros que nos parecieron cincuenta, con unas ganas insufribles de tomar una buena ducha y dormir durante toda la noche.

Cuando se vuelve a casa después de un día de aventuras es cuando se empieza a valorar todo lo que se ha hecho, a reflexionar. Todo en aquel lugar era muy distinto de lo que yo había vivido hasta entonces, pero a la vez, también era muy parecido. Tenía una sensación agradable. Sentía que podía seguir allí durante mucho tiempo si quisiera. Fue en aquel momento, mientras el agua caliente me caía por la cabeza, cuando me di cuenta de que mi vida podía ser lo que yo quisiera que fuera. Era yo quien decidía mi futuro. Puede que parezca trivial, pero no lo es en absoluto. La inercia de la rutina, a veces, la gran mayoría de las veces, es lo que impera sobre nuestros actos. Fue en aquel preciso instante cuando, por primera vez desde que había llegado a Finlandia, supe que estaba donde debía estar.

IX

Darío se había ido a trabajar cuando me levanté. Estaba agotado porque la noche anterior habíamos estado hasta las tantas con Matías, Alex y sus respectivas esposas, batallando en un juego de mesa llamado Catán. Además, creo que nos pasamos un poco con las cervezas.

Salí a comprar algo para desayunar al día siguiente. Dado que estaba de invitado y no pagaba alojamiento, me encargaba de reabastecer la despensa.

El supermercado estaba justo detrás de nuestro edificio. No parecía haber grandes diferencias entre la forma de vida de los finlandeses y lo que había visto en España. En Finlandia, las comidas se adelantaban un par de horas y los comercios cerraban sobre las seis de la tarde, pero aparte de eso, todo parecía igual. El supermercado también era de lo más corriente. Lo único que me chocaba era el pasillo repleto de suplementos vitamínicos que, según Darío, era frecuente tomar en invierno.

Cuando fui a pagar me quedé patidifuso: la cajera era Amanda.

—¡Hola! —saludé en finés. Creo.

—Qué sorpresa, ¿no? —dijo riéndose, en inglés.

—No pareces demasiado sorprendida.

Mientras hablábamos, ella pasaba mis escasos artículos por el escáner.

—Será que ya te había visto antes por aquí.

—¿De verdad? ¿Lo sabías antes de que nos conociéramos?

—Puede. —Rio. Ya había terminado con mi compra; no le había dado mucho trabajo—. Doce con cinco. Puedes dejar propina. —Volvió a reír.

—Seguro que tienes más ahorros que yo, así que mejor otro día.

—Vaya, yo que te iba a invitar a una cerveza con el extra...

—Prefiero invitarte yo. Así quedo como un caballero. —Puse en sus manos el importe exacto y guardé la compra en la bolsa—. ¿A qué hora sales? —pregunté.

—¿Es que vas a esperarme, príncipe azul?

—Resulta que vivo a la vuelta de la esquina, así que si me dices una hora razonable, puedo acercarme cuando salgas.

—Vas aprendiendo.

Mientras esperaba su respuesta, Amanda se puso a atender a los clientes que iban después de mí. Me aparté para no estorbar, pero ella no respondía.

—A la una, e invitas tú. A la una y un minuto me voy, así que ya puedes ser puntual —dijo sin siquiera mirarme.

—Aquí estaré —dije, aunque no pareció escucharme.

Salí de casa diez minutos antes para no arriesgarme a ser impuntual. Darío me había llamado casi una hora antes para ir a comer con Matías y Alex, como todos los días, pero esta vez rechacé su oferta.

—Aquí está el príncipe azul —dijo Amanda nada más verme.

—Te has retrasado diez minutos —afirmé mirando el reloj—. Así que tú puedes retrasarte lo que quieras, pero yo no.

—Exacto —concluyó, sonriendo y sacándome la lengua.

Fuimos a una pizzería cercana. Supongo que ninguno de los dos tenía ganas de pedalear hasta la ciudad para buscar un sitio mejor. Es curioso que incluso en un lugar tan alejado y con unas costumbres tan distintas sigan disponiendo de la dieta fácil de la pizza. De hecho, siempre que Darío y yo no comíamos en la universidad, comprábamos pizzas.

—¿Y qué es de tu vida? —pregunté mientras comíamos—. Has cotilleado mis razones para venir a Oulu, pero no sé nada de ti.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién eres? —resumí.

Era curioso que le preguntara eso, cuando yo no habría sabido contestar.

—Lo que soy ahora es diferente de lo que fui ayer. Y también de lo que seré mañana.

—¿Quién eres hoy, en este preciso momento?

—Ojalá lo supiera. ¿Quién podría saber todo lo que le hace ser él mismo?

Las palabras de Amanda tenían sentido, pero yo no necesitaba tanta información.

—Solo quiero saber de ti. Qué ha hecho que te conviertas en lo que eres.

—Lo dices como si supieras lo que soy.

—Eres una chica sin modales ni vergüenza, pero demasiado joven. No me termina de encajar.

—A los viejos, todo el mundo le parece joven —dijo sonriendo mientras sacaba la lengua de nuevo. Odiaba ese gesto.

—¿Me estás llamando viejo? —Me hice el sorprendido.

—Puede.

—No soy viejo, sino sabio. ¿Ves estas canas de aquí? Son las cicatrices de la sabiduría.

—Ya, claro.

—No nos desviemos. Entonces, ¿qué hay de ti? ¿Siempre has vivido aquí?

—Sí, siempre.

—¿Terminaste la secundaria?

—¡Vaya ataque! Con mejores notas que tú, seguro.

—Probablemente. Nunca fui el mejor estudiante. ¿Y tus padres?

—Viven conmigo.

—Bonita forma de decir que no te has independizado. Aunque en mi país se dice «Vivo con ellos».

—No, es complicado. Hasta hace unos meses vivía sola, pero he vuelto a casa provisionalmente.

El de cajera no era el mejor trabajo del mundo, pero según me había dicho Darío, los sueldos de Finlandia eran bastante elevados. No creí que tuviera problemas económicos.

—¿Por qué volviste con ellos si tenías trabajo? —pregunté interesado. Había algo que no sabía de ella, y debía de ser muy importante.

—Mira que eres cotilla. Si quieres que te lo cuente, tendrás que ganártelo.

—Está bien. Yo invito hoy. —Sonreí como un niño.

—Eso ya estaba hablado.

—En realidad, no. Tú dijiste que yo invitaría; yo no dije nada.

—Tendrás que hacer mucho más que invitarme, Marc.

Pudiera parecer algo sin importancia, pero aquel «Marc» me hizo sentir importante. Era como si se estuviera forjando algo mucho más profundo de lo que saltaba a la vista. O tal vez fueran imaginaciones mías.

—¿Como por ejemplo? —pregunté interesado.

—No soy yo quien debe decirte qué hacer.

—Es verdad; había olvidado que las mujeres quieren que los hombres adivinemos lo que quieren.

—No, no quiero que adivines nada. Solo intento pasar tiempo contigo de la mejor forma posible. No sé quién fuiste; no termino de entender qué hace un hombre como tú a cuatro mil kilómetros de su casa, pero no me importa. Solo pienso en este momento. En el hombre que tengo frente a mí, en la mujer que soy y en la mesa que nos separa. El ayer y el mañana son días que no puedo controlar. El hoy, sí, y tengo frente a mí todo lo que necesito saber.

Las palabras de Amanda me conmocionaron. Durante aquel breve momento había dejado de comportarse como una niña rebelde para convertirse en una mujer segura de lo que quería. Sus palabras reflejaban una inmensa madurez que quizá evidenciara un sufrimiento pasado.

—Intentaste entenderme. Yo también quería entenderte a ti.

—Tus actos eran un enigma que resolver. Un puzzle, un juego. Esto ya no es nada parecido a un juego —dijo tremendamente seria.

Me asustaba cada vez más.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo.

Dejé de comer. Todo se paralizó, como si el resto del mundo hubiera desaparecido. «Todo», había dicho. ¿Qué significaba esa palabra? ¿Acaso se había enamorado de mí? Aquella respuesta hizo surgir miles de preguntas en un mísero instante. Sin embargo, no dije nada.

Sin dejar de mirar a Amanda ni un segundo, cogí otro trozo de pizza y me lo llevé a la boca. Imagino que pareció ridículo, pero no mostró reacción alguna.

—Tengo una hija. Se llama Anabel. Mi mujer me dejó hace un mes y desde entonces no he sido capaz de levantarme una sola mañana sin saber que he perdido lo que más me importaba en la vida y que soy el culpable. No pude hacer feliz a Natalia y fui un marido pésimo. Me vi obligado a vender la casa y el coche. Vine porque mi hermano me aconsejó que experimentara cosas nuevas, que conociera gente, que aprendiera a vivir… de nuevo. Y mi hermano da unos consejos pésimos, pero no sabía qué otra cosa hacer, así que, simplemente, le hice caso.

Amanda escuchaba atentamente, sin el menor ademán de burla.

—Somos increíblemente opuestos —masculló, con esos ojos azul brillante clavados en los míos.

En cualquier otro momento le habría preguntado el motivo de aquella afirmación.

—¿Está todo a su gusto? —preguntó la camarera, de cabello rubio dorado, con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía que en aquel lugar la gente disfrutaba de su trabajo. Una filosofía muy distinta de la que yo conocía.

—Sí, gracias —respondí, devolviéndole la sonrisa. Quién no lo haría, con lo bien que desempeñaba su trabajo.

Cuando me fijé de nuevo en Amanda, aún tenía la mirada clavada en mis ojos.

No sé muy bien qué me impulsó, pero me incorporé, apoyé las dos manos en la mesa y me incliné hacia ella. En los escasos segundos que tardé, Amanda podría haberse echado hacia atrás para evitarme, pero únicamente me miraba impertérrita. No se movió ni un centímetro mientras la besaba. Fue muy rápido, no era mi intención molestarla, pero aquel pequeño gran impulso sí que lo había cambiado todo.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó, con el rostro

inmutable.

—Estoy viviendo. Nada más.

Por fin comenzó a moverse y siguió comiendo, como si nada hubiera pasado. Yo hice lo propio. Todo había cambiado entre nosotros. O puede que no. Tal vez fuéramos las mismas personas en el mismo lugar que hacía un minuto.

—¿En Oulu hay kebabs? —pregunté, obviando nuestro beso—. Aún no he visto ninguno por aquí, aunque solo he visitado la ciudad un par de veces.

—Sí los hay, ¿te gustan?

—Me encantan. ¿Quieres que mañana vayamos a uno?

—Claro, pero los buenos están lejos. ¿Crees que puedes aguantar mi ritmo en la bicicleta?

—¿No recuerdas a qué velocidad iba cuando choqué contra aquel árbol?

—Eso lo puede hacer hasta un niño. —Sonrió—. Vas a tener que pedalear mucho mejor para seguirme. Y deja de ponerte esas pulseras anti mosquitos. Huelen fatal y te vas a acabar intoxicando.

—¿Verdad que sí? El piso de Darío está totalmente impregnado de ese olor a cítricos; es insoportable. No solo repele a los mosquitos, también a las personas.

—Lo sé. No te dije nada cuando fuimos, pero no pienso volver hasta que ese olor se haya desvanecido. —Amanda rio.

—Si tuviera otro sitio donde dormir, también me iría, y seguro que hasta Darío. —Yo también reí, al imaginar a Darío yendo a un hotel para no dormir en su propia casa.

Pasamos casi una hora en el restaurante, pese a que terminamos de comer muy deprisa. Con Amanda, el tiempo volaba, y me sentía como en casa cuando estaba a su lado. Era un fenómeno de lo más extraño. Curiosamente, el recuerdo de nuestro beso parecía haberse borrado.

—Y ahora, ¿qué quieres hacer? —me preguntó cuando ya pasaban las dos de la tarde, algo inaudito en un país donde se come entre las doce y la una. Lo decía como si pretendiera pasar todo el día conmigo. Aquello me resultaba de lo más halagador, teniendo en cuenta que yo le sacaba quince años aproximadamente.

—No sé, esta es tu ciudad, yo apenas la conozco. ¿Qué quieres hacer tú? —pregunté mientras bostezaba.

—Parece que tienes ganas de *siesta* —pronunció en un español muy simpático mientras nos acercábamos a la salida.

Oír esa palabra de labios de un finlandés resulta muy gracioso. El acento norteño le da un cariz atractivo.

—Aún tengo las costumbres sureñas implantadas en el cerebro

a través de horribles neuronas atontadas. —Mientras hablaba, Amanda bostezó también—. Aunque veo que no soy el único.

—¡Maldito! Me has pegado el cansancio de sobremesa.

—Claro, ¡ahora resulta que es culpa mía!

—Como todas las desgracias del mundo —dijo elevando las cejas, como si intentara hacerme sentir mal—. Bueno, Marc, me voy a casa. En realidad solo te preguntaba qué querías hacer para que te quedaras con las ganas. Así estarás deseando que pase el tiempo para que llegue mañana y vayamos a comernos un kebab. Invitas tú, por cierto.

—Como siempre. Mucha igualdad y esas cosas, pero luego tiene que invitar el hombre.

—No es porque seas el hombre, no te hagas ilusiones.

—¿Y por qué es? —pregunté con cara de enfadado.

—¡Porque eres tú! —respondió subiendo la voz.

Esa chica estaba rematadamente loca. Eso me encantaba.

Cuando salimos del restaurante dimos un cortísimo paseo hasta el supermercado donde trabajaba, ya que tenía la bicicleta allí. A mí no me hacía falta porque vivía a unos minutos a pie. Y menos mal, porque cada vez que tenía que quitar el candado pasaba un buen rato trasteando mientras Amanda se metía conmigo por ser tan torpe.

X

La luz atravesaba sutilmente la cortina. A Darío no se le había ocurrido poner persianas en el cuarto de invitados, así que a veces se hacía complicado dormir por las noches con la claridad. Maldito verano finlandés.

El silencio de la noche norteña se vio interrumpido por el timbre de mi móvil. Me escurrí del colchón hinchable tan deprisa como pude para no despertar a Darío y contesté.

—¿Cómo va eso? —preguntó mi hermano Ben— ¿Hace mucho frío por allí?

—¿Se te ha ocurrido calcular la hora que es en Finlandia, por casualidad?

La diferencia es mínima, pero quizá Ben no lo supiera y, con la excusa, me dejara dormir tranquilo.

—No, no se me había ocurrido, pero tampoco será para tanto, y no creo que te vayas a morir por una llamada de tu hermano.

—Morirme no, pero puede que me hayas despertado.

—¿Te he despertado?

—No. Solo planteaba la posibilidad.

—¡Pues no sé de qué te quejas! Solo quería hablar un rato con mi hermano pequeño, que llevo semanas sin saber de él.

—Pues tu hermano pequeño está viviendo. Era lo que tú querías, creo.

—Cuando dije «vivir» no me refería a dormir. Si no estás durmiendo con una preciosa finlandesa y la tienes desnuda a tu lado, me niego a llamar *vivir* a eso.

—No tanto, pero casi. Fíjate, ayer una camarera me dio las gracias y me sonrió.

—Ya estás saliendo a ligar ahora mismo —dijo. Por supuesto, sabía que estaba de broma. A Ben siempre le habían gustado los excesos, pero era suficientemente responsable y solo le causaban una barriga cada vez más prominente que se negaba aceptar y puede que alguna noche en vela—. ¿Son muy guapas las mujeres de por allí?

—Bueno… Hay de todo.

Amanda era especialmente guapa, no había duda sobre eso, pero no era la norma.

—Te dije que tenías que haber ido a Irlanda. Ahí no hay más que pelirrojas.

—Ya, bueno, la pena es que Darío vive en Finlandia y no conozco a nadie en Irlanda. Además, no me dijiste nada de eso.

—Claro que sí. O si no fue a ti… Bueno, da lo mismo. Coge un billete y ve. Tengo vacaciones la semana que viene; te acompaño. Así nos vamos de marcha a buscar señoritas, y vas a ver tú lo bien que lo pasamos.

—Ben, no te ofendas, pero estás demasiado solo.

Sabía que lo decía en broma. O quizá no, pero no pensaba irme de Finlandia al menos en unas cuantas semanas. No podía tardar demasiado, porque le había prometido a Anabel que iría con ella a la playa y alquilaríamos un patín, pero tenía la sensación de que me quedaban muchas cosas por hacer. Simplemente, el viaje no podía acabar aún. Tenía demasiadas conversaciones pendientes con Amanda.

—Tú siempre quitándome la ilusión.

—¿Qué tal está Anabel? ¿Y Natalia?

—Siguen en casa de los padres de Natalia, pero por lo que sé, les va bien. No tienes por qué preocuparte; sabes tan bien como yo que Natalia es una madre excelente.

—No estoy preocupado. Me gusta hablar de ellas.

—Espero que no te pases los días pensando en ellas. Tienes que pensar en ti y en tu futuro.

No sé si tenía razón. Las echaba de menos. A las dos.

—Veo mi futuro absolutamente negro, Ben.

No tenía trabajo, familia ni casa. Me había tomado una especie de vacaciones forzadas gastando el dinero que me quedaba, y pronto cumpliría los treinta y nueve. ¿Cómo no iba a ver negro el futuro? Al menos, Natalia cuidaría de Anabel, porque si estuviera a mi cargo, no sabría qué hacer.

Me volvió a asaltar la soledad de aquella noche en que Natalia se fue.

—Entonces no vuelvas. No te quiero ver hasta que veas las cosas de forma diferente.

—Gracias por tus ánimos.

—Es cierto. Creo que es lo mejor que puedes hacer ahora mismo. Oye, ¿y qué tal es Finlandia?

—Está muy bien. Me gusta mucho. El sitio es muy bonito, el agua caliente no se acaba nunca, la gente es muy agradable, te ríes mucho cuando ves algo escrito en finés y es muy curioso no ver casi la noche. Lo que no soporto son los horarios. ¿Por qué todo el mundo come a las doce y cena a las siete? Por no hablar de que todas las tiendas cierran a las seis.

—Una cosa te voy a decir: te admiro por lo que estás haciendo. Si te soy sincero, yo no podría haberme ido hasta allí.

—¿Y me lo dices ahora? Después de que me asegurases que esto era lo que tú habrías hecho.

Oí una suave risa a través del teléfono. Lo cierto es que, aunque

él no podía verme, yo a él sí. Pero aún tenía la costumbre de ponerme el móvil la oreja como se había hecho toda la vida.

—Quizá solo te estaba diciendo lo que necesitabas oír.

—Ya te vale. ¿Qué tal mamá?

—Preocupada, ya sabes. Lleva dos semanas pidiéndome que te llame.

—Me fui hace dos semanas.

—Pues por eso. Desde que llegaste al aeropuerto me está diciendo que te llame. Ya sabes cómo es mamá.

—Oye, te dejo, que Darío me está haciendo señas y no le entiendo nada.

—Es mentira y lo sabes. Quieres irte a dormir.

—Tienes razón, no está aquí. Tengo sueño. ¿Puedo?

—Anda, cuelga.

—No, cuelga tú… —Un silencio inundó la conversación mientras yo reía sin que me oyera. Soltó un bufido y colgó.

A la mañana siguiente no tuve ganas de levantarme de la cama hasta pasadas las diez, aunque estuve despierto desde mucho antes. Darío se había ido a trabajar hacía tiempo, pero yo estaba de vacaciones. O algo parecido. No tenía nada que hacer hasta que Amanda saliera del trabajo, así que decidí dar un paseo y acabé yendo a visitar a Darío a la universidad, donde no parecía trabajar demasiado, para que me hiciera una especie de visita guiada. Era un sitio enorme, muy feo, verdaderamente horroroso, apenas a unos pasos del piso. De hecho, la urbanización se había construido para los estudiantes. Pisos pequeños, baratos y también feos, para gente que estaba en Oulu de paso. Y eran muchos, porque aquel lugar reunía a estudiantes e investigadores de países muy diferentes. Bastaba con ir al comedor en hora punta para ver gente de Asia, América o el sur de Europa, como Darío y Matías. El campus era un laberinto enorme, aunque todo estaba indicado a la perfección. Para los finlandeses, porque yo no entendía nada: únicamente veía letras aleatorias con demasiadas diéresis y siempre con la ka repetida. Además, de vez en cuando se veían maravillas como un tablero de ajedrez con figuras del tamaño de una persona, sin contar con un museo que había en la propia universidad, en el que se exponían reconstrucciones y huesos de animales, así como decenas de cabezas de alces y renos. Eran figuras muy buenas; muchas de ellas parecían reales. Lobos, osos, ardillas, zorros… Algunos tenían manchas de sangre en la boca para parecer más amenazadores.

Entre el tiempo que tardé en hacer fotos a todo lo que me gustaba y el que usé para volver a orientarme en aquel laberinto, casi se me hizo tarde para ir a buscar a Amanda. Darío ya se había ido a

comer. Le había asegurado que sabría volver sin su ayuda.

—Aquí viene el príncipe azul —dijo nada más verme.

—¿Has salido antes? —jadeé tras el pedaleo veloz, a pesar de que la universidad y el supermercado estaban bastante cerca.

—Llegas tarde.

—Has salido antes, sí.

—Pues ahora me tienes que invitar —siguió indignada.

—¿No iba a invitar de todas formas?

—Es verdad. Entonces…

—Ya no tienes con qué extorsionarme, ¿eh? —interrumpí.

—Ya se me ocurrirá algo.

Cogimos las bicicletas y nos dirigimos a la ciudad. A pesar de que había recorrido ese camino muchas veces, no podía dejar de admirar la belleza del paisaje. El mar brillante, con el cielo reflejado, bañaba la orilla de las islas. El sol era tenue y la velocidad hacía que el aire pareciera mucho más frío, pero eso no hacía más que incrementar la sensación de inmensidad. Aunque de todas las maravillas que podía tener ese trayecto, la mejor era ir con Amanda. No hablaba con ella, pero mientras mis piernas se esforzaban por seguir su implacable ritmo, mi mente solo podía pensar en lo libre que me sentía en aquel lugar. No era cuestión de mirar el paisaje, sino de sentirse parte de él.

Al fin cruzamos el puente más amplio para llegar a la plaza principal de Oulu. Pasamos por el aparcamiento de coches hasta llegar al de bicicletas y conseguimos encontrar dos huecos para candar las nuestras.

Anduvimos durante casi veinte minutos por las calles de la ciudad. Amanda me explicó que durante todo el año, excepto en verano, era habitual verlo nevado todo excepto una larga calle peatonal. Habían diseñado un sistema por el que las tuberías de agua caliente, que se distribuía por toda la ciudad, pasaban justo por debajo de esa calle. Así conseguían que la nieve se derritiera muy deprisa y la gente pudiera pasear libremente. Toda una novedad para mí, que de pequeño siempre me había peleado por ducharme el primero para no quedarme sin agua caliente. Supongo que en un lugar donde la temperatura media anual no alcanza los tres grados es un recurso necesario.

El kebab del que me había hablado Amanda era exactamente igual que los que había visto en España. Algo más caro, como casi todo en Finlandia, pero no había demasiada diferencia. Además, estaba prácticamente vacío. Debían de ser las dos del mediodía. A esa hora casi todos los finlandeses han comido.

—Se me ha ocurrido que podemos hacer una cosa —dijo

Amanda con los ojos abiertos como platos.

—Das miedo cuando pones esa cara.

—Aquí no hay demasiado que hacer, pero puede que esto te guste. —Levantó las cejas repetidamente. No supe qué pensar.

—Yo no me prostituyo por mucho que me pagues. Aunque por curiosidad, ¿de cuánto estamos hablando? —bromeé.

—Vaya, es una pena. Yo que estaba dispuesta a pagarte en cajas de cereales…

La miré con indignación.

—¿Sabes lo que es el laser tag? —preguntó.

—No estoy muy seguro. ¿Es eso que sale en las películas, con pistolas de mentira en sitios oscuros muy extraños?

—Exacto. ¿Quieres ir?

—Claro, he venido a vivir. ¿Está lejos?

—No, está en el centro. Aunque necesitamos gente. ¿Crees que Darío se apuntará?

—Seguro que sí. Y además conozco a varios compañeros suyos de la universidad. Seguro que les apetece. ¿Cuándo vamos?

—¿Quieres planearlo?

—¿Qué pretendes, si no?

—Hoy. Ahora. ¿Tienes el número de Darío?

—Sí, pero estará trabajando. ¿No crees que es un poco precipitado?

—¿Vas a seguir quejándote? Querías vivir, ¿no? Pues esto es la vida. Hoy. Ahora.

Hice una mueca que significaba claramente «Estás loca». Y realmente lo estaba, pero me agradaba. Creo que era lo que necesitaba en aquel momento. Supongo que Amanda estaba siendo la persona que me cogía de la mano y me ayudaba a avanzar. Aunque dé miedo, en compañía se es capaz de enfrentarlo.

—Buenas tardes, don Marc —contestó Darío al teléfono. Le encantaba saludar así. Agradecí oír un poco de español.

—Buenas tardes, don Darío. ¿Conoce usted el laser tag? Resulta que una amiga quiere ir y necesitamos gente.

Amanda me miraba como si el loco fuera yo. No entendía muy bien lo que decía, aunque si ella hablara finés, yo estaría igual de perdido.

—Sé qué es, pero no sabía que hubiera de eso en Oulu.

—Pues parece que está en el centro. ¿Tienes la tarde libre? Coméntaselo también a Matías y Álex, a ver si pueden venir con sus mujeres.

—Sí, tengo la tarde libre, sí. Dame un momento, que los tengo por aquí en el despacho de becarios haciendo como que trabajan. Ahora te llamo.

Y colgó.

—¿Y bien? —preguntó Amanda.

—Ahora me llama. Va a preguntar a dos amigos del trabajo. Quizá puedan venir con sus esposas, así que puede que seamos unos cuantos.

—¡Genial! Vas aprendiendo.

Seguimos comiendo. Pasaron casi diez minutos y Darío no me había devuelto la llamada, pero él nunca se olvidaría. Ya habíamos terminado de comer cuando me sonó el teléfono.

—Don Darío —dije a modo de saludo.

—Don Marc, dicen don Matías y don Álex que se apuntan al plan. Han hablado con sus respectivas señoras y no solo les han dado permiso, sino que también vienen. Además he llamado a don Marco, el propietario de tu antigua bicicleta, y también ha aceptado la proposición. Vendrá con su mujer.

—Excelentes noticias, entonces.

—¿A qué hora propone ir su señora amiga?

Aparté el teléfono para preguntar a Amanda.

—Por mí, ahora mismo. Diles que vengan cuando puedan y que se den prisa.

—Dice que cuanto antes. Si sales a las cuatro, pues ya sabes. ¿Te encargas de organizar a toda esa gente? Nosotros acabamos de comer muy cerca, aquí en el centro, así que estaremos por aquí. —Le di indicaciones para llegar.

—Allí nos vemos. ¡Que la fuerza te acompañe! —masculló para despedirse. Típico de Darío. Eran un gran fan de *Star Wars*. Supongo que la excursión al laser tag había avivado su sangre friki.

La partida de laser tag fue de lo más entretenida. Al principio no creí que fuera a ser tan intenso, pero salí sudando y habiendo disfrutado una experiencia única. Probablemente lo que más me motivó fue una apuesta que hicimos Amanda y yo. Si nuestro equipo perdía, yo invitaría a la comida del día siguiente, pero si ganábamos sería ella quien me invitara a comer en su casa.

—Eh, eh, vas muy deprisa —dije cuando me lo propuso—. Esto tiene que hacerse despacito. Yo soy un señor tradicional. Primero tienes que llevarme a cenar, una botella de vino, unas rosas...

—Tranquilo, estarás a salvo. —Sonrió y me guiñó un ojo. Me aterrorizaban sus intenciones, y al mismo tiempo estaba deseoso de averiguar la razón de que me invitara. Quizá no hubiera ninguna. Quizá únicamente quisiera hacerme formar parte de su vida. Eso me daba miedo, más del que podía reconocer—. Prepararé algo para comer, una de mis exquisiteces. No sé en qué perversiones estarías pensando.

—¿Eh? Yo no, nada, ninguna. ¿Perversiones, dices? En absoluto. —Jadeé en broma.

A pesar de que nuestro equipo era menos numeroso, cuatro personas frente a las cinco del contrario, la única que tenía experiencia era Amanda, lo que nos proporcionaba una gran ventaja. La partida duró media hora exactamente. Al final ganamos gracias a ella.

XI

Varios días después de la partida de laser tag fui a buscar a Amanda al supermercado. Aunque tuve la precaución de presentarme diez minutos antes, cuando llegué ya estaba esperándome.

—No he llegado tarde —me excusé.

—Ya, claro. Por eso estoy aquí plantada, ¿verdad? —Se rio.

—¿Adónde vamos hoy?

—A mi casa. Una apuesta es una apuesta.

Sentí un hormigueo en el estómago. Rápidamente, se subió a la bicicleta y se puso a pedalear. Yo hice lo propio. Al cabo de unos metros, el hormigueo desapareció y dio paso al ardor en los muslos. Agradecí haber comprado una buena bicicleta. Tal vez fuera porque era de calidad, porque las marchas funcionaban correctamente o porque me estaba acostumbrando, pero me cansaba mucho menos que antes. Apenas me costaba seguir el ritmo de Amanda, y eso no era nada fácil.

—¿Dónde vives? —pregunté alzando la voz.

—No muy lejos. Ya lo verás.

Seguimos avanzando por el camino que solíamos tomar para ir a la ciudad, pero tras cinco o diez minutos torció por una de las pocas calles que había con casas. No se bajó de la bicicleta hasta llegar al garaje de una de ellas. Para entrar había que atravesar un canalón, pero yo no controlaba la dirección tan bien como Amanda, así que decidí bajarme y seguir a pie. Me bastó con imaginar lo que se reiría si me caía para sonrojarme.

Sacó una llave de la cesta, abrió el garaje y dejó la bicicleta sin candar.

—No me vas a robar la bici, ¿no? —pregunté en tono de broma.

—Reconozco que me gusta. —Sonrió y me sacó la lengua.

—¿Eso quiere decir que me la vas a robar?

—Puede.

—Siempre puede…

—La vida es así.

—¿Y todas estas otras?

—Son de mi familia. Tranquilo; no hace falta que ates la tuya. Mientras no caiga un meteorito estará a salvo. Y si cae, de poco le servirá el candado.

—¿Esta es la casa de tu familia? —pregunté asombrado.

Con solo verla desde fuera ya era un lujo. Tenía dos plantas y no era precisamente pequeña. Incluso el garaje era más grande que el

piso de Darío, así que no quise imaginar el resto.

—Sí. Como comprenderás, tengo veinte años y trabajo de cajera. Difícilmente voy a poder pagar algo así.

—¿Tu familia está dentro?

Estaba preocupado. No sabía si estaba preparado para conocer a la familia de Amanda. Al fin y al cabo, no hacía ni dos semanas que quedaba con ella de vez en cuando. Quizá ni siquiera supieran inglés; la mayoría de los finlandeses lo habla, pero hay algunos que no. Según Darío, solo los conductores de autobús son monolingües. Aunque Darío es un exagerado de vez en cuando.

—Tranquilo, no hay nadie a esta hora. Todos trabajan hasta tarde. ¿Creías que ya te iba a presentar a mis padres?

—Claro. A veces vas demasiado deprisa. Me invitas a comer, me llevas al laser tag, me traes a tu casa… Quién sabe qué más tienes pensado hacerme.

—No fui yo quien te besó.

No supe qué responder a eso. No sabía si lo decía en broma o en serio; puede que las dos cosas. Quizá estuviera molesta.

—Perdona —dije—. Me dejé llevar.

—No tienes que disculparte. Podías haberlo hecho mejor, sí. Besas como una ardilla, pero no se lo diré a nadie. Además, te apartaste tan deprisa que casi ni me di cuenta.

No terminé de entender lo que me estaba diciendo. ¿Acaso insinuaba que habría preferido un beso más largo? ¿O quizá únicamente estaba bromeando?

—No te vuelvas loco, que te veo la cara —me dijo riéndose—. Me alegro de que te lanzaras. Si eso era lo que querías hacer, no me importa. No fue un sacrificio terrible por mi parte.

Aquello ya se estaba complicando demasiado. Esa mujer me rompía los esquemas con cada palabra. ¿No le importaba que la besara un desconocido? ¿Le había gustado? ¿Le daba igual? ¿Quería más? No entendía nada.

—Vamos al piso de arriba, que este sitio es un asco. He preparado la comida hace un rato.

—¿No has ido a trabajar hoy? —pregunté extrañado.

—Lo cierto es que no. He dejado el trabajo.

—¿Y eso?

—La verdad es que no tengo intención de mentirte, pero no quiero decírtelo, al menos por ahora.

La miré con incredulidad, sin comprender por qué no querría decírmelo.

—Es uno de mis principios —continuó—. No miento a nadie que me importe, y menos sobre mi vida personal, pero hay cosas de mí que no entiendes ahora mismo y prefiero que siga así.

Puede que fuera la primera vez que me miró a los ojos y me dijo lo que realmente tenía que decirme sin bromas, sin parecer la joven inquieta y rebelde que había conocido hasta entonces. El cariz serio de su mirada penetró mis entrañas y me devolvió a la realidad. Hasta entonces, el viaje había sido un sueño que en nada se parecía a la vida que había llevado. Mi relación con Amanda se basaba en conversaciones divertidas y sin ningún contenido, en las que no nos contábamos nada de nuestro pasado ni de nuestro posible futuro. Eso era genial y, al mismo tiempo, sabía que provisional. Todos tenemos un pasado y un futuro de los que no podemos escapar siempre. No nos preocupábamos de eso cuando estábamos juntos, pero al decir aquellas palabras me recordó que aún era un hombre perdido en la muchedumbre.

Me quedé sin palabras. Agaché la cabeza mientras ella me miraba, supongo que esperando una respuesta.

—Estoy aquí porque quiero —comencé. No sabía muy bien adónde quería llegar ni si estaba diciendo estupideces, pero tenía que expresar lo que sentía—. Durante toda mi vida había sido un patético hombrecillo que tenía todo lo que necesitaba para ser feliz y no podía verlo. Hoy sé que aquí, en esta casa, en aquella bicicleta rota, o en cualquier sitio de este país, tengo todo lo que necesito para serlo. No necesito que me cuentes nada que no me quieras contar, porque estás aquí conmigo y eso lo es todo para mí. Tal vez mañana sea diferente, no lo sé, pero ya sé de ti cuanto necesito saber.

»Eres Amanda, diferente de la que eras ayer y de la que serás mañana; tú misma lo dijiste. Y aun sabiendo eso, hoy quiero estar aquí, quiero comer lo que has preparado, fingir que me ha encantado y, si me lo permites, abrazarte antes de irme, porque mañana no sabemos qué ocurrirá. Lo que tenemos es esto. —Levanté las manos y miré a mi alrededor.

—No sabía que fueras tan cursi —dijo con una risita nerviosa, aunque pronto volvió a serenarse—. ¿Qué pasaría si supieras que dentro de poco me iré y no volveremos a vernos? —preguntó clavando su mirada en mí. No en mis ojos ni en mi rostro, sino en mí.

—Me comería lo que has preparado, fingiría que me ha encantado, me reiría contigo y de ti y, cuando llegara el momento de irme a casa, te abrazaría y te daría las gracias.

—¿Y por qué no haces eso todos los días?

—Porque soy estúpido. Aunque voy aprendiendo.

—Hazlo. Todos los días a partir de ahora.

Amanda había pasado de parecer la mujer más fuerte del planeta a dejarse ver como la persona que realmente era.

—Lo haré. Te lo prometo.

Me fijé en ella y la miré como nunca hasta entonces. Me

pareció la mejor experiencia de todo el viaje. Tuve la sensación de que Amanda estaba a punto de llorar. Me veía reflejado sutilmente en sus ojos brillantes.

—Venga, quita esa cara, que hay que aprovechar el día y tengo hambre —le dije sonriendo.

Ella me volvió a mirar, inmutable, hasta que le estalló de nuevo esa risita nerviosa.

Dio un paso hacia delante y me abrazó con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Me sentí extraño, aunque nada incómodo, para mi sorpresa. Solo contemplaba su cabello sabiendo que, al día siguiente, ambos seríamos personas muy distintas. Y eso no me importaba en absoluto.

Guardó silencio durante casi un minuto. Ni siquiera se movió. Ojalá hubiera más momentos en la vida como ese, en que sobran las palabras. La conexión entre nosotros era completa.

—Vamos, te he preparado una comida magnífica —dijo.

Nos dirigimos a la cocina y Amanda se acercó al horno con un trapo. Lo abrió y sacó dos enormes figuras redondas.

—¿Pizza? —pregunté anonadado. Casi todos los días cenaba pizza con Darío, porque era lo más fácil de hacer en casa y ninguno de los dos era precisamente un gran cocinero. De hecho, a él le costaba entender su propio horno.

—No son pizzas cualesquiera. ¿No lo hueles? Son muy especiales. Las he hecho yo, masa incluida. Esto no es comida rápida, caballero; esto es un lujo que está al alcance de muy pocas personas.

Efectivamente, el olor acrecentaba las inmensas ganas de comer que ya tenía.

—Pues habrá que probar ese lujo… —dije sin levantar la mirada de aquel manjar.

Tenía un aspecto extraordinario. Parecía llevar trozos de carne, y lo que más llamaba la atención era el brillo del queso derretido. Sentía que yo también me estaba derritiendo por dentro.

Nos sentamos a comer tras poner la mesa y servir la bebida. Amanda se empeñó en colocar en el centro un jarrón con flores. Eran de plástico, pero a ninguno de los dos nos importaba.

—Ha sido un placer conocerte, Amanda —comenté cuando ya casi habíamos terminado—. Me alegro de haberme estampado contra aquel árbol.

—Es que no sabes montar en bici. Y no seas pelota. Si sigues así, la próxima vez comemos algo precocinado.

—¿Sabes?, no tengo muy claro qué voy a hacer con mi vida ahora mismo. De hecho, no tengo ni la más remota idea.

—Qué raro en ti, ¿no? —Rio.

—Me encantaría quedarme aquí. Si consiguiera trabajo, sería

fabuloso.

—¿Dejarías España por Finlandia? —preguntó con una expresión que no supe identificar.

—Dejaría mi vida en España, pero a quien no puedo dejar es a Anabel, mi hija. Ahora está con su madre, pero es lo que más me importa y quiero pasar tiempo con ella. A pesar de eso…, me gustaría estar aquí.

Estoy seguro de que Amanda no cabía en sí de asombro, pero no lo mostraba.

—Lo mejor es que vuelvas con tu hija.

No supe cómo tomarme aquello. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué quería que me fuera?

—¿Y eso?

—Creo que es lo mejor para ti —respondió seria.

—¿Por qué? —insistí.

—Eres tú quien tiene que tomar la decisión, pero debes saber que yo no estaré aquí mucho más tiempo.

Tuve la necesidad de volver a preguntar por qué, pero esperé a que se explicara ella misma. Al ver que no articulaba palabra alguna, me atreví a indagar.

—¿Por qué no estarás mucho tiempo?

—Simplemente no estaré. Quédate con eso.

Poco antes había creído verla al borde de las lágrimas, pero no. En este momento, en cambio, no había lugar a dudas. No era ningún brillo en sus ojos, sino un torrente que descendía por sus mejillas ocultas tras el cabello. Me acerqué a ella, le levanté la barbilla suavemente con los dedos y la miré a los ojos. Quedé consternado al ver que los tenía enrojecidos.

—Ya hemos comido. Ahora debería reírme contigo y de ti, pero si no te importa, voy a abrazarte primero y después nos reiremos todo lo que quieras —susurré mientras me levantaba para abrazarla con todas mis fuerzas. Ella me apoyó la barbilla en el hombro. Tenía los brazos encerrados entre su pecho y el mío, pero no nos importaba a ninguno de los dos.

—No tengo ganas de reírme.

—A veces no tenemos ganas de reírnos, ni de salir, ni de conocer gente. He pasado toda mi vida sin hacer todas esas cosas porque no me apetecía, y no me preguntaba qué quería hacer realmente. Te conozco bien, Amanda. Sé que quieres reírte.

—Quiero, pero no sé si puedo.

—Claro que puedes. Eres libre. ¿Crees que el estado de ánimo te controla? No me mientas: ¿cuántas veces has pensado que te irías de aquí cuando estabas conmigo y lo has superado gracias a una de tus bromas sobre mi mal gusto, mi nula habilidad para montar en bici

o mi supuesta vejez?

Ella no contestó. Sus ojos, sí. «Unas cuantas», me confesaron.

—¿Supuesta? —añadió entre sollozos entremezclados con una sutil risilla.

—No soy quién para darte consejos, porque seguro que has vivido mucho más que yo, a pesar de que para ti soy un anciano. Pasé más de un decenio casado y tengo una hija, pero hay cosas de las que sabes muchísimo más. Solo me siento capaz de decirte que todo llega para todos y que lo único que podemos hacer es vivir cada día como si fuera el último en el que pudiéramos sonreír.

De nuevo, los ojos la delataban. Ella sabía que tenía razón, pero el orgullo le impedía dármela.

—¿Qué te parece si damos un paseo por este precioso rincón del culo del mundo? —le propuse. Supuse que el aire fresco la ayudaría. A mí me había ayudado muchísimo—. Eso sí, nada de bicis. A pie se ve todo mejor.

—Lo que quieres es que no me mofe de tu forma de montar. —La risa, por fin, se asomó con timidez a su rostro. Conservaba el dolor en forma de lágrimas, pero había regresado una pequeña luz, y a veces eso es suficiente para iluminar una inmensa oscuridad.

—Tienes razón —dije con una mueca un tanto exagerada—. ¿Vamos? —le propuse, tendiéndole la mano.

Ella asintió. Cogió las llaves y salimos de la casa. Me encantaba verla tan despreocupada: a pesar de todo, no le importaba su aspecto. Después de llorar no se fue a lavarse la cara; únicamente se secó por encima con las manos. A mí me parecía una declaración de principios, aunque quizá no fuera tanto. Me daba la sensación de que no pretendía ocultar su dolor, o incluso que no quería borrarlo, porque el sufrimiento es lo que nos hace aprender.

—Te contaré la historia desde el principio —afirmé mientras salíamos del jardín. Las nubes poblaban el cielo y, a pesar de que aún era mediodía, no había demasiada claridad—. Conocí a Natalia en una parrillada con mi hermano y unos amigos, hace ya… En la prehistoria. El grupo que frecuentaba era poco planificador, de esos que dicen: «Nos vemos mañana a las doce. Cada uno lleva su comida». Por supuesto, nadie llevó carbón. Un chico había prometido que llevaría una plancha de gas, pero no se presentó.

»Para no morirnos de hambre decidimos pedir ayuda al grupo de chicas que teníamos al lado. Después de reírse de nosotros un rato, nos dejaron usar su parrilla y pudimos comer. Al poco tiempo, los dos grupos nos habíamos unido. Natalia no me llamó la atención en un principio; de hecho, apenas la vi. Siempre se dice que el amor debe verse desde lejos, que debe existir la atracción desde la primera mirada. No hubo nada de eso entre nosotros. Aquel día ni siquiera me

aprendí su nombre.

Amanda me contemplaba sin decir una palabra. Habíamos pasado la carretera y estábamos en el camino que llevaba a uno de los puentes, aunque lo cierto era que no nos importaba nuestro destino.

—Resultó que a mi hermano, en cambio, le gustó mucho. Así que organizamos una cita doble. Natalia llevó a una amiga y Ben me llevó a mí. Esa misma noche, sin darnos cuenta, acabamos justo al revés. Ben vio que la otra chica estaba más interesada por él y le pareció más guapa que Natalia, así que no se lo pensó dos veces. Mientras tanto, Natalia y yo hablábamos y reíamos sin parar. Me di cuenta de que era divertida e inteligente. Entonces fue cuando empecé a admirar su belleza.

—¿Tan fea era? —preguntó riéndose a carcajadas.

—Joder, Amanda. —Me sentí extraño al soltar mi primer taco inintencionado en inglés—. No, no era nada fea, pero la belleza no se puede admirar por el cuerpo, sino por la persona en su conjunto. Con el tiempo nos hicimos cada vez más cercanos, hasta que un día nos besamos en el viejo coche de mi hermano. Era el peor sitio del planeta para un primer beso. Nos dio igual. El lugar nunca es tan importante como la compañía.

»Tuvimos mil y un problemas. No nos parecíamos en nada. Todo lo que le gustaba me resultaba insustancial, y viceversa. A ella le encantaba bailar y salir, y yo prefería el cine. Ella adoraba la naturaleza y a mí me gustaba más la adrenalina. Ella era de playa y yo de montaña; ella de perros y yo de gatos. Nada de eso nos importó. Queríamos compartir un futuro y era lo único que necesitábamos saber.

—Así que los gatos, ¿eh? —preguntó levantando las cejas una y otra vez.

—Son como tigres en miniatura. Me encantan.

—Yo también soy más aficionada a los gatos que a los perros. Que lo sepas.

—Lo sé —respondí con aire presuntuoso.

—¿Seguro? —preguntó mirándome como si no me creyera.

—Sí. Eres una tigresa, así que está claro que te gustan los gatos. Además, son más inteligentes y mucho más graciosos.

—Te vas por las ramas. Y sí, soy una tigresa, pero tú aún no lo sabes bien.

—Ya lo sabré.

Me di cuenta entonces de que Amanda había dejado pasar todo el sufrimiento de las horas previas. Puede que aquella fuera la mayor virtud que teníamos cuando estábamos juntos: El resto del mundo no importaba. Únicamente ella y yo. Nosotros.

—Bastante tiempo después —seguí—, decidimos que era el

momento de luchar por el futuro. Primero nos casamos y luego tuvimos a Anabel. Todo un sueño. Cuando lo recuerdo, aún siento el inmenso miedo que me inspiraba un compromiso de por vida como el del matrimonio y los hijos. Además, yo no era demasiado partidario de una boda, pero nuestras familias eran tradicionales, al igual que Natalia, y no me importó.

»Cuando llegó Anabel, todo cambió. Cuando se tiene un hijo se siente que la vida ya no es propia, ¿sabes? No me importaba levantarme cuatro veces por noche, porque sabía que había algo en ese bebé que en un futuro será mucho más de lo que yo había sido. Cuando ya no esté, ella seguirá allí. Es una sensación muy extraña. Es una sensación maravillosa.

Sin darme cuenta tenía una sonrisa en el rostro, pero al contemplar a Amanda no vi nada semejante. Su barbilla había vuelto a caer un poco y su mirada se perdía en el suelo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Me miró decepcionada mientras seguía andando a paso lento. Habíamos llegado al primero de los puentes que hay que cruzar para llegar a la ciudad, pero seguimos caminando por la costa. A lo lejos veíamos una zona de playa con varios botes encallados y otros flotando.

—Siempre dices que probablemente he vivido más que tú —respondió levantando la mirada—, pero no creo que vaya a conocer esa sensación. Tal vez no hayas venido para vivir y aprender, sino para recordar lo que habías olvidado.

Era la primera vez que lo veía de esa manera. Cuando nació Anabel yo era totalmente distinto, pero no sé muy bien por qué razón comencé a pasar los años a la deriva, sin saber si realmente podía tomar la dirección que quisiera.

Quizá Amanda tuviera razón. Quizá nos encerremos en nosotros mismos y nos olvidemos de las razones que nos hacen ser quienes somos realmente. El tiempo, a veces, es un gran enemigo.

—¿Te refieres a la sensación de tener hijos? ¿Por qué dices que no crees que vayas a conocerla?

—No he querido decírtelo porque no quería que cambiaras tu forma de mirarme.

Agachó la mirada y dejó de andar. Me adelanté un poco sin darme cuenta. Volví atrás y me miró a los ojos. Sentí algo diferente en ella. De repente, sentí que estaba desnuda frente a mí.

—La verdad es que cuando decía que me voy pronto era porque estoy enferma.

Intenté preguntar por qué, cómo era posible siendo tan joven, cuándo ocurriría, pero siguió hablando antes de que me hubiera decidido.

—No me pidas que te cuente nada sobre eso. Solamente tienes que saber que va a pasar, y que va a ser pronto.

Me había quedado sin habla. ¿Cómo era posible? No me lo terminaba de creer.

—Tal vez tengas razón, pero aun así, me alegro de haber venido.

—¿Para conocerme a mí? Quizá en España tengas todo lo que necesitas. Tienes una hija. Lo tienes todo. ¿Qué te he aportado yo?

—Esperanza —contesté al instante—. Cada día que he pasado aquí he sufrido un miedo incesante unido a una tremenda sensación de… plenitud. Después del día de hoy sé que he encontrado lo que buscaba, aunque eso te moleste.

—¿Y qué es?

—No estoy seguro. Lo que sé es que siento que lo he encontrado, y sé que es gracias a ti.

—¿Gracias a qué lo has encontrado? ¿A que estoy moribunda y sé que no voy a tener hijos? Entonces sí que valoras la suerte que has tenido, ¿verdad? Es que no lo entiendo. No entiendo qué haces aquí. He escuchado toda esa historia de tu esposa y tu hija y no comprendo nada.

Su voz se tornaba cada vez más agresiva. A pesar de que sus palabras parecían un puñal clavado en el recuerdo de mis últimas semanas, sabía que tenía razón. ¿Por qué demonios tenían que haber pasado tantos años para que me diera cuenta de mis errores? ¿Por qué había estado tan ciego? ¿Por qué fallaba siempre a las personas que más quería?

—¿Quieres que me vaya, Amanda?

Deseaba que dijera que no. Deseaba con todas mis fuerzas que siguiéramos paseando por aquel precioso lugar, incluso que nos acercáramos al mar y nos congeláramos los pies en el agua, que volviéramos a bromear como siempre y me fuera a casa a las tantas mientras ella me gritaba que si seguía llevando así la bici, me caería otra vez. Deseaba darle las gracias, abrazarla y ver una sonrisa en su rostro.

—Puede que sea lo mejor.

«Puede que las cosas ya nunca vuelvan a ser como antes —pensé—. Y todo es culpa mía. Como siempre. Ojalá esto no sea el adiós que creo que es».

—Mi bicicleta… —intenté preguntar, ya que estaba en su garaje.

—Toma la llave de la casa. Recuerdas cuál era, ¿verdad? Cuando te vayas, déjala en el buzón.

—Entonces no podrás entrar.

—En unas horas llegará mi familia. Yo me quedo aquí.

—Si te he molestado, lo siento. Solo… Quería disfrutar de tu compañía. ¿Estás segura de que quieres que me vaya?

—Ahora mismo, sí. Ya hablaremos.

Deseaba que aquello no fuera un adiós. Ojalá pudiera volver a verla reír algún día.

—Gracias. Mañana iré a buscarte al supermercado a la una, como siempre.

No contestó.

Quise abrazarla, pero no tuve valor. Ojalá lo hubiera tenido.

Al día siguiente no se presentó.

XII

—¿Marc? —oí al coger el teléfono.

—Hola, Ben, ¿qué tal va todo? —pregunté por cortesía.

—Bien, bien. ¿Tú qué tal estás? ¿Cómo van las cosas por allí?

—Podrían ir mejor.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

No sabía muy bien qué contestar. Había pensado que sí, pero después de las últimas palabras de Amanda, quizá también hubiera perdido algo muy importante.

—No lo sé, ya veremos.

—Bueno, te llamo porque deberías venir. Hay algo que tienes que saber, pero prefiero decírtelo en persona.

—¿Ocurre algo?

—Prefiero contártelo cuando estés aquí. No quiero preocuparte.

Supongo que la gente no suele darse cuenta de que cuando dice «No quiero preocuparte» obtiene el efecto contrario.

—Ben —dije con tono de enfado—, ¿qué ocurre?

—No sé si debería decírtelo mientras estás fuera, pero supongo que tienes derecho a saberlo. —Mi corazón palpitaba de preocupación. Maldito Ben, ¿por qué no podía ir al grano? Cada segundo que pasara preguntándome qué había ocurrido hacía que tuviera más miedo—. Hace unos días —siguió—, Natalia llevó a Anabel a la playa con unas amigas. La niña se quejó de que le dolía la pierna y Natalia la llevó al médico. Ya sabes que hoy en día el diagnóstico es bastante rápido, y le han detectado algo relativamente importante.

No supe cómo reaccionar. ¿Qué podía tener una niña tan pequeña que fuera grave?

—¿Seguro? A lo mejor ha sido un error.

—Todos pensamos eso, pero le repitieron todas las pruebas.

—¿Y de qué se trata?

—De algo llamado osteosarcoma.

Ben dejó de hablar. Yo bajé el brazo con el que sostenía el teléfono porque mis extremidades ya no respondían. Noté las palpitaciones en todo el cuerpo; sentía una ligera presión en los ojos. Me senté en el suelo, apoyado en la pared, y cerré la puerta del cuarto como pude. Miré la ventana, la cama, la estufa. Miré los árboles tras el cristal, las cortinas, los mosquitos que rondaban el exterior. Miré el teléfono y mis manos. Osteosarcoma. Tal vez Ben estuviera hablando, pero ni siquiera me fijaba. No podía oír nada. No podía ver nada, aunque tuviera los ojos abiertos. Únicamente tenía la imagen de mi

Anabel en la mente. Comencé a notar un sonido cada vez más fuerte, y me sentía terriblemente mareado. Me costaba sostener el teléfono, así que dejé caer el brazo. Solo atinaba a pensar que no podía ser verdad.

A pesar de que no sabía demasiado de medicina, ya conocía el cáncer de huesos. Era una verdadera putada.

Hacía muchos años conocí a una persona que padeció esa enfermedad. A un compañero del instituto se la diagnosticaron cuando teníamos diecisiete años. Era muy querido, y fue muy duro para todos. A pesar de que sus probabilidades de sobrevivir eran mínimas, Zacarías, que así se llamaba, siguió yendo a clase porque decía que era un placer seguir aprendiendo y estar con nosotros. Faltó casi un mes, durante la quimioterapia y la radioterapia, pero decidió dejarlo. Le dijeron que para intentar curarlo tendrían que amputarle la pierna y la mitad de la cadera. Para conservar la calidad de vida, dejó el tratamiento y se dedicó a vivir cada día como si fuese el último. Fue un ejemplo para todos, aunque yo casi lo había olvidado.

Cuando me recuperé, sin saber cuánto tiempo había pasado divagando entre los recuerdos y la imaginación, Ben había colgado, o tal vez hubiera sido yo sin darme cuenta.

Busqué su número con dificultad y llamé. Cada pitido era un sufrimiento inmenso. Necesitaba oír su voz y que me dijera que Anabel tenía probabilidades de curarse. Necesitaba saber que seguiría conmigo. O con Natalia. Eso no importaba, mientras siguiera.

—Marc —dijo tras el segundo tono—, creo que se ha cortado.

—¿Cómo está?

—Está bien, está bien. Solo le duele un poco la pierna. Aún no saben cómo la van a tratar, pero está perfectamente.

—Intentaré coger un vuelo hoy mismo, ¿me oyes? Dile que mañana estaré allí.

—Se lo diré. Ha preguntado por ti.

—¿Está muy asustada?

Anabel era una niña muy sensible; ojalá no estuviera tan aterrorizada como yo.

—No, la verdad es que se está portando como una campeona. Ya verás cuando vengas. Es ella la que nos intenta tranquilizar a todos.

«Sí que es una campeona», pensé.

—Te dejo. Voy a recoger y salgo para el aeropuerto.

—Cuidaremos de ella.

—Gracias, hermano.

Al instante, me levanté y me puse en marcha. Al principio me dio un mareo, pero me obligué a seguir haciendo el equipaje. Fui al cuarto de Darío, que en ese momento estaba trabajando, a recoger la ropa tendida. Ignoro por qué había puesto el tendedero en su

dormitorio, pero ahí estaba. Preparé todo en media hora y, mientras tanto, llamé a Darío para informarlo de lo que había ocurrido y de que iba a irme precipitadamente. Sin pensárselo, prometió que me acompañaría al aeropuerto y estaría conmigo hasta que pasara el control. Llamé inmediatamente a la compañía con la que había volado a Oulu para reservar los billetes cuanto antes. Después de un buen rato dando mis datos, me confirmaron que había plaza para el vuelo a Helsinki de las seis de la tarde y pasaría allí la noche hasta coger el siguiente avión a Madrid, a las siete. Los aviones que parten de Oulu nunca se llenan del todo, así que no tuve problema en conseguir el billete, pero para el de Helsinki a Madrid tuve que comprar un asiento en primera clase o tendría que esperar un día más.

No eran ni las doce, así que había tiempo de sobra hasta las seis, pero no me sentía capaz de esperar en un piso. Decidí que tenía que ir al aeropuerto de inmediato, y ya esperaría allí.

Justo antes de salir, Darío subió para coger algunas cosas antes de acompañarme al aeropuerto. Llamamos a un taxi para ir lo más rápido posible, aunque con la distancia que había hasta el aeropuerto sería muy caro. Nada de eso me importaba lo más mínimo en aquel momento.

Darío esperó conmigo las cinco horas en el aeropuerto de Oulu. Ni siquiera comimos, aunque yo no tenía hambre. En cualquier momento difícil, siempre se había portado como el gran amigo que era. A pesar de la distancia que nos había separado durante años, conservábamos unos lazos que aquel día pude ver con más claridad que nunca.

Tardé muy poco en llegar a Helsinki, pero una vez allí tenía que esperar casi doce horas para coger el siguiente avión. En condiciones normales habría sido muy difícil que no echara una cabezada, por mucho que en el exterior del aeropuerto no hubiese un ápice de oscuridad, pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de Anabel tumbada en una cama de hospital. A cada minuto me preguntaba por qué le había tenido que pasar aquello a una niña cuyo único mal en la vida podía haber sido saltarse una tarea del colegio.

Supongo que intentaba pensar en los motivos por los que Anabel no debía estar enferma, en lugar de darme cuenta de que la vida no da tregua a nadie.

Estaba sentado en una cafetería del aeropuerto, pero casi todo el mundo había desaparecido a esas horas de la madrugada. Las persianas caían sobre la barra del bar y todas las tiendas estaban cerradas. Me sentía un extraño en aquel lugar. La soledad invadía mi mente, pero no era porque no hubiera nadie a mi alrededor. Una vez más, vagaba sin rumbo. Amanda me había dado la seguridad para

creer en mí mismo, pero sus palabras me habían evocado algo que no quería recordar. Tenía la culpa de todo lo que me había pasado: la separación de Natalia, el odio de Amanda, mi ineptitud a la hora de afrontar la vida… Ni siquiera estaba seguro de qué había hecho mal exactamente. Solamente me encontraba allí, como uno más, de paso en un sitio transitado por miles de personas, sabiendo hacia dónde me dirigía pero sin saber cuál era mi destino.

No había nadie que pudiera ayudarme, que pudiera guiarme. Nadie. Simplemente, estaba solo. Y era culpa mía.

Tras la noche en vela, ahogado en lágrimas de pesar y culpa, levantar la mochila para dirigirme a la puerta de embarque fue un esfuerzo digno de mención. Nunca me había sentido tan derrotado, ni siquiera la noche en que Natalia se fue con Anabel.

Tardé algo más de cuatro horas en llegar a Barajas. Pensé en llamar a Ben para que me recogiera en cuanto se apagaran las señales de seguridad del avión, pero seguramente tardaría mucho más en llegar al hospital que con un taxi. Debería haberlo avisado desde Helsinki.

No me cabía duda de que lucía las ojeras más espectaculares de mi vida, pero nada de eso me importaba. En cuanto cogí el taxi llamé a Ben para saber si estaba en el hospital. Aún era temprano, pero tal vez tuviera suerte.

Me dijo que aún estaba en el trabajo, aunque intentaría escaparse pronto para ir a vernos. En media hora había llegado al hospital en el que estaba ingresada Anabel. Al entrar noté la enorme diferencia de ambiente. El olor produce una sensación extraña, casi como si perteneciera a otro mundo. Entumece y, al mismo tiempo, aterroriza. Ben me había dado el número de habitación de Anabel, pero no era capaz de acordarme. Al parecer, no solo mi cuerpo no respondía bien. Pregunté en información y me indicaron cómo llegar. Me costó casi diez minutos encontrarla.

Entré con el corazón en un puño. Hacía demasiado tiempo que no veía a mi niña. Apenas recordaba su carita, y eso me hacía sentir verdaderamente mal. Los segundos se volvieron eternos. Al principio pude ver la cama; luego, el contorno de sus piernas bajo la sábana. Había alguien sentado en la silla, a su lado, pero estaba de espaldas y no supe quién era. Al otro lado había una cortinilla verde que separaba su cama de la contigua. Seguí descubriendo la silueta de su cuerpo a medida que avanzaba, aunque no estuve seguro de que fuera Anabel hasta que le vi una mano y no me cupo la menor duda. El instante anterior a ver su rostro se me hizo eterno. Cuando al fin la vi me quedé paralizado.

—¡Papá! —gritó ella.

Cómo había echado de menos a esa pequeñaja.

Reconocí a Natalia a su lado.

—Me dijo el tío Ben que estabas malita y tenía que venir a cuidarte —le dije dibujando la mejor sonrisa que podía, aunque no era gran cosa.

Ella me devolvió la sonrisa, mucho más feliz que la mía. Durante la larga noche había tenido miedo de que estuviera pasándolo mal, pero era una campeona.

—Hola, Natalia. —Me agaché a darle dos besos. Por su aspecto, se encontraba en un estado casi tan decadente como el mío.

—Hola —respondió forzando la sonrisa.

—¿Qué tal estás, cariño? —pregunté a Anabel mientras me sentaba a su lado y le cogía la mano.

—No me gusta la comida, pero las enfermeras son muy simpáticas.

—No te preocupes por la comida, cariño. Tú imagínate que la ha hecho mamá y verás cómo te empieza a gustar.

Miré a Natalia, que tenía la cabeza agachada. Parecía tan superada por la situación que ni siquiera me había oído. No me cabía duda de que había pasado la noche con Anabel.

—Marc, el médico nos ha citado a las doce. No esperaba que llegaras a tiempo, pero deberías venir —me dijo con la voz apagada.

—Eso es dentro de media hora.

—Sí. Tiene que comentarnos un par de cosas del tratamiento —añadió.

—Tú descansa —le dije a Anabel—. Nosotros nos encargamos de curarte. En cuanto hablemos con el médico, vas a ver lo bien que te cuida.

Anabel asintió. Natalia no parecía tan convencida.

Pasamos veinte minutos más con Anabel y luego salimos de la habitación para ir a la consulta. Yo seguía muy cansado, pero ver a mi hija me había renovado las fuerzas. Ahora me sentía mucho más tranquilo.

—¿Se puede? —preguntó Natalia tras llamar a la puerta.

—Adelante.

—Somos los padres de Anabel Betancor, no sé si me recuerda.

—Claro, claro.

No parecía acordarse demasiado.

Rebuscó en el montón de papeles que tenía en la mesa y tecleó con mucha rapidez.

—Sí, Anabel. Ante todo, debo decirles que su caso no es muy grave. Como ya saben, tiene un osteosarcoma en la pierna izquierda. No obstante, he estado revisando unos detalles y puede que tengamos problemas.

—¿Se pondrá bien? —pregunté sobresaltado. Es la típica pregunta que un médico jamás va a responder, pero es inevitable hacerla.

—¿Puedo ser franco con ustedes? —preguntó con los brazos apoyados en la mesa, las manos entrecruzadas y el semblante muy serio.

—Por favor.

—Según he visto en el informe del seguro, usted dejó el trabajo hace un mes. —Se dirigía a mí—. Además, lleva más de tres semanas fuera del país. No sé si sabe lo que eso significa.

—No. No lo estoy entendiendo.

—Vayamos por partes. Dimitió de su trabajo hace un mes. ¿Es eso correcto?

—Así es.

—Y estuvo fuera del país más de tres semanas.

—Así es.

—Por otro lado, usted es autónoma. ¿Me equivoco? —Esta vez se dirigía a Natalia.

—No, no se equivoca.

—Según mi informe, no tiene la renta suficiente para tratamientos tan complejos como el que requiere su hija.

—No lo entiendo. Pago todos los meses la seguridad social, que cubre a mi hija. ¿Cómo que no incluye los «tratamientos complejos»?

La voz de Natalia se alteraba cada vez más. Yo empezaba a ponerme nervioso. ¿Acaso nos intentaba decir que no iba a tratar a Anabel?

—Hace unos años, cualquier persona que estuviera en España tenía derecho a todos los privilegios de la Seguridad Social, pero ahora se ha impuesto una serie de requisitos y niveles dependientes de la base de cotización. En este caso, si su exmarido aún fuera funcionario se beneficiaría de todos los privilegios de la Seguridad Social, pero dimitió, de modo que su hija únicamente está cubierta por su cuota de Autónomos. Entienda que atravesamos una crisis económica y el Estado no puede afrontar un tratamiento tan costoso.

—Está bien —intervine—. Vale, la Seguridad Social no cubre el tratamiento, pero no será tan caro, ¿verdad?

—No lo es cuando los tumores se detectan de forma precoz, pero el de su hija está bastante avanzado. Ahora mismo habría que comenzar con la quimioterapia, y es un procedimiento bastante caro. Hay que ingresarla, hacerle pruebas constantemente para observar su evolución…

—¿De cuánto estamos hablando?

—Depende de las sesiones que hagan falta, del tiempo que pase ingresada… Influyen muchos factores. Me temo que el caso de Anabel

no estará por debajo de los treinta mil euros. Llamen a este teléfono; es un gestor del hospital. —Nos entregó una tarjeta de visita—. Los pondrá al corriente de los trámites para el pago.

XIII

No me lo podía creer.

No podía quitármelo de la cabeza. Si no hubiera dejado el trabajo, o si no me hubiera gastado tantísimo dinero en el viaje, podríamos pagar el tratamiento de Anabel.

—Podemos poner la mitad cada uno —dijo Natalia con una inmensa tristeza en los ojos. La misma que tenía yo.

—Ahora mismo no estoy seguro de poder asumir esa cantidad —contesté abatido. Sabía que todo era culpa mía. Había apartado a mi familia y tampoco podía hacer nada para curar a mi hija.

—Sé que es mucho dinero y que nos quedaremos prácticamente sin nada, pero no hay más remedio. Es la vida de Anabel.

—Lo sé. Lo sé muy bien, pero tengo que hablar con Ben. No sé si puedo pagarlo. Desde aquello… —Jamás había tenido tantísima dificultad para pronunciar unas palabras. ¿Cómo se puede decir a una madre «Me he gastado el dinero para curar a tu hija en un absurdo y estúpido viaje»?

Por más palabras que busqué para evitar que sonara como si fuera el peor padre del mundo, no lo conseguí.

—¿Te has gastado todo el dinero de la casa?

Su sorpresa era más que evidente. Hasta a mí me sorprendía.

Una vez más, me pregunté qué estaba mal conmigo. ¿Cómo era posible que siempre tomara la decisión errónea?

—No mucho, pero… De verdad, tengo que hablar con Ben sobre eso. No sé si puedo hacerme cargo de ese pago. Lo siento muchísimo. Haré lo que pueda para conseguir el dinero. Aunque yo no lo tenga, seguro que Ben tiene algo ahorrado y…

—No sé por qué me sorprendo —interrumpió—. A pesar de que eras un marido terrible, creí que serías un buen padre. Ahora no sabemos qué va a pasar con nuestra hija por tu puta culpa. No cambies nunca, Marc. Ya me buscaré la vida para pagarlo; tú, haz lo que te dé la gana. Vete otra vez a Noruega o adonde quiera que fueras.

—Lo siento mucho. Me las arreglaré para conseguir el dinero. De verdad, lo conseguiré…

Cuando quise darme cuenta, ella ya se había marchado.

¿Acaso había sido un error viajar a Finlandia? ¿Había sido un error seguir la recomendación de Ben? Y la pregunta más difícil de todas: ¿había sido un error conocer a Amanda?

Una parte de mí quería volver a la habitación con Anabel, pero

tenía miedo. No sabía cómo mirarla a la cara después de lo que había pasado.

Me derrumbé en una silla del hospital. Mi bloqueo no hacía más que evidenciar ante el mundo lo que yo ya sabía: me merecía cualquier mal. A pesar de todo, no podía dejar que Anabel se quedara sin tratamiento. Ella no tenía culpa de que su padre fuera estúpido.

A duras penas saqué el teléfono del bolsillo y llamé a Ben. Tenía el cuerpo entumecido, desgarrado por el sufrimiento que otorga la culpabilidad.

—¿Sí? —contestó.

—Soy Marc.

—Lo sé, lo pone en la pantalla —dijo, aunque no era buen momento para bromear.

—¿Te han dicho algo sobre el tratamiento de Anabel?

—No, aún no.

—Resulta que tendremos que pagarlo todo, y es muchísimo dinero. ¿Crees que podremos sacar ese dinero que metimos a plazo fijo?

—Sinceramente, no. Las condiciones eran claras y no se puede disponer de él. Tú diste el visto bueno, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé, pero no esperaba…

—Haré lo que pueda, pero no creo que sea posible. De todas formas, hacemos una cosa. Soy tu hermano; dime cuánto necesitas y yo lo pongo.

—No lo sé exactamente, pero diría que unos cinco mil euros.

—Espera, ¿cinco mil? ¿Qué tratamiento es ese? ¿Con eso se consigue la paz mundial? Está bien; las cosas han ido bien en el bufete, así que tengo ahorros. No hay problema

—Te lo agradeceré siempre, Ben. Muchísimas gracias; me has salvado de una buena. Ya hablaremos.

—Sabes que por la familia, lo que sea. No voy a dejar que le pase nada a Anabel. Te lo prometo.

El alivio que me produjeron aquellas palabras fue tan profundo que noté una intensa relajación en todo el cuerpo. No estaba solo. Tal vez Natalia ya no quisiera oír nada que saliera de mi boca, pero seguiría luchando por Anabel.

Estuve casi media hora en una sala de espera que ni siquiera me correspondía para dar a Natalia tiempo de pensar y disfrutar de la compañía de Anabel. El cansancio, después de haber dormido un par de horas en el avión, era cada vez más difícil de aguantar, pero era mi hija la que estaba tras esas paredes y no podía abandonarla de ninguna forma.

—Ya estoy aquí —le dije a la niña cuando entré. Natalia seguía

en la silla de la última vez, derrotada por el mismo cansancio que me asaltaba a mí.

Intenté sonreír para transmitirle todas mis fuerzas, que eran más que escasas.

—Hola, papá —me respondió con una sonrisa radiante.

—¿Te he dicho alguna vez lo valiente que eres?

Ella rio.

Noté la mirada recelosa de Natalia.

—¿Crees que soy valiente? —me preguntó, contenta.

—Desde luego. Yo no había pisado un hospital hasta hoy, ¡y tengo más miedo que tú!

—¿Tienes miedo, papá?

—Pues claro. Tengo miedo de que lo estés pasando mal. Además, me han dicho que la comida de los hospitales es muy mala, y no me dejan traerte una buena hamburguesa.

—¡Qué hambre! —añadió alargando la última letra. Siempre cenábamos hamburguesas los sábados—. Pero yo estoy bien. Solo me duele un poco la pierna de vez en cuando, pero me siento bien.

—Entonces me quedo mucho más tranquilo, cariño. De todas formas, no es malo tener miedo, ¿sabes? A veces hay que tenerlo para saber cuáles son las cosas más importantes en la vida.

—¿Quiere decir que soy importante? —Supongo que conocía perfectamente la respuesta, pero se estaba regodeando. Me encantaba que me hubiera hecho esa pregunta.

—Lo más importante del mundo.

Anabel sonrió.

Volví a notar la mirada de Natalia clavada en mí. «Por eso te gastas el dinero para curarla, ¿verdad?», supuse que pensaba.

—Voy a hablar con tu madre un momentito, ¿vale? Ahora mismo volvemos.

Natalia se sorprendió. Durante unos segundos siguió sentada, probablemente esperando a que le explicara por qué quería que habláramos. La miré para que supiera que era importante, e inmediatamente salí de la habitación y esperé fuera. Tardó poco en seguirme.

—Qué —dijo.

—He hablado con Ben y no habrá problema por pagar mi parte del tratamiento. Entre él y yo pondremos la mitad. De todas formas, seguro que mis padres también quieren ayudar. Al fin y al cabo, somos una familia.

—Éramos —corrigió—. Muy bien —concluyó seca. Inmediatamente, volvió a entrar en la habitación y se afianzó de nuevo en su silla.

Solamente pude suspirar.

XIV

Llegó el momento de la primera sesión de quimioterapia. Natalia y yo acompañamos a Anabel, aunque no sin cierta tensión entre ambos. Aunque a mí no me molestaba la presencia de Natalia, a ella no parecía gustarle la mía. Era algo que se podía entrever en sus miradas y su actitud. Al menos, Anabel no parecía darse cuenta, y si captaba algo, no quería intervenir. Aquella situación no debía de ser nada agradable para ella. No solo estaba enferma, sino que sus padres se habían separado recientemente y su vida había cambiado de forma demasiado abrupta.

Pese a los devastadores efectos secundarios de la quimioterapia, aún no se había descubierto otra forma de tratar el osteosarcoma. Sabíamos que sería muy duro para todos, sobre todo para Anabel, pero si teníamos suerte, el cáncer remitiría. Era un precio muy alto, pero si el resultado era la buena salud, era necesario pagarlo.

Se comenzó por seis sesiones. El tumor se redujo levemente, pero aún no era suficiente.

Ella apenas tenía fuerzas para hablar. Resultaba muy duro verla inmóvil en la cama. Su sonrisa se fue apagando. Se le fue cayendo el pelo hasta que decidimos que era mejor cortárselo. Solamente ir al baño se convertía en una odisea para ella. Si no lloró en ningún momento fue porque era una niña especial. La muerte la acechaba a diario y sus fuerzas flaqueaban cada vez más, pero su voluntad no se quebró en ningún momento. Aún no me explico cómo una niña tan pequeña podía tener tantas ganas de vivir.

—Tenemos que ir a la playa —me dijo un día tras la sesión de quimio, mientras la llevaba a su habitación en la silla de ruedas—. Me lo prometiste.

—Pues claro que iremos. El tío Ben está esperando que le digamos un día para pedir las vacaciones, y así se viene con nosotros.

—A ver si es pronto. —Su voz sonaba quebrada. Intentaba parecer alegre, pero no lo conseguía.

—El tío Ben prometió que no pararíamos hasta curarte, así que no tienes que preocuparte.

—Sí, y una promesa no se puede romper.

—Exacto, no se puede romper.

Habría dado cualquier cosa por curarla inmediatamente. Si el médico hubiera dicho que bastaba con trasplantarle un fémur, le habría cedido el mío sin dudarlo. No me importaba lo que me pasara;

solo quería que ella estuviera bien. Era mi hija. Lo era todo para mí.

Prácticamente vivía en el hospital, aunque no me importaba porque ya no tenía casa. Me quedaba a dormir con Ben. Había usado todo el dinero que me quedaba en pagar el tratamiento de Anabel. En aquel momento no tenía trabajo, dinero ni un techo bajo el que cobijarme. Únicamente tenía a mi querido hermano, a mis padres y a mi hija. Eso era todo lo que necesitaba. Ojalá me hubiera dado cuenta antes.

Al cabo de unos meses terminó el tratamiento inicial. Solo quedaba saber si había funcionado.

Todos hacíamos tiempo en las sillas del hospital, cerca de su habitación. Natalia estaba dentro con ella, pero tanto los abuelos de Anabel como Ben y yo esperábamos las noticias en relativa soledad. Estábamos seguros de que se recuperaría. No habría sabido decir por qué. Quizá confiábamos en eso del karma, o tal vez en el azar. Lo que tenía claro era que si en el mundo quedaba un ápice de justicia, Anabel se recuperaría.

Cada vez que un médico pasaba cerca de nosotros, el corazón me bombardeaba el pecho. A veces una mirada aleatoria me hacía creer que caminaban hacia mí, y resultaba que únicamente estaban de paso.

—Ya verás como se recupera —dijo Ben para aplacar la evidente tensión. Supongo que era el más relajado de los que estábamos allí.

La madre de Natalia movía los pies adelante y atrás constantemente, con las manos unidas, y rezaba a media voz para que Anabel estuviera curada por completo.

En momentos como ese solo se desea que alguien la salve. No importa quién sea; solo importa ella.

Un médico me miró desde la lejanía del pasillo. Cuando se acercó un poco más vi que era el oncólogo. Quizá mi corazón se relajara durante unos instantes, pero ya no iba a parar de desbocarse durante un buen rato.

—¿Los padres de Anabel? —preguntó al llegar.

Natalia debía de estar al quite, porque salió de inmediato a pesar de que no era fácil oír lo que se decía fuera de la habitación.

—Sí —dijo mientras yo me levantaba. Estaba absolutamente agotado y ni siquiera me había dado cuenta. Me pesaba todo el cuerpo y me costó ponerme a andar.

—Acompáñenme, si son tan amables.

Echó a andar en la dirección por la que había venido. ¿Tan difícil era decir si estaba curada? Tal vez nos hubiera llamado porque no lo estaba. Si lo estuviera, nos lo habría dicho a todos, pero solo quería hablar con Natalia y conmigo. Tuve ganas de cogerla de la mano. A pesar de todo lo que había ocurrido entre nosotros, la consideraba mi familia y quería ayudarla a superar aquel momento. No tenía muchas fuerzas para animarla, pero el camino difícil siempre termina antes cuando se recorre en compañía. No me atreví.

El médico entró en su consulta, que ya conocíamos. Tenía dos habitaciones, una para examinar al paciente y otra con una mesa y dos sillas delante. Supuse que podríamos ver con nuestros propios ojos si el cáncer estaba erradicado.

Entró primero Natalia, y después yo. Miré la pantalla con la que nos había explicado dónde estaba el tumor y qué tamaño tenía, pero estaba apagada. El médico rodeó la mesa y pulsó una tecla.

—La paciente no ha reaccionado al tratamiento de la forma que esperábamos. —Cuando la pantalla se encendió no mostraba únicamente la pierna izquierda, sino todo el cuerpo—. Aquí pueden ver que el osteosarcoma se ha reducido significativamente, pero han surgido complicaciones—. Usó un bolígrafo para señalarnos el tumor, del que solamente quedaba un pequeño punto en el muslo—. Ha aparecido un nuevo tumor aquí —dijo apuntando a la parte central de la columna.

Sentí un frío inmenso que me congeló la frente. Natalia se llevó las manos a la boca y sollozó.

—Es bastante parecido al que ya tenía en la pierna. No es osteosarcoma; es lo que llamamos sarcoma de Ewing, pero no quiero agobiarlos con conceptos técnicos —siguió el oncólogo.

No sentí que me hubiera aclarado nada. Apenas era capaz de entender sus palabras. Lo único que sabía en ese momento era que no estaba curada.

Natalia estuvo a punto de derrumbarse, pero la abracé desde atrás para sujetarla. Ya no importaba la separación, ni nuestros sentimientos. Nada importaba en aquel momento, excepto nuestra hija. También quería derrumbarme, pero no pude. No fui capaz.

—Eso quiere decir… —Dejé de hablar, a la espera de más explicaciones, pero tuve que seguir—. Puede… Cómo… ¿Qué hay que hacer ahora? —conseguí preguntar, no sin dificultad. En esos momentos, la única pregunta que me asaltaba era «¿Va a morir?», pero no podía plantearla, y menos delante de Natalia.

—En mi opinión, creo que lo más eficaz sería volver a tratarla de la misma forma.

—¿No hemos visto que no funciona?

—Sí funciona. El tumor inicial se ha reducido

considerablemente; el problema ha sido la metástasis. Ha sido algo extraño, pero a veces ocurre.

—No será casualidad que haya aparecido justo después del tratamiento, ¿no?

—No podemos estar seguros, pero creo que es la mejor opción que tenemos ahora mismo.

—Si usted lo dice… —susurré, no muy convencido.

No sé si Natalia había entendido algo. Tenía la mirada ausente, y no pude adivinar si prestaba atención.

—Tendrán que hablar de nuevo con el gestor del hospital —dijo el médico—. Intentaremos empezar el tratamiento cuanto antes.

Durante un instante se me había olvidado que el tratamiento de Anabel nos había costado casi todo el dinero que teníamos, y pretendían que volviéramos a pagar lo mismo cuando ya no había una forma rápida de conseguir lo que faltase ni nadie a quien pudiéramos pedírselo. Quizá entre mis padres y la madre de Natalia pudieran reunir una buena cantidad, pero ¿otros treinta mil euros? Imposible. ¿Cómo demonios íbamos a conseguirlos? Recuerdo la época en la que todas las enfermedades estaban cubiertas por la Seguridad Social. Bastaba con ser residente para tener derecho a todo lo que hiciera falta para curarse. Supongo que habíamos tenido mala suerte al vivir en una época y en un país sin las mejores condiciones sanitarias.

Miré al médico a los ojos para saber si habíamos acabado. Mis brazos aún rodeaban a Natalia, que estaba arrodillada en el suelo, fuera de sí. Me confirmó que eso era todo lo que nos tenía que decir, e intenté ayudar a la que había sido mi esposa a levantarse.

Lo conseguí, y la abracé con todas mis fuerzas.

—Tenemos que ser fuertes por ella —le susurré al oído.

Ella reaccionó de la única forma que podía en aquel momento: llorando. Igual que yo. Podía ver desde su hombro como el médico nos contemplaba decepcionado, tal vez consigo mismo. No debe de ser fácil dar esa noticia.

Nos ofreció un vaso de agua para que pudiéramos relajarnos un poco, aunque ¿cómo íbamos a relajarnos? Toda la familia nos esperaba fuera, y tendríamos que explicar que las cosas iban peor de lo que creíamos.

XV

Natalia corrió a abrazar a su madre. Yo me acerqué temeroso a mis padres y a Ben. Hay palabras que, simplemente, duelen cuando salen de la boca.

—Le han detectado un tumor nuevo. El de la pierna se ha reducido mucho, pero con el otro… Tendremos que volver a empezar el tratamiento.

Natalia no fue la única que lloró ese día. Los abuelos de Anabel tampoco pudieron soportar esa presión. Supongo que, más tarde o más temprano, todos lloramos.

Además, el problema no era solamente la enfermedad. Todos sabíamos que no teníamos dinero para pagar el tratamiento, pero nadie se atrevió a mencionarlo.

—¿Cómo se lo decimos a Anabel? —preguntó Ben.

—Yo me encargo —dije.

Miré a Natalia. Tal vez quisiera decírselo ella, aunque al ver sus ojos noté su aprobación.

—Anabel... —dije al entrar.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Dice que no estás curada todavía, cariño, pero cree que te vas a poner bien. Lo que pasa es que quiere darte otra vez el tratamiento para asegurarse de que se te quita una manchita que te ha salido en la espalda.

—¿Qué mancha?

—Es parecida a la que te salió en la pierna, pero en la espalda.

Anabel supo perfectamente a qué me refería. Sus ojos se entristecieron y su mirada se perdió en el techo de la habitación.

—Mamá está fuera explicándoselo a los abuelos, pero no nos vamos a ir de aquí; no te preocupes. No te dejaremos sola ni un ratito, ¿vale? —Sonreí como pude.

—Entonces, ¿no voy a poder ir al colegio?

—Cuando estés curada volverás; tranquila. No pienses en eso. Lo importante es que nos recuperemos bien; ya habrá tiempo para preocuparse por las clases.

En ese instante, la cortina que separaba las camas se abrió lentamente. Una mujer morena de veintipocos años asomó tras la tela, moviéndose con relativa dificultad. Cuando pudo ver a Anabel, volvió a tumbarse.

—Yo también te haré compañía. Te llamas Anabel, ¿verdad?

Tenía una voz dulce que acariciaba los oídos. Tuve la sensación de que se podía confiar en ella.

—Sí.

Debían de haberla ingresado poco antes, porque otras veces había visto de reojo a la compañera de habitación de Anabel y no era ella.

—No tienes que preocuparte —afirmó la mujer—. Aunque los hospitales asusten mucho, son lugares mágicos. La gente entra enferma y sale curada. ¿No te parece maravilloso? —Sonrió cerrando los ojos. A pesar del dolor que sentía en todo el cuerpo, del inmenso cansancio y de las evidentes ganas de llorar, aquella voz me tranquilizaba de una extraña forma.

—Pero algunos no salen —contestó Anabel.

—Tienes razón. Algunos no salen, pero esos pocos, casi siempre, se van sabiendo que muchísima gente ha luchado por ellos y que seguirá haciéndolo. Hace muy poco, el cáncer de páncreas era indetectable hasta que ya no se podía detener su crecimiento. Un día, un jovencito perdió a su tío por esa enfermedad, y se decidió a buscar una forma de diagnosticarlo antes de que fuera demasiado tarde. Al cabo de unos años de dura investigación, el jovencito encontró una forma de saber cuándo una persona tenía cáncer de páncreas a tiempo de curarla.

»Con eso quiero decir que tienes razón. No todos salen curados de los hospitales, pero esos pocos, que son cada vez menos, son los héroes que consiguen que más adelante otros consigan curarse. Imagina todas las personas que se van a salvar gracias a que el tío de ese jovencito no consiguió salir. ¿No te parece un héroe? —concluyó con esa sonrisa.

Anabel la miraba atónita. Nunca me lo había planteado de esa manera, pero tenía sentido. A pesar de eso, no quería que Anabel se convirtiera en ninguna heroína; solamente necesitaba que viviera.

—Si nos conseguimos curar —continuó—, podremos disfrutar de la vida que nos queda. Pero si no nos curamos, seremos los héroes que inspirarán a los demás a seguir luchando.

«De ninguna forma Anabel se quedará en este hospital. Conseguiremos salvarla. Debo reunir el dinero para tratarla… como sea», pensé.

—Cariño, voy a salir para que entren mamá y el tío Ben, que están deseando verte, ¿vale?

—Tranquilo, yo me quedo con ella —dijo la mujer.

—Gracias. —Me despedí sonriendo. Me acerqué a Anabel y le di un beso en la frente—. Te quiero.

Ya no sentía cansancio. Tampoco dolor. Solo sentía amor. Amor y rabia. Quizá no pudiera salvarla, pero conseguiría lo que hiciera

falta para intentar curarla. Aunque me costara la vida. Tal vez fuera eso lo que debía hacer. Me había equivocado mil veces; había perdido a Natalia y a Amanda, mi trabajo y mi casa, pero no iba a quedarme esperando a que muriera Anabel.

Salí de la habitación y volví para ver a toda la familia mirándome fijamente, preguntándose cómo se había tomado Anabel la noticia.

—Es una chica muy fuerte —anuncié. Todos lo sabían, pero necesitaba recordarlo.

—¿Está bien? —preguntó Ben, aunque todos querían oír mi respuesta. No había una sola persona que no la adorase con todo su corazón.

—Sí. La chica de la otra cama está con ella; intenta ayudarla también.

Inmediatamente, mis padres se pusieron en pie para entrar, al igual que Natalia y su madre. Ben, en cambio, me miraba a los ojos. Me conocía demasiado.

—¿Y tú estás bien? —preguntó mientras entraban los demás.

—No voy a quedarme cruzado de brazos mientras se muere. Voy a conseguir el dinero.

—Podemos pedir un préstamo. A ti no te lo concederían, pero a mí sí.

—¿Y endeudarte por eso? No, esta familia ya está bastante arruinada.

—No hagas ninguna estupidez. Estás desesperado. Todos lo estamos, pero no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Anabel necesita a su padre a su lado.

—Su padre está a su lado, luchando por ella. Aunque me vaya la vida en ello, conseguiré el dinero para que tenga lo mejor.

Sabía que no era el momento de irme y dejar sola a mi familia, pero tenía que cuidar de mi hija. Tenía que encontrar una forma de conseguir el dinero. Salí del hospital y cogí el autobús para ir a casa de Ben. Durante todo el camino miraba por la ventana pensando cómo podría conseguirlo. El préstamo que me había ofrecido mi hermano era una buena oportunidad, pero podría arruinar su trabajo y su vida. Ya había arruinado la mía y la de Natalia; prefería que alguien de mi familia tuviera la posibilidad de no quedar en bancarrota.

Si hubiera tenido tiempo, podría haber intentado buscar varios trabajos a la vez para conseguir el dinero a medida que avanzaban las sesiones. Aunque con esta crisis el pluriempleo estaba muy penalizado y difícilmente se podía cobrar más dinero con dos trabajos, por curioso que pareciera. Al menos en el hospital permitían pagar a plazos. No obstante, necesitábamos empezar ya, y para cuando empezara a percibir un sueldo, Anabel… No, no era suficiente.

Necesitaba conseguir el dinero mucho más deprisa.

Sólo se me ocurría una opción.

XVI

—Hola, hola —oí al descolgar.

—Hola, Darío.

—Verás: me ha llamado tu hermano y me ha contado lo ocurrido. Está muy preocupado por ti, y cree que vas a hacer alguna estupidez para conseguir el dinero para el tratamiento de Anabel.

—Ella lo es todo; tengo que salvarla…

—Yo lo pago —interrumpió.

—¿Qué? No, son tus ahorros.

—Llevo años viviendo en sitios de mierda y ganando mucho más dinero del que gasto. Tenía la esperanza de invertirlo en hacer feliz a alguna preciosa mujer que quisiera casarse conmigo. En lugar de eso, lo voy a gastar en hacer feliz a otra preciosa mujer, pero nada de bodas, que cuando tenga la edad yo seré una momia a sus ojos. Aunque estoy de muy buen ver todavía.

—No puedes…

—Claro que puedo, don Marc —volvió a interrumpir—. Lo he hablado con tu hermano y haré la transferencia hoy mismo. Si no lo aceptas tú, lo aceptará él. Ahora deja de pensar en estupideces y busca un trabajo, curra como un descosido y consigue lo que puedas, por si acaso no basta con mi aportación. Espero que vuelvas de visita para compensarme. Matías y Álex son unos paquetes en los karts y quiero un rival a mi altura.

—Darío…

—No me des las gracias. A lo largo de mi vida he despilfarrado bastante en tonterías. ¿Recuerdas cuando alquilé un descapotable para ir con aquella chica que me presentaste? Tal vez haya gastado demasiado en cosas que no valían la pena, pero la oportunidad de ayudar a tu hija me permite hacer algo verdaderamente importante. Algo que perdure. ¿Los juegos? Karts, laser tag, paintball, excursiones… Todo eso se queda en meros recuerdos. Es necesario disfrutar, pero lo que hace que la vida sea lo que es no son los recuerdos; son las personas.

»Es tu hija y eres mi amigo. ¿Qué clase de imbécil preferiría guardarse el dinero en vez de intentar salvarla? Por cierto, no es ningún regalo; es un préstamo que tardarás muuucho tiempo en devolverme. Tranquilo, no hay prisa. No te partiré las piernas si no me pagas pronto, pero puedo presentarme allí y darte una buena paliza como no vayas al hospital a ver a Anabel y le digas que su tío Darío cuida de ella desde Finlandia. Ya sé que no soy su tío de verdad, pero

es de mi familia. De la que se elige.

Hay momentos en la vida en que no se sabe qué decir. No por haberse quedado en blanco o bloqueado, sino porque el amor que procuran los seres queridos llega tan adentro que, durante un instante, se aprecia lo importante que es estar acompañado. Yo lo estaba en ese momento. En realidad, siempre lo había estado. Puede que la vida hubiera sido cruel conmigo. Tal vez yo también hubiera sido cruel con ella. La desaproveché cuando lo tenía todo, pero eso ya no me dolía. En aquel momento, después de sentir la mayor desesperación que pudiera imaginar jamás, Darío también me dio el mayor atisbo de esperanza que recuerdo. Los grandes males crean las mayores oportunidades.

—Iré a verte cuando pueda, con una condición.

—¿Cuál?

—Que no vayamos al karaoke.

—¿En serio? Sabes que hay muy pocas cosas en el mundo que me satisfagan más que ir a cantar canciones de Frank Sinatra.

—Pues nada de eso, y tampoco vas a ir detrás de mujeres mientras esté allí.

—Eso lo acepto. Excepto si conozco a la mujer de mi vida; me olvidaría de ti, y en eso no hay negociación posible.

—Hecho —dije con rapidez.

—No confías mucho en que ocurra…

—Puede. —Reí.

—¿En qué hospital está, por cierto?

—En el Santa María, ¿por qué lo preguntas?

—Curiosidad. Entonces, ¿todo arreglado? ¿Vas a dejar de pensar tonterías y ponerte a trabajar por si te hace falta conseguir algo más para Anabel? O para ti, que si no recuerdo mal, no tienes dónde vivir.

—No prometo nada. Anda, déjame a mí, que ya me encargo. Y muchas gracias.

—Es un placer ayudar.

—Un abrazo, amigo.

Colgué.

No seguí preparando la mochila, porque ya no me haría falta. Tal vez fuera el momento de hacer caso a Darío y buscar trabajo. Además, tenía intención de devolverle hasta el último céntimo.

XVII

Visitaba a Anabel todos los días. La vida de casi toda mi familia se había vuelto mucho más agitada, porque todos intentábamos sacar tiempo para estar con ella. Nunca la dejábamos sola, pero Natalia tenía que trabajar por las mañanas y yo, por fin, también había conseguido trabajo: de limpiador en el bufete de Ben. Ya que no tenía estudios universitarios, me resultaba complicado encontrar algo mejor cuando había dimitido de mi anterior empleo. Ben me había dado la oportunidad de tener un sueldo, por escaso que fuera, y también tenía posibilidad de hacer horas extras.

Había días en que ni Natalia ni yo podíamos quedarnos en el hospital, pero los abuelos estaban jubilados y la acompañaban con mucho gusto. Empezar de nuevo con las sesiones de quimio fue muy duro para Anabel. Los efectos secundarios eran horrorosos y la hacían sentir muy mal. Con un tratamiento así es inevitable plantearse si no será peor el remedio que la enfermedad, pero había que hacer caso a los médicos. Además, recibía mucho apoyo de su compañera de habitación. Cuando iba a verla, notaba que su compañía la estaba haciendo más fuerte y que estaban forjando una sólida relación.

A pesar de todo, el cuerpo de Anabel estaba cada vez más agotado. Todos los que la visitábamos podíamos ver que cada día se sentía más cansada. Aunque su carácter permanecía fuerte y su voluntad impertérrita, no cambiaba el hecho de que estaba soportando un bombardeo químico que la dejaba agotada en todos los sentidos. Ver a tu hija de diez años justo antes de vomitar, sin fuerzas para coger el cubo que tiene en la mesa de al lado, resulta una experiencia tan dura que muchas veces querrías apartar la mirada para no verla así. Nunca lo hice. Sabía que, si ella estaba soportando semejante sufrimiento, yo tenía que estar a la altura y ser fuerte. Aunque los fuertes no sufren menos.

—¿Quieres un truco para los vómitos? —preguntó la compañera de habitación de Anabel. Ella respondió que sí con un ligerísimo movimiento de cabeza. Sus párpados caídos mostraban su insufrible cansancio, pero no dejamos de sonreírle—. Empapas un algodón en alcohol y lo hueles. Eso te quita las ganas de vomitar.

—Gracias —respondió Anabel, intentando sonreír.

—La abuela a veces me daba un algodón con alcohol cuando iba al dentista —dije—. Odiaba ir al dentista. ¿Alguna vez te he dicho que llevé aparato de niño?

Movió la cabeza hacia los lados.

—Pues sí. Tenía este diente colocado así. —Le mostré la mano inclinada hacia un lado—. Y estos dos hacia fuera. Tú no tienes ese problema. Te salieron perfectos. ¡No sabes la suerte que has tenido!

Ella volvió a intentar sonreír, pero supe que lo hacía por mí. Veía en sus ojos que no tenía la menor gana.

—Papá —dijo seria.

—Dime.

—¿Por qué me pasa esto? ¿He hecho algo malo?

—Claro que no, cariño.

Ojalá las cosas malas solamente ocurrieran a las personas malas. Tener lo que se merece quizá sea lo más justo. Aunque, por desgracia, el mundo no funciona así.

—¿Y por qué me pasa esto? Se suponía… Se suponía que tenía que estudiar mucho para aprobar. Luego iría a la universidad y después tendría un buen trabajo, me casaría y tendría una familia.

—Lo sé. Eso es lo que siempre se dice, pero a veces las cosas no salen como esperamos. A veces nos ocurren cosas para las que no estamos preparados.

—Yo creo que no estoy preparada para esto, papá —añadió con lágrimas en los ojos. Al verla así, apenas pude contener las mías. Me habría gustado decirle que todo ocurría por algo, pero no quería pensar que había una sola razón para que una niña inocente como Anabel sufriera varios meses en un hospital soportando lo insoportable.

—Nadie puede estar preparado, pero tenemos que ser valientes por tu madre. Está sufriendo mucho y tenemos que ayudarla, ¿vale? Cuando ella y yo nos alejamos, los dos lo pasamos muy mal. A mí me llamó el tío Darío para que lo ayudara y tuve que ir, pero fue muy duro estar allí sin tu madre. Yo la quiero muchísimo, ¿sabes? Pero le hice daño sin querer. Desde entonces ha sido muy duro para ella. Tú eres su mayor ilusión, su sonrisa cuando está triste. Tenemos que ser fuertes para que esté contenta. ¿A que es genial cuando mamá está contenta?

—Sí.

Anabel apenas podía hablar. Esta vez, su mirada se había clavado en mí con un atisbo de esperanza. Sabía que me entendía perfectamente a pesar de su juventud.

—Siempre estaremos contigo. Mamá y yo te queremos por encima de todo. Nunca te olvides de eso.

Asintió ligeramente hasta que cerró los ojos.

Me acerqué a ella y le di un beso en la frente mientras ya dormía.

Cuando me di cuenta, la mujer de la cama de al lado me miraba fijamente.

—Eres un padre fantástico.

—Ojalá fuera verdad. Ojalá lo fuera.

—Errores cometemos todos, pero lo que cuenta es lo que hacemos hoy. Estás aquí, peleando por tu hija y dándole toda la esperanza que necesita. No sé qué te habrá ocurrido con tu esposa, pero eres un gran padre.

—Mis errores me han costado una familia y han arruinado a las personas que más quería.

¿Por qué le contaba mi vida a esa mujer? Tenía algo que inspiraba confianza. Esos ojos claros o esa voz dulce; tal vez, las arrugas que se le formaban junto a los ojos cuando sonreía. No sabía qué era. Solo sabía que confiaba en ella.

—Te lo repito: errores cometemos todos, pero supongo que lo que importa es que estemos dispuestos a arreglarlos.

—Hay errores que no se arreglan.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Soy Marc.

—Tienes razón, Marc, hay errores que no se arreglan. Pero ¿era tu intención causar daño cuando los cometiste? Porque si no es así, deberías dejar de culpabilizarte. El pasado ya no se puede arreglar, pero el futuro sí.

Miré a Anabel dormida, tapada por la sábana blanca del hospital. No tenía pelo en la cabeza ni en las cejas. Su aspecto enfermizo habría dado miedo a casi todas las personas del mundo, aunque a mí no. Yo la veía tal como era: una preciosidad. No veía a una niña enferma tumbada en la cama, sino el pasado de una mujer que viviría casi sin recordar que había estado enferma. A pesar de esa sensación, sabía que no era más que un espejismo.

—¿Crees que su futuro se puede arreglar? —le pregunté. Una parte de mí esperaba que me respondiera que sí, que creía que Anabel se salvaría y todo aquello se quedaría en un mero recuerdo. La otra parte sabía perfectamente que eso no era posible.

—Sí lo creo, pero no puedo ver el futuro. Lo que sé es que es una niña maravillosa, y que si alguien merece vivir, es ella. No sé si es suficiente, pero ojalá lo sea.

—Sí. Ojalá lo sea —repetí, no muy convencido—. Por cierto, ¿cómo te llamas? La verdad es que llevas aquí un tiempo, pero nunca te había preguntado.

—Claro, no pasa nada. Me llamo Emma.

—Es un nombre muy bonito. ¿Puedo preguntarte cómo es que estás en un hospital siendo tan joven?

Ella rio irónicamente.

—No tanto como ella —dijo mirando a Anabel—. Supongo que la mala suerte no sabe de edades. Por lo que he entendido de lo que le

has dicho a la niña, aún tiene posibilidades de salvarse. Yo, en cambio… Actualmente no hay forma de enfrentarse a la esclerosis lateral.

—No digas eso. El futuro no se sabe nunca.

—Cierto es que el futuro no se sabe, pero no te equivoques. Aunque sea difícil de aceptar, me iré sabiendo que no he vivido veintitantos años, sino una vida entera. —En ningún momento dejó de sonreír—. Supongo que seré una de esas heroínas en el futuro, ¿no? —Rio—. Emma, la mujer que inspiró la cura de la esclerosis lateral. Suena bien, ¿verdad?

—Suena de maravilla.

Pronto, su mirada se perdió detrás de mí.

Cuando giré, durante un momento pensé que estaba viendo un espejismo.

Su cabello rubio seguía igual de brillante, pero parecía haber perdido algo de volumen, y su rostro se hallaba un poco congestionado. Notaba su dificultad para respirar a simple vista. Podía reconocer sus facciones perfectamente, pero parecía muy distinta, y su mirada confusa me impedía entender el motivo de su visita.

—Hola, Marc —dijo en inglés.

—Hola, Amanda —respondí sin saber muy bien qué preguntarle primero—. ¿Qué… qué haces aquí? —Me costó encontrar las palabras tras semejante sorpresa.

—He venido a verte —respondió—, y a verla a ella —dijo mirando a Anabel.

—¿Cómo sabes…?

—Me llamó Darío. Me dijo en qué hospital estabas y cogí el primer vuelo que pude.

—¿Por qué? ¿Cómo es que te llamó?

Ni siquiera me percataba de que Anabel y su compañera de habitación estaban allí mismo. Me había olvidado absolutamente de todo.

—Me equivoqué. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Vengo a pedirte perdón, a ofrecerte mi ayuda en todo lo que pueda. Y también vengo a vivir.

Recordaba perfectamente cuando era yo quien le decía que había ido a Oulu a vivir.

—¿Cuándo volverás con tu familia? —pregunté. Su rostro mostró temor y sus hombros cayeron.

—No lo sé, y no me importa. Tranquilo, si quieres que me vaya, no hay ningún…

—¿Tienes dónde alojarte? —interrumpí. Contemplé un ligerísimo alivio al mirarla—. Creo que no habrá ningún problema en que te quedes en mi casa. Bueno, no es mía; es de mi hermano, porque

yo ya no tengo casa, pero hay sitio en mi cuarto y no creo que le importe. Además, no paso mucho tiempo allí; solo voy para dormir.

—Me quedaré contigo encantada. Eso sí, nada de dormir juntos, que te conozco y te aprovechas por las noches —bromeó. Esa era la Amanda que conocía.

—¿Yo? Anda. —Reí ligeramente, aunque no sin dificultad. Pronto recordé dónde estaba. En otro lugar y en otro momento, probablemente habría seguido bromeando, pero sentía que no podía.

Supuse que la compañera de cuarto de Anabel estaba extrañada por la visita de Amanda, aunque en ese momento estaba tan conmocionado que no pensé en ella.

Anabel no se volvió a despertar durante el horario de visitas. A veces nos dejaban quedarnos un rato más, sobre todo después de las sesiones del tratamiento, pero aquel día Amanda y yo nos fuimos a la hora exacta aunque no nos echaran. Para una norteña como Amanda, aquellos horarios eran muy extraños. Acostumbrada a cenar a las siete de la tarde, aquel día llegamos a casa de Ben casi a las nueve y comimos algo poco después. Ben ya había cenado, pero se sentó a la mesa con nosotros para hacernos compañía.

—¿Crees que es mucho pedir que Amanda se quede unos días aquí? Estaría en mi cuarto; ni notarías su presencia.

—Sí, es mucho pedir. Aunque no hay problema en que se quede. ¿Crees que voy a negarme a que una mujer tan guapa se aloje en mi casa? Hace siglos que no consigo que ninguna pase la noche aquí. Es triste que no duerma en mi cama sino en la tuya, pero menos es nada.

—Te lo agradezco mucho. Dice que te puedes quedar sin problema y que eres una belleza, que le encantaría pasar la noche contigo —le traduje a Amanda—. No con esas palabras exactamente, pero eso era lo que pretendía decir.

—Ah, ¿sí? Dile que tiene una casa muy bonita y que estaría encantada de pasar la noche con él si tuviera veinte o treinta años menos. No es verdad, pero tú díselo.

—Dice Amanda que te haría el amor salvajemente si fueras joven —traduje.

—Con la luz apagada todos somos jóvenes. Yo estaría dispuesto —afirmó Ben. La sola idea de imaginarme a mi hermano con Amanda me dio bastante repelús.

—Dice que si apagas la luz se convierte en un chaval y es una máquina en la cama, que si te gustaría probar.

—Marc, ¿estás traduciendo de verdad o te estás riendo de nosotros? —preguntó Amanda tras responder con una carcajada a las supuestas palabras de Ben.

—Me estoy riendo de los dos, pero no creas que me ha hecho

falta cambiar mucho.

—¿Qué dice? —preguntó Ben, confuso por la risa de Amanda.

—Que se lo está pensando seriamente. Que en realidad tienes un atractivo muy sexy.

—¿De verdad?

Casi se le habían salido los ojos cuando le confesé que todo había sido una broma.

Tras la cena llevamos la maleta de Amanda a mi habitación. Solo había una cama y era estrecha, así que cogí una manta y la llevé al sofá para dormir allí. Era mi invitada, o al menos la invitada de Ben, así que no la haría dormir en el sofá ni en el suelo. Cuando descubrió mis intenciones de irme a otro sitio, intervino.

—¿No vas a quedarte aquí?

—No, tranquila, me quedo en el salón.

—No es por nada, pero no te voy a dejar dormir allí.

—No voy a mandarte al sofá, de ninguna manera.

—¿Quién ha dicho nada de un sofá? —preguntó ella—. Tú duermes aquí, en tu cama, y yo también. Lo que decía en el hospital era broma. Eres demasiado tonto como para aprovecharte de mí por la noche.

Se echó a toser de forma desmedida. Pronto se le pasó.

—Vaya, gracias por los piropos. Te ofrezco una cama caliente, me sacrifico para que estés más cómoda y me llamas tonto.

—Tal vez te esté insinuando que te puedes aprovechar de mí.

—Vaya, eso no me lo esperaba. ¿Puedo saber qué ha cambiado desde la última vez que nos vimos? No me malinterpretes; creo que tenías toda la razón al echarme de tu vida, pero ¿qué te ha hecho volver?

—Creo que cometí un error. Te juzgué por tu pasado cuando lo que realmente importaba era que estabas conmigo para cambiar, para aprender, para ser mejor.

—Para vivir —dije.

—Yo también quiero cambiar, aprender y ser mejor. Quiero vivir lo poco que me queda, y quiero ayudarte. Cuando esté lista, volveré con mi familia para despedirme. Quiero conocer a tu hija y al resto de tu familia, si me lo permites. Quiero formar parte de tu vida durante este poco tiempo. ¿Es mucho pedir?

—Sí, es mucho pedir. —La miré mientras me contemplaba dubitativa. Tal vez mi respuesta le cambiara la vida. Tal vez mi respuesta le diera la esperanza que necesitaba para seguir adelante. Aunque no me hacía falta pensar en ella para saber lo que quería—. Y te lo ofreceré encantado.

—Quiero vivir —repitió.

—Vivamos juntos. A partir de ahora mismo.

El cuarto estaba hecho un desastre. Su maleta aún estaba sin abrir. La cama estaba sin hacer. Amanda estaba tumbada mirándome fijamente, boca arriba, con las rodillas dobladas. Un escalofrío me recorrió. Sabía que era un momento especial. Todo mi cuerpo lo sabía. Los ojos de Amanda también lo sabían. Me acerqué a ella lentamente. No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero mis piernas se movían solas. Sabía que me dirigía a ella, pero no quería pensar en lo que iba a pasar. Tal vez dormir con ella significara traicionar a Natalia. Tal vez significara traicionar a Anabel.

«Quiero vivir», recordé.

Vivir no significa traicionar. No significa dejarse llevar por los impulsos sin pensar en las consecuencias. Tampoco significa obviar el futuro. Vivir significa dejarse llevar, aprender, disfrutar cada día como si fuera el primero, ser un niño y un anciano al mismo tiempo, dejarse enseñar para crecer.

Me acerqué a Amanda sin pensar en lo que iba a hacer, pero sabiendo que era libre. Porque no hay vida sin libertad.

Me agaché para apoyarme en la cama. Su rostro quedó a mi altura y me acerqué peligrosamente. No se apartó ni un centímetro. De hecho, tuve la sensación de que se acercaba aún más. Durante aquel instante sentí que contemplaba a la mujer más bella que hubiera visto nunca. No eran sus rasgos ni su cabello, ni siquiera su cuerpo. Era su mirada, su persona, su actitud. Aquel sentimiento me hizo saber qué era lo que más deseaba en ese momento: a ella.

La besé.

Me besó.

No sabíamos qué ocurriría al día siguiente, pero aquel día, aquella noche, era lo único en lo que necesitábamos pensar. A mis espaldas tenía un matrimonio roto, una hija enferma y un sinfín de problemas que su mirada me hacía olvidar. En aquel momento, nada consumía mis energías más que sus besos. Cada segundo que pasaba la veía más bella. Se incorporó en la cama para tumbarse de lado con la cabeza en la almohada mientras yo la seguía, como pegado a sus labios. Justo antes de encontrarse con las sábanas se quitó la camisa. Tenía una piel inmensamente clara que hacía que su cabello pareciera más rubio si cabía. Llevaba un sujetador blanco de copa y unos pantalones muy cortos azules con rayas. De vez en cuando, mi mente se perdía imaginando un futuro con ella, pero cuando su lengua rozó mis labios perdí el control. La agarré fuertemente por la cintura y la besé con muchísima más intensidad. Después levanté ligeramente los brazos y apreté las caderas contra las suyas mientras la encerraba en mi cuerpo. De vez en cuando Amanda sonreía y aprovechaba para morderme el labio inferior. Mi lengua se volvió cada vez más traviesa

y, poco a poco, contagió a mis manos. Descendí por su cuello y la besé varias veces en cada lado, describiendo círculos húmedos; una vez casi subí hasta su oreja. Cuando ya no quedaba más cuello que recorrer volví a los labios, le robé un largo beso y reanudé mi recorrido descendente. Esta vez llegué hasta su pecho, custodiado por la tela que tanto ansiaba arrancar. Pero me contuve. Lo ignoré al principio y seguí bajando. Mientras tanto, ella se estiraba. Su vientre se hacía fuerte y le sobresalían las costillas. La agarré con ambas manos viendo la pasión en su rostro.

—Sabes que no te voy a dejar hacer lo que quieras, ¿no? —dijo mirándome con sorna—. No sé a qué mujeres estás acostumbrado, pero yo tengo mi propio estilo.

—Ah, ¿sí? —Mi cuerpo se movía por sí solo, pero sus palabras le daban aún más ímpetu.

—Voy a enseñarte un par de cosas —murmuró, provocativa.

XVIII

A la mañana siguiente llegué a la conclusión de que me dolían más partes del cuerpo de las que conocía hasta entonces, aunque la espalda era lo peor. Era temprano aún, y Amanda estaba tumbada a mi lado, con la sábana tapando casi todo su cuerpo desnudo. Dormía, pero de una forma muy graciosa. En las películas, cuando una mujer duerme siempre está colocada en una postura excepcional y perfecta, con las sábanas en la posición exacta para tapar aquello que no se debe mostrar al público. Al ver a Amanda recordé que lo más normal era estar enredado y atrapado con la tela y que un pecho puede quedar al desnudo, como ocurría en este caso. Además, dormía con la boca abierta y parecía descender de ella un hilillo de baba, o tal vez me lo estuviera imaginando. Podría parecer algo desagradable a la vista, pero para mí no lo era. Amanda era la mujer que compartía mi cama y no había razón para que nos ocultáramos nada entre nosotros, ni siquiera la forma más cómoda de dormir. ¿Acaso babear la almohada no quiere decir que se está durmiendo de maravilla?

Como todos los sábados, fui a pasar el día con Anabel, aunque esta vez Amanda quiso acompañarme. No sabía muy bien qué pretendía hacer allí, ya que no hablaba español y difícilmente se podría comunicar con la niña. A pesar de eso, insistió en ir conmigo. Cuando llegamos, Natalia ya estaba en la habitación. Nada más entrar, la mirada de la que había sido mi esposa durante más de diez años me fulminó. «¿Quién es esta?», me preguntó sin palabras.

—Buenos días —dije para todos. Anabel estaba despierta y parecía algo más animada que de costumbre. La cortina abierta dejaba ver una cama vacía a su lado. Aún seguían las cosas de Emma, así que supuse que se la habían llevado para alguna prueba.

—¡Hola, papá!

—Os presento a Amanda, una amiga de Finlandia que ha venido a visitarnos por sorpresa. El tío Darío le dijo que estabas malita —añadí dirigiéndome a Anabel— y, como yo le había dicho lo especial que eres, quiso venir a conocerte. Llegó anoche, pero ya estabas dormida.

Natalia me volvió a fulminar con una mirada aún más desconcertante.

—Amanda, esta es mi hija y esta es Natalia —dije en inglés. No hacía falta explicarle quién era Natalia. Lo sabía perfectamente.

—Hola —respondió Natalia también en inglés, más por cortesía

que por ganas.

—Encantada —añadió Amanda—. Marc me ha hablado muy bien de ti.

—¿Ah, sí? —preguntó mi ex esposa, aparentemente confusa. No la creyó. Pensó que lo decía para caer bien.

Hacía medio año más o menos que nos habíamos separado, aunque yo aún sentía algo muy fuerte hacia Natalia. Tal vez no fuera como antes, pero era la mujer con la que había pasado la mayor parte de mi vida; conocía cada centímetro de su cuerpo y cada ápice de su personalidad. La había amado durante tanto tiempo que me resultaba imposible no seguir amándola, aunque quizá de una forma distinta. No podía guardarle ningún rencor por haberse separado de mí. Fue su decisión, estaba seguro de que tenía buenas razones y fue muy duro para ella. Habría querido arreglar las cosas. De hecho, si hubiera podido volver un año atrás, sé que habría cambiado radicalmente mi actitud y habría impedido que se rompiera nuestra familia. No obstante, el pasado no se puede cambiar y no había forma de arreglar nuestro matrimonio. Ya me había culpabilizado durante mucho tiempo. Era el momento de mirar hacia delante.

—Sí. Me ha contado cosas muy buenas sobre ti y también quería conocerte —siguió Amanda.

Imagino la perplejidad de Natalia ante las palabras de Amanda. Probablemente se estaría preguntando por qué demonios le había contado esas cosas.

—Pues aquí estoy —contestó con una sonrisa forzada. Inmediatamente, retiró la mirada.

Amanda no era tonta. Sabía perfectamente que Natalia la estaba despreciando. Creo que no le importaba.

La compañera de habitación de Anabel no apareció en todo el día. Hubo larguísimos silencios y mucha tensión, sobre todo por parte de Natalia. Yo, de vez en cuando, le proponía a Amanda que saliéramos un rato y paseábamos por el hospital para no atosigar. No había motivo para ser cruel y no dejarla un rato a solas con su hija.

—Parece una buena madre —comentó Amanda mientras nos dirigíamos a la cafetería.

Me pregunté cómo podía decir eso tras el evidente desprecio que Natalia le había mostrado y me alegré de que pudiera ver más allá de su actitud.

—Lo es. Lo ha sido siempre. Y aunque no lo parezca, también es muy buena persona, solo que ahora está dolida y lo está pasando muy mal. La separación fue muy dura, y encima surgió lo de Anabel poco después. El dolor y el miedo de perderla han quebrado un poco sus fuerzas, pero es una gran mujer, eso te lo puedo asegurar.

—Lo sé. Me cae bien.

—Me alegro. Debe de haber sido difícil para ti ver cómo te trataba.

—No pasa nada. Me toma por una cría que ha venido a joderle la vida aún más; es comprensible. Simplemente, está equivocada conmigo. Supongo que algún día me verá como soy.

—No me cabe duda —dije convencido.

A veces, cuando estaba con Amanda me planteaba si realmente tendría veinte años. Con ella nunca había tenido la sensación de estar junto a alguien más joven, sino todo lo contrario. De vez en cuando fantaseaba sobre lo que podría ocurrir entre nosotros si no estuviera enferma. Casi me había acostumbrado a la idea de pasar solamente unas semanas a su lado, pero mi mente divagaba entre la imaginación y el deseo de pasar mucho más tiempo con ella. A veces tenía la impresión de que todo se derrumbaba a mi alrededor. Creo que todos la tenemos en los momentos difíciles de nuestra vida. Poco a poco me daba cuenta de que mi sufrimiento era mi bendición. Sabía perfectamente que mi vida era un desastre, pero el hecho de pasar tiempo con Anabel y con Amanda hacía que me sintiera feliz. Curiosamente, era una sensación que no recordaba haber tenido en muchos años.

—Se pondrá bien. —Amanda interrumpió mis pensamientos mientras miraba la taza de café.

La miré confuso.

—Tu hija se pondrá bien —aclaró.

—Ojalá. Tenías que haberla conocido cuando su voz iluminaba el día. No sabes la rabia que siento cuando pienso que ya tiene diez años y apenas he disfrutado de ella.

—No deberíamos vivir sin saber cuánto podemos perder. Los niños no valoran sus juguetes hasta que ya no los tienen. La gente siempre cree que está por encima de esas actitudes, sin darse cuenta que todos somos niños que aprenden algo cada día. Nunca dejamos de equivocarnos. Por suerte.

Quizá ese hubiera sido mi problema durante tantos años. Me acostumbré a tener una familia que siempre me apoyaba, sin ver que todo podía acabar un día.

—Eres estúpido —siguió Amanda—, pero me alegro de haber venido. Anabel se pondrá bien. Confía en mí.

Inmediatamente, se abalanzó sobre la mesa que nos separaba y puso la mano sobre la mía. No dijo más. No hacía falta. Eso era todo lo que necesitaba en aquel momento.

XIX

Pasaron los días y nada cambiaba. Yo iba a trabajar de lunes a viernes por las mañanas, pero todas las tardes iba al hospital a visitar a Anabel, con Amanda. Natalia siempre llegaba unas horas después, ya que el trabajo le impedía salir antes. Varios días de aquella semana, mis padres pasaron a visitar a su nieta y pudieron conocer a Amanda, aunque la comunicación no fue nada fácil porque no sabían inglés. Ben también nos acompañó en ocasiones. A Anabel le encantaba que la visitaran los abuelos y el tío Ben. En cambio, casi nunca habló con Amanda, supongo que por la diferencia de idioma. A menudo veía cómo la miraba desde su cama, como intentando decir algo pero sin atreverse. Amanda, aunque tampoco hablaba español, siempre le sonreía.

Por las noches, Amanda me pedía que le contara historias de Anabel. A mí me encantaba. Eso sí, me sentía triste al percatarme de que solamente me acordaba de cuando era mucho más pequeña. Cada vez que intentaba recordar momentos en los que tenía más de cinco años, me daba cuenta del tipo de padre en que me había convertido. Cuanto más lo pensaba, más comprendía la decisión de Natalia de separarse de mí. No hay peor error que el que se comete una y otra vez.

A pesar de todo, durante aquella semana llegué a sentirme realmente feliz. Tener a Amanda a mi lado me daba fuerzas para seguir luchando por mi hija y para enfrentarme a su enfermedad, a mi separación y a mi situación económica. A su lado, cualquier problema parecía una minucia. Su personalidad y su forma de afrontar las cosas me hacían mucho mejor de lo que creía que podía ser.

Pero la vida aún me tenía muchas cosas guardadas.

Cada día que pasaba, Amanda parecía estar peor. La tos la atacaba continuamente, y a veces le resultaba insoportable. Casi nunca tenía hambre y sus fuerzas flaqueaban. No fui el único que se dio cuenta.

—¿Te pasa algo? —le preguntó un día Anabel en el hospital. Natalia también estaba en la habitación, pero ella ya había notado hacía tiempo que algo marchaba mal.

Se lo traduje, aunque Amanda sabía perfectamente lo que había preguntado.

—Mi cuerpo está enfermo —contestó sonriendo como pudo—, pero yo no.

Volví a traducir.

—¿Y puedes curarte?

Imagino que aquella simple pregunta desató el caos en la mente de Amanda.

—No, no puedo curarme.

Cuando empecé a repetir las palabras de Amanda en español, Anabel ya sabía perfectamente la respuesta por nuestra expresión.

Aquella fue la primera y la única vez que hablaron, pero no fue una conversación banal. Habían conectado. Supongo que la mera presencia de Amanda había conseguido que Anabel se acostumbrara a ella. Además, Amanda era capaz de transmitir mucho sin necesidad de palabras.

Anabel no respondió más; la miró fijamente durante mucho tiempo. Tal vez me había perdido mucho de la vida de mi hija, pero si algo supe en aquel momento fue que, en esos pocos segundos en que se habían dirigido la palabra, crearon un fuerte lazo que llegaba mucho más allá de lo que todos podíamos comprender. Entonces no sabía hasta dónde podía llegar ese lazo. Creo que Anabel la admiraba, aunque nunca llegué a preguntarle por qué.

—¿Qué es? —preguntó Natalia en inglés, con lo que ocultaba la conversación a Anabel.

—Los pulmones —dijo Amanda—. Es parecido a lo que tiene ella, pero en otro sitio.

—¿No hay forma de curarlo?

—No me traté.

—¿Por qué? —pregunté yo esta vez. Nunca la había interrogado sobre su enfermedad.

—No quise. El tratamiento era muy agresivo, y las probabilidades de curarme, muy bajas. Preferí vivir lo que me quedara en casa y no en una cama, sin fuerzas para levantarme. Vivir es muy distinto de sobrevivir.

Miré a Anabel y me pregunté cómo habría sido si mi hija hubiera tomado una decisión como esa. ¿La habría apoyado? Supongo que nunca lo sabría.

—Por eso dejé el trabajo mientras estabas allí —siguió Amanda, dirigiéndose a mí—. Cuando me diagnosticaron quise seguir mi vida como hasta entonces, pero al cabo de unas semanas preferí dejarlo. Supongo que tú tuviste algo que ver.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Acabábamos de conocernos. No quería que me miraras de otra forma.

—No creo que…

—Sí. Todo habría sido distinto en ese entonces si te lo hubiera contado. Lo viví con otras personas. Esa actitud de pena me resulta dolorosa. Es como si dejaran de ser iguales y estuvieran por encima.

Creen que tienen más suerte, y no estoy tan segura de eso. He sido tremendamente afortunada y no quiero que nadie me mire con pena. Todos nos estamos muriendo, solo que muchos no se dan cuenta. Es cierto que no viviré algunas cosas que querría vivir, pero ahora creo que tengo mucha más suerte que la mayoría de las personas. Creo que he vivido desde el primer día hasta el último.

Admiraba a Amanda profundamente. Ojalá pudiera decir lo mismo que ella.

Natalia nos miraba conmocionada. Se había perdido mucho de mi vida desde que nos separamos. Anabel, aunque no nos entendía, seguía mirando a Amanda fijamente. En aquel momento no supe muy bien qué reflejaban sus ojos. Ahora creo que también sentía admiración.

Nadie volvió a articular una palabra durante aquel día. Lo único que se oyó en el cuarto fue la tos de Amanda, que aparecía y desaparecía en cualquier momento.

Al caer la noche, Amanda y yo nos fuimos antes que Natalia para dejarle un poco de intimidad con su hija. No obstante, algo había cambiado en su actitud respecto a Amanda. Ya no la miraba con recelo. Quizá, a partir de ese momento, sentía respeto por ella.

Cuando llegamos a casa, Ben ya estaba acostado. Habíamos aprovechado para cenar fuera, pero nos sentamos un rato a descansar en el comedor.

—He tomado una decisión —anunció Amanda.

—¿Cuál? —pregunté preocupado.

—Mañana voy a volver con mi familia.

Incluso en Finlandia había sabido siempre que cada día que estuviera con Amanda podía ser el último, pero al oír sus palabras no pude creer que no fuera a volver a verla. ¿Aquella sería la última noche que pasáramos juntos?

—El momento tenía que llegar, y ya ha llegado —siguió—. No sabes lo feliz que me ha hecho venir y pasar esta semana contigo y con tu familia. Necesito que sepas que mi vida ha cambiado gracias a eso.

No supe qué decir. Por halagadoras que resultaran sus palabras, mi mente no podía dejar de imaginar los días sin Amanda. ¿Era posible que una persona, en tan poco tiempo, hubiera conseguido que no quisiera volver a vivir sin ella? Sin duda, sí era posible. El sentido del humor de Amanda, su forma de vivir, su actitud frente a los problemas y su valentía inamovible hacían que la amara y la admirara por igual.

—¿No dices nada? —preguntó, imbuida en una mezcla de tristeza y decepción.

—Te quiero —dije. Tal vez nunca había estado tan orgulloso de hablar sin pensar.

Esta vez fue ella la que no dijo nada. Solamente sonrió. Una sonrisa en el momento adecuado dice mucho más que cualquier palabra.

—Un día, Ben me recomendó que cogiera un avión y me fuera a cualquier sitio para aprender de nuevo qué es lo importante en la vida. Nunca me he alegrado tanto de cometer un error.

—¿Fue un error?

—Sin duda. Dejé mi vida en manos de la suerte y me olvidé de que yo era quien tenía las riendas. Eso es un gran error, tal vez el peor que se puede cometer jamás. Eso fue lo que me permitió conocerte. ¿Por qué piensa la gente que los errores siempre son malos? A veces nos hacen mucho mejores de lo que éramos. A veces nos arreglan la vida.

Volvió a sonreír.

—¿Alguna vez te has planteado que esto que tenemos, lo que sentimos… es amor? —pregunté.

—¿Amor? La verdad, no sé qué es eso. Siempre he oído a mucha gente hablar sobre el amor. Todo el mundo cree que sabe qué es; todos creen que lo han sentido. He oído decir que es ese latido de corazón que nos ahoga cuando vemos a esa persona especial. También he oído decir que es esa sensación que nos invade cuando nos levantamos por la mañana y encontramos a esa persona al lado. Y también que el amor es lo que nos hace soportar los defectos de esa persona durante cincuenta años y seguir queriendo compartir su cama.

»Tal vez sea porque no tengo más que veinte años, pero si quieres saber lo que creo, te lo diré. Quien diga que sabe qué es el amor demuestra que no tiene ni idea. Porque el amor nunca es igual para dos personas, y tampoco es igual en cada segundo de la vida. Creo que la única forma de saber qué es en toda su extensión consiste en vivir, disfrutar, respetar, ayudar. Tal vez quien haga todo eso llegue a entenderlo alguna vez. Yo no soy quién. Lo único que te puedo decir es que quiero pasar el día de mañana contigo.

Se levantó de la silla, se dirigió hacia mí y me ofreció la mano.

—¿Sabes qué?

Esperó a que le cogiera la mano.

—Esta noche será la última que pasemos juntos, así que voy a hacer que no la olvides jamás. Puede que mañana sepamos qué es el amor. Esta noche me vale con sentirlo.

XX

Al día siguiente, Amanda cogió un avión a Helsinki.

Continué intentando hacer vida normal, pero no era lo mismo sin ella.

No fui el único que perdió fuerzas con la ausencia de Amanda. A pesar de lo poco que estuvieron juntas, Anabel la echaba de menos. Nunca lo dijo, aunque lo podía ver cada vez que entraba en la habitación. Siempre se quedaba mirando unos segundos más por si alguien me acompañaba. Y siempre llegaba solo.

Sus fuerzas mermaron más aún. Cuando intentaba hablar, teníamos que acercarnos a ella para poder oírla. Su voz se había vuelto más débil de lo que cabría esperar. En poco tiempo terminó el tratamiento. Pasaron unos pocos días hasta que le volvieron a hacer pruebas para comprobar si había sido eficaz.

El día en que nos iban a dar el diagnóstico, Natalia y yo sabíamos que la vida de nuestra hija pendía de un hilo. Sabíamos que las palabras de aquel médico serían definitivas. Para bien o para mal, no habría más oportunidades. Natalia y su madre rezaban a Dios y a los santos mientras yo intentaba que los nervios no me superaran. En momentos como ese me habría gustado que un dios protector hubiera cuidado de ella y me permitiera volver a casa de Natalia con mi hija curada, pero no parecía haber nadie más en aquel cuarto. La madre de Natalia nos esperaba fuera.

—¿Pueden acompañarme? —dijo el doctor desde la puerta.

No obtuvo respuesta, pero lo seguimos. Volvimos a adentrarnos en el pasillo en la misma dirección que la última vez. «¿Esto es mala señal?», me pregunté. Quería pensar que no. Estaba casi seguro de que no tenía por qué tener miedo. Algo me decía que, esta vez, Anabel estaba curada.

Mi corazón latía con una fuerza descomunal. Cada bombeo suponía un latigazo en todo el cuerpo que me costaba soportar para seguir andando. Respiraba agitadamente, aunque intentaba por todos los medios que no se me notara. Nos acercamos, en pos del médico, a la puerta por la que entramos la última vez. Dejé pasar primero a Natalia. Nuestro destino estaba a solo unos centímetros de mí. Dos pasos más y lo sabría. Solo uno más. Miré los monitores inmediatamente.

Todo estaba apagado. No había rastro de las radiografías del cuerpo de Anabel. No sabía si eso era buena o mala señal.

—¿Cómo está? —se atrevió a preguntar Natalia.

El médico pulsó una tecla que encendió los monitores.

—Ha mejorado. —Su rostro no mostraba ningún entusiasmo. ¿Son así de fríos siempre?—. Pero no lo suficiente. El tumor de la pierna está prácticamente erradicado, pero el problema está en la espalda. Lo he hablado con mis compañeros y la mejor opción parece la cirugía. Podemos extirpar el tumor, pero hay cierta probabilidad de que…

—¿De qué? —interrumpí inmediatamente, mucho más alto de lo necesario.

—De que no salga bien.

—¿Hay alguna otra opción? —intervino Natalia.

—Podemos volver a la quimioterapia, pero el tumor de la columna no se ha reducido. Seguramente acabaría por crecer, y los daños serían los mismos.

—¿Y si sale bien? —pregunté.

—Si conseguimos extirpar el tumor, le volveremos a hacer las pruebas para ver si todo ha ido bien. Entonces, tal vez pueda irse a casa.

Suspiré de alivio. Por fin vislumbrábamos el final de aquella terrible situación.

—¿Y si sale mal? —preguntó Natalia.

—Es una cirugía de alto riesgo, pero no nos queda otra opción.

—¿Podría morir? —volvió a preguntar.

—Es posible, sí, pero es mejor que pensemos en positivo. Si les parece bien, programaré la operación para dentro de una semana. Así le daremos un poco de tiempo para que se recupere del tratamiento, pero no podemos postergarlo mucho. Tendrán que hablar con el gestor del hospital, pero la cirugía no es tan cara como la quimio. Si tienen algún problema, háganmelo saber cuanto antes.

Algo me decía que en aquellas últimas palabras del médico había una increíble bondad. Nunca me había parecido que quisiera ayudarnos, pero en aquel momento entendí que, si no podíamos pagar la operación, él nos ayudaría. O tal vez fueran imaginaciones mías.

—Doctor Lozano... —Miré atrás. Una enfermera con el rostro congestionado lo llamaba con voz entrecortada—. Tiene que venir inmediatamente.

El médico echó a trotar para acompañar a la enfermera.

—Cierren la puerta al salir, por favor. Iré a verlos cuando pueda.

Y desapareció.

Allí nos quedamos Natalia y yo. Solos. Sabíamos que no había ninguna decisión que tomar. Lo único que podíamos hacer era esperar. En cualquier caso, nos quedaba una semana para saber si Anabel se

curaría o no.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Era la tercera vez que visitábamos aquella sala de diagnóstico. La última vez, Natalia se derrumbó al oír las palabras del médico. Quería ayudarla cuanto pudiera, pero en ese momento solo podía interesarme por su estado. Ojalá hubiera tenido valor para abrazarla. Quería hacerlo, pero había demasiadas circunstancias que me lo impedían. Tal vez fueran excusas. La realidad era que tenía miedo de acercarme a ella y no sabía muy bien por qué.

—¿Cómo voy a estar bien? —contestó. Me miraba fijamente. Notaba lágrimas sin derramar en sus ojos caídos.

—¿Quieres que vaya a hablar con el gestor? Ahora tengo unos cuantos ahorros.

—No, no hace falta. Puedo ir yo si quieres. A estas alturas me da lo mismo. Solo necesito que mi hija se recupere.

—Vamos juntos. ¿Te parece bien?

Me miró a los ojos y movió la cabeza de arriba abajo. Su decepción era evidente. Todos esperábamos que ese día acabara aquel infierno. Aunque, al menos, ya quedaba poco. Una semana más y todo llegaría a su fin. Para bien o para mal.

Cuando volvimos a la habitación de Anabel, la madre de Natalia y mis padres la acompañaban. A veces es más duro dar malas noticias que oírlas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó mi madre.

—Bastante bien —dije dirigiéndome a Anabel. No era toda la verdad, pero no quería que se preocupara—. La semana que viene te harán una pequeña operación para quitarte una de esas manchitas de la espalda.

Los abuelos de Anabel leyeron entre líneas y salieron de la habitación, no sin antes despedirse cariñosamente.

—Vamos un momentito afuera, amor —dijo mi madre, que se acercó para darle un beso en la frente a Anabel y salió, seguida de mi padre y de la madre de Natalia.

—Ahora vengo, cariño —siguió Natalia, que también salió para hablar con los abuelos.

Yo, en cambio, creí que lo mejor sería quedarme con Anabel mientras todos los demás estuvieran fuera. No quería dejarla sola ni un momento.

—¿Qué día me van a operar? —preguntó. De repente, su voz no me pareció la de una niña. ¿Podía ser que la enfermedad la hubiera cambiado? ¿O tal vez era yo? Notaba algo en ella, muy distinto de aquella pequeña a la que prometí que iríamos a la playa con el tío Ben y alquilaríamos un patín. Me había dejado demasiadas promesas atrás.

¿Por qué demonios tenía que prometer algo que no sabía si podría cumplir?

—Aún no sé cuándo, pero será pronto.

—¿Cómo va a ser?

—No me lo han explicado muy bien todavía, pero te dormirán y ni te darás cuenta.

—¿Me curaré?

«Ojalá, hija mía. Ojalá», pensé. Pero sus palabras no eran una simple pregunta.

A lo largo de la vida hay muchos momentos en que las personas nos sentimos superadas, en que lo que ocurre a nuestro alrededor escapa de nuestro control y solo podemos mirar impotentes mientras el mundo sigue girando ajeno a nosotros. Normalmente vivimos esos momentos esperando que al día siguiente nos den otra oportunidad. Esa es la esperanza que reside en todos nosotros: el cambio. El pensamiento de que mañana será un día mejor.

Al mirar a mi hija a los ojos supe que ya no le quedaba ninguna esperanza.

Solamente hay algo peor que sentir que tu vida no tiene sentido: creer que nunca lo tendrá. Eso fue lo que vi en Anabel.

Habría dado cualquier cosa por estar en su lugar y permitirle llevar la vida que merecía. Era únicamente una niña de diez años recién cumplidos. Si existe el destino, ¿quién lo escribió? Porque fuera quien fuera, va a tener que darme unas cuantas explicaciones.

XXI

El día de la operación, todos queríamos pasar tiempo con Anabel. Nos dijeron que comenzarían sobre el mediodía, así que toda la familia madrugó para estar con ella. Aquella mañana, Anabel tuvo visita de sus abuelos, del tío Ben e incluso de su tío Jorge, que vivía en Oviedo. Darío me llamó para pedirme perdón por no poder acudir, ya que tenía un congreso de astrofísica en Chile al que no podía faltar, pero me mandó todos sus deseos de que Anabel se recuperara.

A pesar de todo, ella no parecía demasiado interesada en nosotros. Durante su estancia en el hospital había ido perdiendo las ganas de todo. Ya no estaba bajo el tratamiento de quimioterapia, pero seguía comiendo poco y su color tampoco había mejorado. Reconozco que echaba de menos a aquella Anabel inquieta que siempre quería salir a ver mundo y hacer cosas. Esa que soñaba con ser bailarina y a la que le encantaban los espaguetis, llevaran la salsa que llevaran. La misma que cada vez que conocía a una amiga iba corriendo a pedir permiso para invitarla a casa. Ahora, Anabel había perdido las ganas de vivir. ¿Acaso se parecía a mí?

Sus abuelos le llevaron regalos que solo podría disfrutar después de la operación, si todo salía bien. Tal vez fuera para infundirle esperanzas de salir con vida de aquel quirófano. Anabel daba las gracias únicamente por cortesía. Es inimaginable el sufrimiento que puede llegar a transmitir una persona que finge ser fuerte cuando, en realidad, solo quiere darse la vuelta y descansar. Y es verdad que la vida cansa, sobre todo en un hospital.

Con la mesa repleta de objetos que, tal vez, Anabel nunca podría disfrutar, supe que debía hacer algo.

—¿Puedo hablar contigo? —le dije en alto para que todos me oyeran. Era una indirecta para que nos dejaran solos. Ben fue el único que la captó.

—Creo que deberíamos ir a la cafetería a desayunar; así le podemos traer algo a Anabel para que coja fuerzas —se aventuró a proponer.

—No puede comer nada —respondió Natalia, que evidentemente quería disfrutar de los últimos momentos con su hija antes de la operación.

—Entonces desayunemos nosotros. ¿Nadie tiene hambre? —insistió Ben.

—Ya comeremos algo cuando la lleven al quirófano. Ahora

mismo no tengo hambre.

Ben suspiró. Yo, mientras tanto, únicamente miraba a Anabel. Apenas me daba cuenta de lo que estaban diciendo.

—Natalia, vamos a dejar unos minutos a Marc con ella. No te preocupes, seguro que no tarda nada.

Finalmente, Natalia aceptó gracias a la labor de mi hermano, aunque no estaba nada convencida. Los abuelos de Anabel los siguieron sin dudarlo.

—¿Te pasa algo, cariño? —pregunté en cuanto cerraron la puerta de la habitación.

—No es nada; solo estoy un poco cansada.

—Puedes contarme lo que sea. Soy tu padre y pienso ayudarte en todo.

—No puedes ayudarme en esto.

—¿En qué?

—En la enfermedad. En la operación.

—Eso no es verdad.

—¿No? —preguntó en tono dubitativo— ¿Puedes curarme?

—No, no puedo curarte. Aun así, puedo ayudarte con tu enfermedad y con tu operación.

—¿Cómo?

—Estando a tu lado. Sé que quizá no te parezca mucho, pero créeme: lo es. Quería decirte una cosa. Tengo que pedirte perdón porque supongo que te he tratado como si fueras más pequeña de lo que eres. He intentado hacértelo todo más fácil, tanto con la separación como con la enfermedad, pero creo que no lo he conseguido. Tal vez sea el momento de decirte las cosas como son.

»He sido un hombre que dejó de valorar lo que realmente importaba en la vida. He sido un marido pésimo y un padre aún peor. Tu madre tomó la decisión de separarse de mí, y no la culpo. Por más que intentó ayudarme a ser un poco mejor como marido y como padre, nunca cambié. A lo mejor te estás preguntando por qué te cuento esto. Anabel: he visto en tus ojos que has perdido las ganas de luchar y no nos podemos permitir eso. Sé lo que es tener la impresión de que nada tiene sentido, ¿sabes? Pensar que eres una carga para todos y que tal vez fuera mejor no existir.

Anabel me miraba expectante. Creo que estaba descubriendo que alguien podía entenderla.

—No puedo saber cómo te sientes, porque estás viviendo algo por lo que yo jamás he pasado, así que nunca podré entenderte del todo. Pero créeme: conozco esa sensación de que sobras en el mundo, de que todos siguen adelante con sus vidas mientras tú estás en una cama sin poder hacer nada más que lamentarte. Aunque, ¿sabes qué? Siempre hay elección. No sé lo que es estar en esta cama y en este

hospital, pero sé que si quieres algo en la vida, puedes luchar. Tal vez no lo consigas, pero luchar siempre depende de ti.

»Tienes que saber que, en este momento, eres el único punto de apoyo que me queda en la vida. No puedo perderte. Necesito que luches. Por mí, por tu madre, por el tío Ben, por el tío Darío, incluso por Amanda. Pero sobre todo, no te olvides de luchar por ti. Aún te queda mucho por vivir. Te lo prometo.

Sabía perfectamente que no era justo prometerle eso. No tenía forma de estar seguro de que siguiera con vida al final del día. Debería haber aprendido que no se deben hacer promesas que no se está seguro de poder cumplir. O tal vez me había dado cuenta en ese instante que si deseas algo con todas tus fuerzas, una promesa es la forma de demostrarlo. Puede que una promesa no sea un pacto, sino una declaración de intenciones. Prometerle a Anabel que le quedaba mucho por vivir era la forma de decirle que en ese momento no había nada que me importara más.

Tras mis palabras, Anabel me miró fijamente durante unos segundos. Sus ojos se entrecerraron ligeramente y supe que estaba esbozando una sonrisa. Esa era, sin duda, la mejor forma de luchar contra la muerte.

—Si quieres decirme que estoy delirando, adelante —bromeé—. ¡A lo mejor te he soltado un sermón y no tiene nada que ver con lo que tú estabas pensando!

—Gracias, papá.

Levantó los brazos. Me acerqué a ella y me abrazó con tanta fuerza como antes. Por fin tenía delante a mi niña. Y quien la abrazaba era otro niño: yo.

Unos minutos después salí de la habitación para avisar a la familia de que ya habíamos tenido nuestra charla. Cuando volvieron a entrar, Anabel parecía diferente. Puede que me equivocara, pero la veía muy distinta. Aunque no era la única que había cambiado después de aquella conversación. Yo me había vuelto… su padre. No solo el que se tiene, sino el que se elige.

Las horas transcurrieron a toda velocidad. No dejamos de bromear en todo el tiempo que pasamos en la habitación. Todos aprovechamos para meternos con Ben y su barriga. De hecho, Anabel era la que más disfrutaba con la reacción de su tío.

—Estoy permitiendo todo esto solamente porque es un día especial, ¡pero mañana no quiero más bromas sobre mi peso! Va por ti, pequeño diablo —dijo dirigiéndose a Anabel.

Me gustaba pensar que al día siguiente todo seguiría igual,

aunque con Anabel curada. Puede que, después de todo, fuéramos una familia de verdad.

XXII

Aguardábamos impacientes en la sala de espera del quirófano. En momentos como ese, uno piensa que todo lo que sucede a su alrededor puede ser una señal de lo que está por venir. ¿Tarda demasiado en salir? Eso es que no está yendo bien. O que no va demasiado mal. ¿Sale alguien del quirófano? Puede que todo vaya según lo planeado y no haga falta tanta gente.

La realidad, sin embargo, era que no sabríamos nada hasta que nos lo dijeran. Ni siquiera cuando salió el cirujano pude adivinar en su rostro si las cosas habían ido bien o mal. Se bajó la mascarilla, se quitó los guantes y se acercó a paso lento antes de hablar con nosotros. ¿Era una mala señal?

Es increíble la forma en que la mente hace desaparecer el resto del mundo cuando van a decirle a alguien qué ha pasado con su hija. Solo se quiere adelantar el tiempo hasta el mismo segundo en que se sabrá el resultado. Solo se quiere entrar ahí y saber cómo está.

—¿Son ustedes los familiares de Anabel Betancor? —preguntó el cirujano.

—Sí —respondió Natalia al instante.

El médico tomó aire antes de hablar. Todos estábamos impacientes. Necesitábamos que nos dijera que Anabel estaba bien, que todo había acabado, que podríamos volver a casa y seguir con nuestras vidas. En aquel momento habría sufrido todos los males que hayan existido jamás a cambio de oír «Todo ha ido bien».

—Hemos hecho todo lo posible —dijo—, pero han surgido problemas a la hora de extraer el tumor. Era un caso demasiado complicado, y no hemos podido evitar los daños en la médula. Es probable que no pueda volver a andar. Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales para su recuperación. Esperaremos a que recupere la consciencia y haremos algunas comprobaciones para saber cómo tiene la médula. Después la llevaremos de nuevo a la habitación y podrán verla.

Imaginé a siete mil millones de personas viviendo su vida. Trabajando, viendo películas en el cine, bailando en una discoteca o haciendo el amor. Solo éramos seis los que estábamos oyendo que la vida de alguien a quien amábamos nunca volvería a ser la misma. Solamente seis personas. El resto del mundo ni siquiera sabía quién era Anabel. No conocía su afición por la pasta ni la sonrisa que se le

dibujaba al decirle que íbamos a la playa; ni tan siquiera había visto su felicidad al soplar las velas en ninguno de sus cumpleaños. ¿Tan insignificantes somos que a nadie le importa cuando se nos cae el mundo encima?

Imaginé la vida de Anabel a partir de entonces. Aunque no le descubrieran más tumores, aunque ya no volviera a enfermar en muchísimo tiempo. Si era cierto, ¿podría decir algún día que estaba sana? Impotencia fue lo único que logré sentir en aquel momento. No importaba cuánto hiciera por ella. Tal vez su vida jamás volviera a ser normal.

Durante largos segundos, ninguno de nosotros fue capaz de articular palabra. ¿Cómo íbamos a hacerlo? Estábamos demasiado ocupados intentando entender.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llevarla a la habitación? —se aventuró a preguntar Natalia, con la voz ahogada.

—No puedo asegurárselo. Unas horas. Pueden esperar allí mismo, si están más cómodos.

Nadie volvió a decir una palabra desde la pregunta de Natalia. Todos nos dirigimos a la habitación de Anabel para esperar, aunque no sabíamos qué nos encontraríamos allí. ¿Anabel sabría que la operación había ido mal? ¿Tendríamos que darle nosotros la noticia? No quería pensar en nada. Solamente quería verla. Sentía un cansancio infernal que había aparecido repentinamente. Tenía ganas de caer al suelo.

Todas mis esperanzas habían desaparecido. «¿Por qué ella?», me volví a preguntar. «¿Acaso ha hecho daño a alguien para merecer esto?».

Hay ciertos momentos en que uno solamente quiere desaparecer. Dejar de sufrir, dejar de esperar, dejar de existir.

Durante las horas que esperamos cerca de la habitación de Anabel, Ben intentó reconfortarnos a Natalia y a mí. De nada sirvió, como era de esperar. Ya no había sonrisas; tampoco palabras de esperanza. Solamente miradas caídas.

Cuando vi llegar la camilla de Anabel desde el fondo del pasillo no pude evitar imaginar lo que estaba pasando por su cabeza. Me acerqué rápidamente a ella para acompañarla hasta la habitación. Estaba dormida. A pesar de eso, me agarré a su camilla y seguí a los enfermeros, que la colocaron en su lugar habitual. Ellos no parecían saber quién era mi hija ni qué le había ocurrido.

Ojalá pudiera explicar lo que sentí mirando cómo dormía Anabel después de la operación. Tal vez era lo más intenso que había

sentido hasta entonces. No es positivo y tampoco negativo. Es, simplemente, intenso. Miraba su cuerpo, el mismo que había contemplado desde el día en que nació. Sentía ese cariño que sentimos los padres por nuestros hijos. Esa melancolía cuando sabemos que el tiempo pasa y que, aunque sea nuestra pequeña, cada nuevo día será distinto. Nunca volverá a ser tan pequeña ni tan dulce como lo es hoy, y nunca ha sido tan mayor. Sabemos que cada día es importante. Cada día es diferente. Con ella, cada día cuenta. Seguía siendo mi pequeña y seguía queriéndola más que a nada. Aún quería seguir disfrutando de su compañía, de sus palabras inocentes y de las que no serían tan inocentes en el futuro. De sus manitas, que crecerían día tras día sin que lo notásemos. De su bondad, de su sonrisa de entonces y de la que llegaría en el futuro. Seguramente le romperían el corazón más de una vez. Así que en ese instante me prometí que estaría ahí en cada uno de esos momentos. Porque me había perdido una gran parte de su vida y eso no volvería a ocurrir. No se puede volver a atrás para enmendar los errores, pero debemos darnos cuenta de que nunca es tarde para aprender a vivir.

—Hola —Su voz, más dulce de lo que creía posible, me despertó de un trance. Me encontraba sentado en mi silla y apoyado en su cama, y era posible que me hubiera dormido cogido de su mano.

—Hola, cariño —respondí, junto al resto de la familia.

—¿Cómo estás? —preguntó su madre.

—Muy cansada.

Su voz se entrecortaba, y se veía claramente que le costaba mucho hablar. Aunque estaba despierta, y tal vez eso era más de lo que podía pedir.

—Es normal —dijo Ben—. Siempre pasa después de la anestesia.

Anabel no era la única que estaba cansada. El estrés acumulado durante la operación había hecho mella en mí y me costaba pensar con claridad. Aun así, sabía que estaba en uno de los momentos más difíciles de mi vida. No tenía la más remota idea de cómo explicar a Anabel lo que le había ocurrido. ¿Cómo se dice a una niña que seguramente no podrá volver a andar?

—Ben, ¿puedes avisar al médico de que ya está despierta? —intervino Natalia.

—Claro. Vengo enseguida.

A pesar de lo que había dicho el médico, tenía una ligera esperanza de que los daños en la médula no fueran tan graves. Necesitaba comprobarlo por mí mismo, pero no quería alarmar a Anabel, así que le apoyé una mano en la pierna. No noté reacción alguna.

—Parece que ha ido bien —murmuró Anabel con dificultad.

No supe si contestar, y no debí de ser el único. Me atreví a pellizcarle el muslo con suavidad. Tampoco noté reacción.

—Lo que importa es que estás aquí —concluyó Natalia—. Eso es todo lo que podíamos pedir.

Sonrió muy ligeramente, aunque apenas se le notaba por la sedación. Aproveché que no estaba mirando para pellizcarla un poco más fuerte. Tampoco hubo ninguna reacción. «Tal vez mejore con el paso de los días», pensé.

—Anabel —comencé—, nos ha dicho el médico que ha ido bien. —La familia me miraba expectante—. Ha sido una operación muy larga, pero ha habido un problema. Dice que cabe la posibilidad de que se haya dañado un poco la columna.

No sabía si entendería lo que quería decir. Tenía diez años, así que podría no tener claro el cometido de la médula espinal.

Me miró como si no supiera de qué hablaba. No sabía si era por la sedación o porque realmente no tenía capacidad para entenderme.

—Dice —continué— que es posible… Que es posible que tengas problemas para andar a partir de ahora.

XXIII

A pesar de mis esfuerzos para que Anabel me entendiera, no fue posible. Estaba demasiado sedada, así que al día siguiente no se acordaba de nada. Pero lo descubrió por sí misma. Al principio pensó que era algo normal tras la operación, pero no tardó en acudir un médico a explicarle los detalles y contarle cómo sería su vida a partir de entonces. Muy pronto, tras algunas pruebas, se llegó a la conclusión de que había perdido toda la sensibilidad y la movilidad en las piernas. Tendría que ir en silla de ruedas durante el resto de su vida. Seguramente le sería más difícil encontrar pareja y, en el futuro, era posible que tuviera problemas para encontrar trabajo. Viajar sería una odisea para ella. Ni siquiera podría cocinar como el resto de la gente, porque no alcanzaría la mayoría de las cosas en una cocina. Tendría que vivir en una casa llena de adaptaciones. Y ya nunca podríamos pedalear juntos en aquel patín que le prometí que alquilaríamos.

Estaba viva, sí, pero ¿a qué precio? De nuevo, si existía el destino, quise hablar con el encargado de escribirlo. Tendría que explicarme muy bien por qué mi hija iba a tener la vida tan difícil.

Los días siguieron pasando y en el hospital le hicieron todas las pruebas necesarias para saber si los tumores se habían erradicado definitivamente. Así era, pero las cosas no mejoraron demasiado. Después de aquello, el mundo parecía diferente para todos. Miraba a mi alrededor y todo era gris. La vida que recordaba tan colorida, tan alegre y tan hermosa en Oulu había desaparecido. Conseguí un buen trabajo, también gracias a Ben. O, más bien, conseguí un trabajo bien pagado. Iba a visitar a Anabel y a Natalia a su casa siempre que podía, sobre todo los fines de semana, pero cuando la veía no podía evitar sentirme impotente. No merecía una vida encadenada a una silla de ruedas, pero lo cierto es que ¿quién la merece?

Cuando estamos acostumbrados a que la vida sea cómoda y rutinaria puede que olvidemos valorar todo lo tenemos. Una vez no valoré lo que significaba tener una familia y lo pagué muy caro. En cambio, en la vida hay muchas más cosas. Estamos llenos de facilidades que ignoramos, y todos fuimos conscientes de ello con la lesión de Anabel. A veces no nos damos cuenta de lo difícil que es para algunas personas convivir con sus propias dificultades. Son cosas que nunca podemos entender del todo porque no las hemos vivido, así que tal vez deberíamos confiar en que cada una de esas personas es

una luchadora que sale cada día a enfrentarse a un mundo que no está preparado para ella. Y también deberíamos confiar en la inmensa suerte que tenemos solamente por el hecho de levantarnos todas las mañanas y ser nosotros mismos el único obstáculo para ser felices, porque ese, aunque no lo parezca, es el más fácil de superar.

Pronto alquilé un estudio, realmente pequeño, para que Ben no tuviera que cargar conmigo. Ya había hecho demasiado por mí y quise devolverle su independencia.

El mundo seguía siendo gris. Sentía que nunca había podido apreciar la realidad y que, en ese momento, la veía claramente como era: una mierda. Eso hacía flaquear mis fuerzas día tras día. Me levantaba para ir a trabajar cada mañana y no sabía por qué.

Un día de mayo como otro cualquiera, unos seis meses después de la operación de Anabel, recibí una llamada que lo cambió todo.

—¿Hola? —dijo la voz de un hombre en inglés.

—¿Sí?

—Estoy buscando a Marc Betancor, ¿eres tú?

—Sí.

—Hola, Marc. Quizás te resulte extraña esta llamada. Me llamo Heikki; soy el hermano de Amanda. Necesito hablar contigo, si puede ser en persona.

—¿El hermano de Amanda? —pregunté extrañado. Ni siquiera sabía que tuviera un hermano. Desde que volvió a Finlandia no había recibido una sola noticia de ella. Supuse que ya nunca volvería a saber nada.

—Sí. Me gustaría explicártelo todo en persona.

Necesitaba unos segundos para entender sus palabras. Llevaba mucho tiempo sin hablar inglés, y el sonido del teléfono no era demasiado bueno.

—¿Eso no es algo complicado? Imagino que estás en Finlandia.

—En efecto, pero iré adonde estés; no hay ningún problema.

Aquello sí que me resultó extraño. Un vuelo de ida y vuelta entre Finlandia y España no costaba menos de trescientos euros, y eso solamente era el avión. Si se quedaba unos días, le costaría mucho más.

—Está bien.

Le di la dirección de mi piso y me aseguró que se presentaría cuanto antes. No sabía cuándo sería exactamente porque aún no había comprado los billetes.

Tal como había prometido, en dos días me llamó para decirme

que estaba en el aeropuerto y se alojaría en un hotel de Madrid. Quise ir a verlo allí, aunque insistió en que quedáramos en otro lugar, así que le ofrecí tomar algo en mi piso. Amanda nunca me había hablado de su familia, pero si era su hermano no había razón para desconfiar.

—Adelante —le dije cuando llegó a mi puerta.

—Es un placer conocerte, Marc. Amanda me ha hablado mucho de ti.

Le ofrecí asiento rápidamente. Él miró a su alrededor desconcertado. Probablemente estaba acostumbrado a una casa enorme en Oulu, y aquel estudio le parecería poco más que un armario.

—Tú dirás.

—Debo contarte muchas cosas, pero empezaré por una que ya te imaginas. —Se paró en seco, como si le costara hablar—. Amanda falleció el tres de marzo. He tardado un tiempo en venir porque… me estaba reponiendo de lo ocurrido. Comprenderás que esto no es fácil para mí.

—Entiendo.

Durante unos segundos, Heikki miró al suelo, ausente de la realidad. Desde el momento en que Amanda subió a aquel avión supe que nunca volvería a verla, pero eso no me impidió sentir una punzada en el pecho al tener constancia de su fallecimiento.

—Ella me pidió que viniera —siguió—. Me dijo que te habías convertido en una de las personas más importantes de su vida, y que necesitaba darte algo. Me hizo prometer que vendría a dártelo en persona y que te explicaría el porqué.

No parecía nada contento con eso.

Escuché atentamente sin decir una sola palabra, aunque no lo entendía bien. Tal vez el idioma me estuviera confundiendo.

—No sé cómo pasó, pero supongo que se enamoró de ti. No le encuentro otra explicación, aunque tampoco le encuentro sentido. Cuando volvió de España no era la misma. Estaba mucho más enferma y no sabíamos qué hacer. No sé si te dijo que fue ella la que tomó la decisión de no someterse al tratamiento. Creo que nunca tuvo miedo a la muerte, pero sí que le daba miedo a una vida encerrada en el hospital. Era muy independiente. En cambio, cuando volvió de su viaje, lo dejó todo por nosotros para que pudiéramos disfrutar de su compañía durante el tiempo que le quedaba. No sé si fue la enfermedad o tu cercanía lo que la hizo cambiar. Te lo agradeceré de cualquier forma.

»Ella era muy joven y, al mismo tiempo, también muy madura. Era consciente de las dificultades que se pueden atravesar y hacía lo posible por ayudar a quien lo necesitara. Ante todo, Amanda era una gran persona. Tenía muchos defectos, pero también grandes virtudes.

Verás: en mi familia todos tenemos seguro de vida, así que Amanda sabía muy bien que, cuando ella no estuviera, recibiríamos mucho dinero. Contó con eso, y me hizo prometer que vendría a darte una parte.

—¿Del dinero del seguro? —pregunté extrañado—. Yo no necesito ese dinero; creo que sería mejor que fuera su familia quien lo tuviera.

—Me alegro de oír eso, porque no sé qué clase de persona eres, pero me hizo venir aquí por algo. Me dijo que tenías una hija y que había perdido la movilidad en las piernas. ¿Es cierto?

—Así es. Aunque ¿cómo pudo enterarse?

—Eso no lo sé, pero quiso que te diera ese dinero para tu hija. Ella confiaba en que, algún día, alguien pudiera ofrecerle mucho más que una silla de ruedas. Estaba convencida de que las personas que sufren son aquellas que pueden cambiar el mundo, así que quería darte a ti, y a tu hija, herramientas para ayudarte a cambiarlo. No me dijo en qué quería que usaras ese dinero exactamente, y creo que ella tampoco lo sabía. Tal vez tú sí lo sepas. No sé qué clase de relación tenía con tu hija, pero quería ayudarla. Me hizo apuntar una frase para que te la dijera. —Sacó un papel de la cartera—. «Como te gastes el dinero en tonterías, vuelvo de la tumba y te meto tal patada que no vas a volver a abrir los ojos».

Me lo había dicho en español, así que supuse que Heikki no tenía ni idea de lo que me estaba diciendo, y tampoco supe cómo había podido Amanda decir tal cosa sin dominar el idioma. Supuse que alguien la ayudó. Seguramente, la misma persona que le contó lo que le había ocurrido a Anabel: Darío.

XXIV

Cuando el cura mencionó mi nombre, me puse en pie y subí la escalerilla hasta llegar al púlpito. Noté todas las miradas clavadas en mí. No era agradable, pero no sentía ningún miedo. Había elegido ser yo quien hablara aquel día. O tal vez fue él quien me eligió a mí. En cualquier caso, era un honor.

—Recuerdo cuando Ben y yo éramos pequeños. Él era mayor; estaba dos cursos por delante de mí. Así que cuando tenía problemas en el colegio le pedía ayuda. Un día, un compañero se enfadó conmigo en el recreo. No recuerdo por qué, pero vino hacia mí para pegarme. Yo nunca había tenido una pelea, así que estaba aterrorizado. Lo único que supe hacer en ese momento fue acudir a mi hermano mayor para que me protegiera. Él, sin contemplaciones, me dijo que ya era mayorcito para defenderme. Me aconsejó que le pegara con todas mis fuerzas en la cara.

»Cuando el chico se acercó a mí y levantó el puño, hice caso a mi hermano como pude. Todavía recuerdo el dolor de sus puñetazos. Con esto quiero decir que Ben tenía una habilidad especial para dar consejos pésimos.

Esperaba que el público riera, algo muy difícil en un funeral, pero no lo conseguí.

—Ben siempre fue una persona, cuanto menos, peculiar. No le gustaban las responsabilidades, pero era abogado. Le encantaban las mujeres, pero le costaba mantener a una a su lado más de una noche. Era un pésimo consejero, pero aconsejaba todos los días a todas las personas que podía. Siempre tenía una botella de whisky escondida en el armario «por si acaso», y recurría a ella sin miramientos. Cuando éramos pequeños nos odiábamos, supongo que como todos los hermanos. En cambio, cuando creces te vas dando cuenta de cuáles son las personas que realmente te quieren. Él me quería. Ben sería un irresponsable la mayor parte del tiempo, sí, pero cuando se trataba de estar a mi lado, siempre era el primero.

»Cuando realmente me di cuenta de lo grande que era mi hermano fue hace más de veinte años. Lo sé, lo pillé tarde, pero más vale tarde que nunca, ¿verdad? Fue cuando mi esposa y yo nos separamos. Él se presentó en mi casa aquella noche con su botella de whisky y me prometió que me emborracharía. Era miércoles. ¿A quién se le ocurre emborracharse un miércoles? Cenó conmigo e intentó reconfortarme. Era pésimo reconfortando a la gente. Se pasó toda la noche intentando convencerme de que me fuera de viaje, porque creía

que había perdido el rumbo. Al principio lo miré como si estuviera loco, aunque no fue ninguna novedad para él. Poco a poco me fue persuadiendo, y decidí que quizá fuera buena idea.

»No era buena idea. ¿A quién se le ocurriría dejar el trabajo, vender la casa y gastarse un dineral en un viaje? A Ben, claro. A pesar de eso, reconozco que en toda su vida jamás dio un consejo tan útil. Fue un error, pero un error que agradezco muchísimo. Gracias a él me convertí en el hombre que soy ahora. Sus palabras me animaron a cambiar mi forma de vida. Además, nunca dudó en ayudarme ni por un momento. Me dejó su casa cuando yo no tenía donde dormir; se gastó casi todo su dinero en ayudar a mi hija. Todo porque me quería, a mí y a la que ya era su familia. Hoy estamos aquí para homenajear a Ben, y créanme que bien merece ser homenajeado. No quiero que todos digamos las cosas buenas que tenía y nos olvidemos de las malas. Quiero recordarlo tal como fue, con sus virtudes y sus defectos. Mi hermano no era perfecto; todos lo sabrán. Roncaba como nadie; siempre se dejaba la tapa del váter levantada; la mayoría de las veces ni siquiera tiraba de la cadena, y era tan vago que tardaba varios días en recoger la ropa de la secadora.

»Pero lo quería, le quiero y lo seguiré queriendo el resto de mi vida. Si están hoy aquí es porque también lo quisieron en algún momento, y por eso siento la obligación y también el placer de darles las gracias. Si están hoy aquí es porque ayudaron a mi hermano a construirse a sí mismo. Y yo se lo agradezco, porque se convirtió en un gran hombre. Alguien capaz de morir por sus amigos, matar o llorar con ellos. Antes de volver a mi silla quiero pedirles que hagan algo que, sin duda, sería su última voluntad. Tómense un buen whisky en su honor. Si pueden ser varios, mejor. No lo hagan para ahogar sus penas ni porque se sientan dolidos. Háganlo porque él querría que se sintieran jóvenes una vez más.

Hasta que dije la última palabra no fui capaz de observar al público con detenimiento. Cuando terminé, Natalia y Anabel me miraban fijamente con un rostro que reflejaba más alegría que tristeza y, tras ellas, veía algunas caras conocidas, mucho más envejecidas de lo que recordaba, con los ojos rojos o lágrimas en las mejillas. El acto duró al menos veinte minutos más. Expusieron el ataúd durante unos instantes y luego se lo llevaron para enterrarlo. Sé muy bien que Ben no habría querido verse en esa situación. No le asustaba morir, pero odiaba los ataúdes. Demasiado caros para un muerto, decía. Habría preferido que lo incineraran y lo metieran en algún jarrón cutre, pero mamá tomó la decisión de enterrarlo. Decía que quería lo mejor para él y no me dejó elegir. Hacía poco tiempo que papá había fallecido, así que me pareció que merecía esa elección.

—Ha sido un discurso fantástico —dijo Darío cuando nos

dirigíamos al cementerio—. Si nos está viendo, estará riéndose de nosotros.

—Seguro —contesté calmado, aunque no creía que nos estuviera viendo.

Había visto demasiado sufrimiento en mi vida para creer en algo más que el universo. Había perdido a demasiados seres queridos como para creer que alguien velaba por nosotros.

—O estará disfrutando del mejor whisky —añadió Natalia.

—Eso también me lo creería. —Reí ligeramente.

La velada no fue agradable ni mucho menos. Lo más difícil fue ver sufrir a mamá. Supongo que jamás habría esperado enterrar a un hijo. Estaba claro que prefería ser ella la primera en irse, pero nadie puede elegir eso. El resto de la gente se acercaba a darnos el pésame. Muchos no estaban tan afectados, así que se hacía más fácil tratar con ellos. Era un día para respetar el recuerdo de Ben, desde luego. Aun así, no me gustaba ver a todos los presentes sufriendo y llorando.

Cuando acabó el entierro, todos se fueron. Nosotros nos quedamos unos minutos más para agradecer su esfuerzo al personal del tanatorio, y después nos fuimos a casa de Darío a cenar todos juntos. Al fin y al cabo, era prácticamente de la familia.

—Ha sido un día precioso —comentó mi madre, emocionada, durante la cena.

Estábamos en el jardín. No era de noche aún, pero el cielo empezaba a oscurecerse.

—Has estado increíble con el discurso, hijo —siguió.

—Gracias, mamá. Solo he dicho la verdad.

—Lo que sale del corazón siempre es cierto.

Las madres, siempre tan sentimentales.

—Menos mal que ya no vivimos en Alemania —dijo Darío—. Habría sido imposible venir.

—Estás disfrutando de tu jubilación, ¿eh? —dije.

—¡No lo sabes tú bien! —contestó, con una mirada traviesa a Kate, su esposa.

—Anda que no sabe nada el tío Darío —añadió Adrián, el marido de Anabel—. Si es con pastillita, el disfrute no vale. Que ya vas teniendo una edad…

—¡Qué pastillita ni qué pastillita! Aquí donde me ves, no necesito la química. Para algo soy físico. —Movió las cejas arriba y abajo repetidamente—. Veremos si a mi edad tienes una décima parte de mi energía.

Adrián se rio ampliamente, aunque no podía saber lo que era tener más de sesenta años.

—Por la cara de Kate, creo que no deberías presumir tanto —añadió Natalia en broma. Kate aún miraba fijamente a Darío con

expresión de sorpresa. No parecía muy convencida de las palabras de su marido.

—¡Pero cariño, si yo…! Da igual. Vamos a dejarlo —concluyó Darío decepcionado.

—Sí, mejor —añadió Adrián.

—¿Y cómo va la fundación, Anabel? —preguntó Darío.

Cuando el hermano de Amanda me dio el dinero no supe qué hacer con él, así que decidí guardarlo durante el tiempo que fuera necesario. Un día, Anabel me habló sobre la posibilidad de ayudar a gente que, como ella, tenía que convivir con una discapacidad. Por aquel entonces tenía veintidós años, así que comprendí que no debía ser yo quien administrara ese dinero, sino ella. Anabel era la única que podía saber qué debía hacer con él. Poco después montó su fundación junto con varios amigos. Ahora, mi hija trabajaba ayudando a la gente; se acabó convirtiendo en una heroína sin necesidad de quedarse en el hospital para siempre.

No había forma de que me sintiera más orgulloso de ella.

—Va muy bien. No sé si has visto el anuncio que hemos puesto en Internet.

—¿Ese vídeo de la mujer que se levanta de la silla de ruedas y echa a andar? —intervino Kate, ya que Darío no parecía haberlo visto.

—Sí. Queremos recaudar donaciones para seguir investigando en esa línea y conseguir un cambio permanente.

Todos nos quedamos callados. Supongo que nuestra admiración hacia ella era total.

—Por cierto, Anabel tiene que decir algo —intervino repentinamente Adrián mientras la cogía de la mano.

—¿Estás seguro? —le susurró Anabel.

—Sí, sí —contestó él en voz baja, aunque todos pudimos oírlo.

—Bueno, es que tengo una noticia desde hace unos días, pero con todo lo que ha pasado con el tío Ben no he podido darla. Había pensado que ya que está aquí toda la familia… En fin.

—¿Es una noticia buena o mala? —preguntó Darío—. Porque si es buena, no nos tengas aquí esperando.

—Es buena, es buena. Creo.

Se hizo el silencio.

—Pues… —continuó Anabel— Resulta que Adrián y yo… Que vamos a ser padres. Es una niña, según me han dicho.

—¿De verdad? —Darío fue el primero en hablar.

—¡Vaya, felicidades! —dijo Kate mientras se levantaba a abrazar a Anabel.

En un instante, todos nos habíamos levantado de nuestras sillas y hacíamos cola para abrazarla o llenarla de besos. Solamente mamá permanecía sentada. Estaba tan emocionada que no parecía capaz de

responder, así que me acerqué a ella y la acaricié.

—¡Que vas a ser bisabuela! —le susurré al oído con expectación.

Ella no supo qué contestar. Mientras contemplaba sus lágrimas, oía felicitaciones por doquier. No quise dejarla sola, así que me senté a su lado y le cogí la mano. Seguía sin poder articular una sola palabra. Las emociones la sobrepasaban, y era totalmente comprensible. Tres días atrás había perdido a un hijo, pero también acababan de darle la mejor de las noticias: su legado se extendía. La familia que ella había creado seguiría adelante. Sé que tenía miedo. Hacía ya mucho tiempo que esperaba que llegara su hora, sobre todo desde que murió papá. En cambio, ahora tenía una nueva razón para vivir.

Finalmente la dejé un momento para acercarme a felicitar a Anabel.

Nos miramos como si todo estuviera dicho. Como si hubiera llegado el momento que nunca creímos que llegaría, como si a partir de aquella noche todo fuera a cambiar para siempre. Ahora, el futuro era una sorpresa constante, un camino que todos queríamos recorrer junto a Anabel, aunque fuera como meros espectadores. ¡Iba a ser abuelo!

—Gracias —me dijo ella cuando me acerqué a besarla.

—No me las des a mí. Dáselas a toda la familia. Hoy no estaríamos aquí si no fuera por la ayuda de todos.

—Papá, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro —respondí extrañado—. Dame un segundo.

Me acerqué a Natalia, que ya estaba sentada en su silla, hablando muy efusivamente con Kate. Le apoyé las manos en los hombros para que notara mi presencia.

—Así que vas a ser abuela.

—Eso parece. ¡Ya era hora!

—Voy a hablar un momento con Anabel, ¿vale? Ahora mismo vengo.

Besé a Natalia en la mejilla y me dirigí a Anabel. Su madre se encargaría de que no nos molestaran.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando ya estábamos a solas.

—Con esto de la niña quería comentarte algo.

—Dime. Ya sabes que te ayudo en lo que necesites.

—No es que necesite ayuda. Es que, bueno, había pensado algunos nombres, y como ya sabemos que va a ser niña, Adrián y yo tenemos una idea de cuál ponerle. Quiero saber si te parece bien.

—¿Cuál es?

—Me gustaría llamarla Amanda.

A veces, un pequeño gesto puede llenarnos de felicidad.

Table of Contents

PRÓLOGO
(Sin título)
(Sin título)
(Sin título)
(Sin título)
(Sin título)